

SAVANNAH ROSE
AMELIA GATES



REVENGE OF THE
REJECTED



REVENGE OF THE
REJECTED

ÍNDICE

1. [Tueur](#)
2. [Virga](#)
3. [Virga](#)
4. [Virga](#)
5. [Tueur](#)
6. [Virga](#)
7. [Virga](#)
8. [Virga](#)
9. [Tueur](#)
10. [Virga](#)
11. [Tueur](#)
12. [Tueur](#)
13. [Virga](#)
14. [Virga](#)
15. [Virga](#)
16. [Tueur](#)
17. [Virga](#)
18. [Tueur](#)
19. [Virga](#)
20. [Virga](#)
21. [Virga](#)
22. [Virga](#)
23. [Tueur](#)
24. [Virga](#)
25. [Tueur](#)
26. [Virga](#)

[Epílogo: Tueur](#)

[Manten el contacto](#)

UNO TUEUR

Las últimas horas han sido un borrón.

Debería estar gritando, dando patadas y destrozando los mundos hasta encontrar a Virga y recuperarla. Sin embargo, la presencia de mi padre me ha vuelto inútil. Hay algo en él —quizá su estatura arcangélica— que me hace callar, casi manso cuando estoy cerca de él. Michael. El mayor guerrero del Reino de Plata. El único lo suficientemente poderoso y valiente como para abatir a Lucifer y mandarlo a la perdición. Las leyendas hicieron al hombre, supongo.

—Estás enfadado —comenta él, analizando cuidadosamente mi expresión. Desde esta cercanía, estoy seguro de que está leyendo un libro abierto, mientras yo me pregunto qué es lo que compartimos los dos. Melisse decía a menudo que yo tenía su sonrisa, pero ahora lo miro y me siento como si estuviera en compañía de un extraño. —La separación es por tu propio bien, por no hablar del bien de los reinos.

—Eso no hace que nada de esto sea correcto —siseo.

Mi padre conspiró con Azazel. Un archidemonio y un arcángel, trabajaron juntos para separarnos a Virga y a mí. Solo con pensar en ello me invade la ira. Me hierva la sangre. Me arde la piel. Pero nada de eso es nada en comparación con la forma en que siento mi corazón, como si estuviera constantemente rallado. Es aún peor cuando intento imaginar por lo que debe estar pasando Virga. La nuestra nunca fue una unión fácil, pero este fuego entre nosotros era —y es— indiscutible. Nuestras almas están unidas para siempre y... esto *duele*.

—Tardé en darme cuenta de lo que estaba pasando —añade Michael.

Estamos caminando por el Mundo Oscuro, ahora, los guijarros volcánicos crujen bajo nuestras botas de oro y acero. Este es un territorio hostil, pero nadie nos tocará. No mientras el arcángel camine por esta tierra. Hay límites en el odio entre los celestiales y los malditos, límites que ninguna de las partes se atreverá a cruzar. Parece que hay orden en este caos, así que ¿por qué demonios tenemos que pagar Virga y yo por el error del universo?

—No me di cuenta inmediatamente de tu vínculo con la chica demonio-lobo —suelta mi padre—. Sin embargo, el momento era innegable. Las irregularidades surgieron en cuanto os conocisteis. Cuanto más tiempo pasabais juntos, mayor era la magnitud de las anomalías que plagaban múltiples reinos... Siento que tengas que sufrir esto, hijo mío.

Mirando por encima de mi hombro, no me atrevo a decir mucho. El mundo que dejo atrás es abrasador, desolado y miserable. La piedra negra y el cielo carmesí ondean con los gritos desgarradores de los demonios alados. Este lugar es dolor y sufrimiento, pero llevo un trozo de él

dentro de mí. Una pequeña esquirra palpitante encajada en mi corazón.

—¿Está a salvo? —le pregunto a Michael mientras nos detenemos en el borde de un bosque muerto, con sus árboles sin hojas y carbonizados— Con Azazel, dondequiera que la haya llevado.

—¿No la sientes todavía? —responde, entrecerrando sus ojos blancos y fantasmales.

Sacudo la cabeza lentamente.

—Apenas. Es extraño.

—No necesariamente. Hay lugares en este infierno hirviente que están imbuidos de magia antigua. Del tipo que hace y rompe mundos enteros, pero nadie ha sido capaz de aprovecharlo o incluso entenderlo.

—Entonces, ¿qué, hay un velo en algún lugar de este mundo, y Azazel llevó a Virga allí, específicamente?

—Sí.

—Podría haberla llevado a otro mundo.

—¿Eso importa?

Lo pienso un momento.

—Mientras sea lo más lejos que pueda llevarla, no.

—Bien. Ven, hijo mío. Hay algo que quiero que veas —indica Michael. Nos acercamos a un viejo árbol, y él introduce su llave de mundo en la corteza ennegrecida. La hace girar en el hueco que se desmorona y los bordes de una estrecha puerta cobran vida con una luz blanca y brillante. Me quedo sin aliento cuando abre esta puerta improvisada, revelando otro reino más allá.

—No sabía que se podía hacer eso con una llave —respondo, frunciendo ligeramente el ceño.

—No cualquiera puede —explica—. Tú has aprendido a atravesar el tejido del mundo, por lo tanto, podrías ser capaz de hacer esto también. ¿Dónde está tu llave? Puedo enseñarte cómo funciona. —Mi incapacidad para responder le hace sonreír, aunque está claro que no hay nada de humor en esto. —No deberías haberle dado tu llave, Tueur. Fue mi regalo para ti y solo para ti.

—Ella la necesita más que yo.

—La usará para encontrarte.

—Virga no es tonta —insisto, señalando la puerta abierta en el árbol negro—. ¿Qué es eso de ahí?

Michael suspira profundamente.

—Es el Reino de Plata.

Yo nunca lo he visto. He admirado imágenes pintadas de él. A veces, he tratado de imaginarlo usando las descripciones de Melisse del lugar. Melisse... Pobre Melisse. Debería volver al Versteck y encontrarla. Los duendes, también. Creo que Kirin todavía estaba en los Bosques Interminables. Esto es un lío absoluto que tardará una eternidad en resolverse.

Al acercarme, miro a través de él y siento un cosquilleo por toda la piel. Es el lugar prohibido. El reino con el que he soñado desde que era un niño. Mi hogar, si me dejaran poner un pie en él. Pero mi madre humana me convirtió en un paria entre los ángeles, y ni siquiera mi padre arcángel pudo hacerme pasar. Y, aun así, aquí estamos, observando las torres plateadas, sus puntas de aguja brillando en la luz del sol cegador.

Las paredes blancas. Los ríos azules. Los miles de árboles en flor con una fragancia tan poderosa y embriagadora que puedo oler desde aquí, en el Mundo Oscuro.

—Es precioso —logro pronunciar, tratando de asimilar todo lo más rápido posible, temiendo que Michael pueda cerrar la puerta en cualquier momento—. Es increíble...

—Vamos, demos un paseo —dice Michael.

Le miro fijamente durante un duro minuto.

—Es que... no puedo. Soy un Nephil... ¿Por qué haces esto?

Toda mi vida me han dicho que nunca podría ir allí. Ver la puerta abierta, ahora, y escuchar la invitación pronunciada... Me encuentro sin palabras y más que un poco aterrado. ¿Será un truco? ¿Para qué?

Puede que Michael no haya sido el mejor padre. Y ninguna parte de mí cree que me quiera como un padre mortal querría a su hijo mortal. Aun así, es difícil creer que esté tratando de llevarme a la muerte, sin importar lo mal que se sienta.

—Es hora de hacer un cambio, Tueur —responde con firmeza—. Durante demasiado tiempo, te he mantenido a raya. Nunca he infringido una sola regla para traerte un mínimo de felicidad. Estaba convencido de que tu nacimiento era mi mayor pecado, pero nunca debiste ser tú quien pagara el precio de mis errores. Lo siento, si es que ahora eso significa algo.

—No lo entiendo.

—Considéralo una visita. Tu primera. Quiero que veas a dónde perteneces, una vez que completes tu desafío de los mil demonios. —Se queda quieto, lanzándome una mirada de preocupación. —¿Supongo que todavía estás trabajando en eso?

—Sí.

—Bien. Si fuera por mí, ya te tendría vagando por el Reino de Plata. A Raphael no le importaría que te unieras a su guarnición.

Me burlo, cruzando los brazos.

—No seas ridículo. Me desprecia.

—Me temo que las leyes de plata dictan esos comportamientos. Pero una vez que completes el desafío de los mil demonios, te prometo que todo cambiará —responde Michael, y luego pone un pie en el Reino de Plata—. Ven, hijo mío. Déjame enseñarte mi hogar. Hace mucho tiempo que lo hicimos, y es lo mínimo que puedo hacer para reparar tu corazón roto.

Mi corazón roto.

Sí. Hay un agujero en él, estoy de acuerdo. Un abismo donde solía estar Virga. Nuestro vínculo sigue vivo, por supuesto, pero está palpitando dolorosamente, sufriendo, encogiéndose... duele demasiado incluso pensar en ella. Quiero que vuelva. Quiero que volvamos a ser como antes. Y que le den a este universo y a los retorcidos juegos que se empeña en jugar: nos hizo perfectos el uno para el otro, solo para separarnos.

—Ahí vamos —murmuro y sigo a mi padre hacia la luz blanca.

La puerta del árbol se cierra detrás de nosotros, y de repente... todos los problemas que han estado pesando sobre mi propia alma... han desaparecido. Los problemas en sí mismos aún no se han resuelto, naturalmente, pero ya no siento su terrible presión derrumbándome. Incluso el aire es más fino, más fresco. Me llena los pulmones y me produce escalofríos. Cobro vida bajo este magnífico cielo blanco que nos cubre. La luz del sol desciende desde algún lugar, pero no sé exactamente desde dónde. Es como si estuviéramos dentro del sol.

—Bienvenido al Reino de Plata. Con suerte, pronto llamarás a este lugar tu hogar —dice Michael, sonriendo suavemente, pero solo con los labios. Sus ojos no se unen, y me parece un poco raro. No me detengo demasiado en ese detalle en particular. La visión que tengo ante mí es grandiosa y maravillosa, y borra rápidamente cualquier preocupación que pueda tener. En pocos minutos, yo también sonrío al contemplar el esplendor.

Una ciudad gigantesca se eleva desde una llanura donde las briznas de hierba parecen haber sido cortadas en diamantes. La luz baila, se rompe y se refracta en diminutos y juguetones fragmentos de color que danzan por mi campo de visión.

Los edificios están hechos del mármol más blanco y brillante, y sus tejados son de plata. Hay docenas de torres que perforan el cielo y callejones dorados que fluyen por la ciudad como ríos.

No se parece a nada que pudiera haber imaginado.

Lo he visto a través de los ojos de los duendes más de una vez, pero verlo por mí mismo es una experiencia totalmente diferente. No es de extrañar que los demonios codicien este lugar. No es de extrañar que hayan ido a la guerra para volver aquí. Es todo lo que he deseado durante mucho tiempo.

Entonces, ¿por qué me siento tan fuera de lugar?

DOS VIRGA

Toda mi vida he estado rodeada de una naturaleza exuberante. Árboles con ramas extensas y coronas de un verde intenso. Arbustos y helechos que cubrían la mayor parte del suelo del bosque, recogiendo el rocío de la mañana a lo largo de sus esbeltas hojas. La hierba alta de los claros donde solía correr de niña mientras ignoraba los grilletes en mis muñecas y tobillos, los recuerdos de mi esclavitud no son demasiado sutiles.

A pesar de mi dura educación, supe apreciar el aire fresco y el sol cariñoso tanto como el agua dulce del río y el brillo nacarado de la luna.

Pero aquí no hay nada de eso.

Aquí, en los campos rojos del Mundo Oscuro, solo hay vacío y un calor abrasador. Un cielo carmesí con franjas de nubes negras, y árboles carbonizados salpicados por la llanura estéril.

La lava fluye brillante y anaranjada a través de los enormes cañones del sur, su luz ámbar se utiliza a menudo para navegar por estas tierras hostiles. Este es mi otro hogar ahora. El único lugar donde nadie puede hacerme daño. Es extraño, ya que mi protector, mi padre... es un demonio. Una criatura de mito y leyenda conocida por su capacidad de cometer males colosales. Un monstruo eterno que finalmente creó a los hombres lobo... mi otra familia.

Maldita sea, toda mi vida es un popurrí de desgracias e improbabilidades.

Mi madre era Primrose Blacktail, la última de su dinastía. Azazel la amaba. A pesar de su naturaleza diabólica y su moral flexible, eso es lo único que no puede negar porque lo veo en sus ojos azules metálicos cada vez que el nombre de ella encuentra sus labios. Había amor entre ellos. Del tipo intemporal que trascendía todo.

—Llevamos horas caminando —le recuerdo a Azazel mientras nos detenemos en la orilla de un río de lava—. ¿Por qué?

—Necesitas sacar esa ira que llevas dentro. Para eso no hay nada mejor que caminar por los Campos Sangrientos para una completa depuración.

Le miro con dureza.

—¿Estás de broma, no?

—En absoluto. Creo que necesitas hacer ejercicio.

Lo dice en serio. No hay una pizca de humor en sus rasgos. Puedo ver por qué mi madre se enamoró de él. Azazel es un hermoso demonio, un seductor cuyos hijos demoníacos se han hecho famosos en los reinos como incubos y súcubos. Yo misma soy una de estos últimos, aparentemente. Un súcubo y un cambiador de lobo. «Una combinación mortal para cualquiera

que se atreva a cruzarse contigo» me había dicho antes. Esas palabras resuenan profundamente en mi mente, pero no sin un sabor amargo. He sido una esclava toda la vida.

Muchas personas se han cruzado conmigo.

—Esto es un desastre —comento.

Azazel se sienta en el borde de una garra de obsidiana. La luz ámbar parpadea en su superficie y me veo brevemente en ella antes de volver a centrarme en el archidemonio.

Tengo el pelo azul plateado enredado, los ojos hinchados de tanto llorar y la piel más pálida que de costumbre. Él dice que se supone que debe ser así, aquí abajo.

En la oscuridad de este reino, no hay sol que coloree la piel, por lo que la mayoría de los demonios son casi blancos como la nieve. Irónicamente, la mayoría de las representaciones de los demonios del mundo humano los muestran como monstruos de piel roja con grandes ojos amarillos y cuernos gigantescos. Solo aciertan en algunos rasgos, pero los seres del Mundo Oscuro no son nada feos.

Son diferentes, seguro, pero desde luego no son... grotescos.

Mi especie, en particular, está diseñada para seducir. Tal vez es por eso por lo que los problemas me siguieron a través de los Bosques Interminables, para empezar.

Alfons, Merl... Sacudo la cabeza y desecho el pensamiento. Esos días ya han pasado. Ya no soy esa Virga. No soy un chucho asustado sin sentido de la libertad ni de la pertenencia. Soy la Alfa de la manada de los Bosques Interminables, soy una loba-demonio, y soy... absolutamente miserable sin Tueur.

—Siento que tengas que pasar por esto —Azazel interrumpe mis pensamientos. Su mirada se pasea por el río ámbar, un viento caliente se levanta y le roza el pelo. Los reflejos plateados danzan en la luz dorada, pero es la tristeza en sus ojos lo que capta mi atención—. Nunca debiste sufrir. Podría haber hecho las cosas de otra manera...

—¿Por qué no lo hiciste?

—No pude.

—¿Por qué no? Nunca nos explicaste del todo por qué nos abandonaste. Por qué dejaste morir a mi madre, en primer lugar.

Me mira con dureza.

—Es complicado, Virga, y quizá sea demasiado pronto para que comparta esa historia contigo. Necesito que te concentres en lo que está por venir.

—¿Cómo puedo centrarme si no comprendo del todo mi pasado?

—Porque tu pasado y tu futuro están inextricablemente unidos, ¡y Michael se aseguró de ello! —Azazel arremete, perdiendo finalmente la paciencia. El arrepentimiento revolotea por su rostro casi al instante. —Perdóname. Eso salió mal...

—Entonces haz que salga bien —respondo y me siento a su lado en la garra de obsidiana. Un enfoque menos conflictivo podría hacer que me contara más—. ¿Qué tiene que ver Michael con lo que nos pasó?

Azazel no responde inmediatamente, pero le doy los minutos que necesita, de cualquier manera. Debe de ser algo difícil de explicar, ya que está claro que lo está estudiando en su mente.

Sus ojos me encuentran y, por un breve momento, me envuelve una extraña y familiar sensación de paz. No nos conocemos desde hace mucho tiempo, pero sé que está aquí por mí. A su manera retorcida, destrozará a todos y a todo si es necesario para mantenerme a salvo. Es un sentimiento que siempre he deseado, pero nunca pensé que lo experimentaría. Mi lado positivo en este miserable lío, supongo.

—Me impidió llegar a ti —responde finalmente Azazel—. Él y yo hemos estado luchando en

una guerra de poder durante los últimos siglos. Influyo en un demonio por aquí, en un ángel por allá, y finalmente alguien intenta arrancarle el corazón al arcángel. También incita regularmente a la violencia contra mí, especialmente entre los humanos. Utiliza su religión como los hilos de una marioneta... el muy cabrón. Uno de sus subordinados me alejó de Primrose, no mucho antes de que tú nacieras.

—Pensé que los ángeles se suponía que eran los buenos.

—Define «los buenos». ¿Qué espectro moral estamos discutiendo aquí? —responde Azazel, amargamente divertido— De todos modos, llegaremos a la reputación de los ángeles en un minuto. Tengo que hacerte entender algo, Virga. No es que no quisiera estar contigo y con Primrose. Por supuesto que quería estar contigo y con Primrose. Eras mi primogénito, en cierto sentido. Mi niña... No eras nada parecida a los engendros del demonio. Eras preciosa... Y Michael se aseguró de alejarme de ti. Me encontré encerrado en un calabozo bajo el fondo de un océano. Estaba encadenado y atrapado bajo un centenar de antiguos siglos. Todo estaba dispuesto a propósito para que Primrose estuviera sola ese día.

Se me hieló la sangre cuando empiezo a registrar la no tan sutil implicación. Siento debilidad en las rodillas. Va a ser imposible que me levante pronto.

—¿Estás diciendo que Michael te alejó deliberadamente de mi madre?

Asiente una vez con la cabeza.

—La noticia de lo que teníamos debió llegar a sus oídos. Nunca mencionó su nombre cerca de mí, y no fui estúpido al sacar el tema. Pero sé que lo sabía. Conozco a Michael, Virga. No es un alma buena. No es un alma buena en absoluto.

—Tenemos que decírselo a Tueur.

—Si te acercas a él ahora mismo, Michael te cortará la cabeza —me advierte Azazel, con la voz ronca, baja y cansada por la edad—. Me costó mucho trabajo y negociación conseguir que se echara atrás una vez que se le ocurrió lo de que tu buzón es el responsable del fin del mundo, que de todas formas no es más que un montón de mierda de caballo. Michael cree que no puedo ver a través de él, el imbécil ensimismado.

—Si te tenía prisionero cuando murió mi madre, ¿cómo saliste después?

—Las cerraduras se desprendieron. Cuando llegué a la superficie, no había nadie. Era como si se hubiera borrado todo rastro de presencia angélica. Por un momento, pensé que podría haberme vuelto loco o algo así.

—No le entiendo...

—Ni tú ni yo, chica, pero hay una cosa de la que estoy seguro. No podemos ganar si luchamos directamente contra él —responde Azazel—. Y tengo una forma de llevarte de vuelta con tu hombre, el Nephil, pero tienes que seguirme la corriente. A partir de ahora, haz lo que te digo, y averiguaremos lo que realmente está pasando.

Le dirijo una mirada preocupada.

—Para empezar, no eras demasiado fan de Tueur...

—Eso no significa que tenga derecho a decirte con quién debes estar, sobre todo si se trata de una conexión de almas predestinada —ríe secamente. En la distancia roja, donde las nubes negras se reúnen para preparar sus tormentas eléctricas, los demonios vuelan y chillan frenéticamente en una murmuración que se extiende. Estoy casi hipnotizado por su movimiento, recordando una vez más que hay belleza en este reino. Un tipo diferente de belleza, sí, diferente a todo lo que hay en el mundo humano, pero fascinante, no obstante—. No creo que Michael esté siendo honesto.

—Eso has dicho, sí, pero aún no has dado detalles de por qué. Quiero decir, seguro que

Michael es un idiota, a juzgar por tus experiencias personales, pero... creo que necesitamos más antes de formular una acusación.

Muestra una sonrisa fría.

—Mírate, saliendo al paso de tu querido papá con esa vernácula política. Sin embargo, tienes un buen punto de vista.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo arreglamos esto?

—Te entrenaremos, ante todo.

—Disculpa, ¿qué? ¿Por qué? —respondo, totalmente confundida. Tengo la sensación de que estamos pasando de un tema a otro sin abordar del todo el verdadero asunto que nos ocupa, que es mi separación forzosa.

Azazel sonríe suavemente.

—Te enfrentarás a entes muy poderosos. Necesito que estés lo más fuerte posible. Ahora mismo, todavía eres una niña. Un pequeño tallo verde que espera ser alimentado y crecer hasta convertirse en un gigante.

—Puedes ser muy poético cuando quieres...

—Es la verdad, Virga. Mi mundo y el de Michael están profundamente entrelazados con el tuyo, excepto que nunca te has cruzado con nosotros. Se necesita cierta fuerza y habilidades para sobrevivir. A Michael no le importará verte morir sin su interferencia, así que ten por seguro que sus drones estarán cerca para cazarte si le supones una molestia.

—¿Seré una molestia para él?

El mero hecho de pensarlo me aterra y me emociona al mismo tiempo. Me recuerda a mis primeros días con Tueur: el subidón de adrenalina era increíblemente adictivo, pero sacaba lo mejor de mí. Tal vez se trate de eso. Tal vez me sienta mejor en los brazos espinosos de la adversidad.

—Michael quiere a Tueur para sí mismo por una razón. Aún no he determinado su objetivo, pero sé que no te quiere cerca del Nephil en este momento —reflexiona Azazel, mirando el atardecer. Pronto, el cielo se volverá negro, tragándose el último hilo de luz tenue y llenando el alma de un pavor helado. Así es el Mundo Oscuro, después de todo... un reino de calor y frío y vacío—. Tiene sentido que emplee a terceros para asegurarse de que no te muevas en ninguna dirección que pueda frustrar sus planes.

—Entonces este trato que hicisteis fue solo para el espectáculo. Él se llevó a Tueur, y tú me llevaste a mí, pero ambos sabéis que esto no va a terminar aquí, ¿verdad?

—Me temo que sí.

—Bien —respondo y me pongo de pie, con el alma llena de una nueva determinación—. Entonces ayúdame a ser fuerte. Tueur hizo todo lo que pudo para mantenernos a salvo y juntos. Sea lo que sea lo que planea Michael, no puedo dejar que nos destruya. Hay una parte de mí que no se rendirá sin luchar.

—Bien. Mantén ese espíritu alto y poderoso, Virga. Lo necesitarás —añade Azazel mientras se pone también de pie—. Donde estamos a punto de ir, pocos han estado y aún menos han sobrevivido. Pero es tu mejor oportunidad de salir de este reino como un guerrero apto para luchar contra los agentes de Michael.

—¿A dónde vamos exactamente?

Pone una sonrisa orgullosa, el brillo de la lava recubre sus cuernos plateados de ámbar.

—A mi dominio.

El dominio de Azazel. Una parte de este mundo donde él y solo él establece las reglas. Nadie más puede desafiarlo allí. Nadie puede atreverse a hablarle sin el debido respeto. En esas tierras,

solo él prevalece. Solo he leído sobre ello con Melisse durante nuestras horas de estudio. Diosa, extraño el castillo. La extraño... ¿Sobrevivió al ataque?

Me vienen a la mente Kirin y los demás duendecillos. Mi madre. Los lobos. Mi manada...

Dejé a todo el mundo atrás, y acabé separada de todo lo que he conocido y de todas las personas que he amado. Pero es solo un apuro temporal. Tiene que serlo. Estoy a punto de profundizar para poder salir pronto fortalecida. Si quiero protegerme a mí misma y a los que más me importan, tengo que hacerlo.

TRES VIRGA

El dominio de Azazel es un lugar peculiar, sorprendentemente diferente del resto del Mundo Oscuro.

La piedra con la que se levantaron sus torres y su imponente castillo es de color blanco hueso. Tiras de arena de marfil rodean la residencia real. Bajo ellas, moran serpientes venenosas que esperan algo para morder con sus colmillos venenosos. Las succulentas rojas y púrpuras brotan en racimos desiguales, extendiéndose y alcanzando la pálida tierra mientras sus rabiosas flores rosas alcanzan el oscuro cielo.

El castillo en sí es una estructura magnífica, cada línea cortada perfecta y simétricamente. Muchos debieron de trabajar para construir este lugar con sus altas y estrechas ventanas, sus generosas terrazas y su entrada frontal de cien escalones.

Gigantescos demonios tallados en mármol blanco custodian las enormes puertas de plata, que están cubiertas de una desordenada variedad de símbolos grabados.

—Amuletos de protección —me dice Azazel mientras uno de sus sirvientes demoníacos empieza a tirar de las cuerdas que abren las puertas con un chirrido espeluznante.

Oigo docenas de pares de pequeños pies con garras desplazándose por el suelo del interior. Esbirros a su servicio, probablemente. Los demonios tienen una jerarquía, parece. Los más grandes y fuertes están naturalmente en la cima de la cadena alimenticia, mientras que los otros luchan entre sí por un asiento en la mesa. Los más pequeños estén seguramente comprometidos con uno u otro señor de los demonios. Es la ley de la tierra y pocos se han atrevido a levantarse contra ella. Todo en este mundo es extrañamente bello, implacable y totalmente salvaje.

—¿Desde cuándo es tu dominio? —pregunto.

—Francamente, querida, he perdido la cuenta —responde—. Apenas recuerdo una época en la que esto no estuviera en pie y destacando entre los demás dominios.

Los escalones son relativamente bajos, lo que hace que subir un centenar de ellos sea algo más fácil de lo que había pensado en un principio.

Azazel me deja ir delante mientras las puertas se abren de par en par para nosotros. Detrás de nosotros, la noche cae fría y vacía sobre la tierra. Ante nosotros, la oscuridad del castillo cobra vida con miles de velas encendidas por docenas de secuaces demoníacos. Ahora puedo verlos, bueno, a parte de ellos, mientras se apresuran a izquierda y derecha y arriba y abajo en un intento de preparar el castillo para la llegada de su amo. Tal devoción es impresionante. O tal vez es solo el miedo. En cualquier caso, funciona.

Me hace preguntarme... Una vez que regrese a los Bosques Interminables, suponiendo que finalmente regrese, ¿qué clase de Alfa seré? ¿Inspiraré a los lobos para que me sigan, o tendré que someterlos a golpes? ¿Qué dirá Kalla sobre mi regreso? Por el momento, alejo esas preguntas. Puedo soñar con ello más tarde si consigo dormir un poco.

—¿Tu castillo destaca? No he visto lo suficiente del Mundo Oscuro para no estar de acuerdo contigo.

Asiente con la cabeza.

—Habrás notado la elección predominante de la obsidiana en nuestras tierras y paisajes urbanos. Fui más lejos que la mayoría de los demonios para encontrar esa cantera de piedra blanca que me dio esta belleza.

La forma en que sonrío en este lugar me dice que está orgulloso y encariñado con él. Este es su hogar. Es difícil imaginar tal sentimiento en un reino como este, donde todo es demasiado caliente o demasiado frío al tacto, y donde todo el mundo quiere hacerte daño, o peor, matarte.

—Es diferente a todo lo que he visto —le digo, inclinando la cabeza hacia atrás para poder abarcar toda la vista—. Es enorme...

—Seis niveles, doscientas habitaciones y otros tantos baños, una enorme cocina y un baño de vapor subterráneo para mis invitados especiales. Armería, bibliotecas, salas de artesanía y despensas. Nos ha costado llegar a este nivel de autocontención.

—¿Qué coméis aquí? Toda la zona es estéril.

—Oh, Virga. Pequeña ingenua. Que *tú* no comas ciertas cosas no significa que nosotros no lo hagamos —responde Azazel—. Te sorprendería lo que podemos conseguir por estos lares. ¿Qué dicen los humanos? ¿Es un mundo de perros que se comen a los perros?

Su risa me produce escalofríos. Sin embargo, no era una broma.

Una horda de demonios de baja estatura se desparrama por la terraza delantera una vez que llegamos a lo alto de la escalera. Son pequeñas y extrañas criaturas con cuernos puntiagudos y grandes ojos inyectados en sangre, casi negros, y colmillos lo suficientemente largos como para atravesar la carne y el hueso. Sus alas son coriáceas y pequeñas, no lo suficiente como para volar, aunque probablemente sirvan para dar saltos más grandes e ir zumbando de un lado a otro. Las criaturas se alinean a ambos lados de la puerta, formando un pasillo que Azazel y yo seguimos.

Levantando las manos y ofrecen cuencos tallados en cráneos y llenos de diferentes y extrañas delicias locales: insectos fritos, serpientes cortadas y asadas, bolas de colores hechas de polvos parecidos a la canela y la cúrcuma mezclados con algún tipo de líquido pegajoso parecido a la miel, y surtidos de pétalos secos de lo que solo puedo suponer que fueron flores raras y perfumadas. Puedo olerlas claramente, incluso ahora, mucho después de haberlas arrancado.

—Ofrendas para su señor y su princesa —señala Azazel, satisfecho por la cálida acogida.

No puedo evitar ver lo aterrorizadas que están realmente las criaturas. La mayoría de ellas, al menos. Algunas parecen tener bastante ganas de estar aquí, probablemente porque fueron convocadas desde los peores rincones del castillo. He leído lo suficiente sobre demonios y ángeles como para formarme una idea clara de cómo es cada cultura, al menos desde el punto de vista antropológico. También he estudiado a los humanos de forma similar.

—Gracias —respondo a los demonios y cojo un puñado de pétalos de uno de sus cuencos—. ¿Qué son estos, exactamente?

—Hibiscos dorados y rosas de rubí del Reino Mellas —me explica Azazel—. Flores raras con propiedades preciosas que no se pueden encontrar en ningún otro lugar del mundo humano. Me traen un lote de contrabando cada dos meses.

—¿Propiedades preciosas?

Me acerco los pétalos a la nariz y me deleito con los vertiginosos olores. Me recuerda a hacer el amor, al olor de Tueur y a la sensación de su lengua trazando líneas invisibles sobre mi piel. Me recuerda a las dulces noches de verano y al néctar de madreselva. A las rodajas de sandía y a la rúcula recién cortada. Estas flores huelen a todas las cosas maravillosas que ofrece la vida. Una extraña combinación...

—Su aroma se adapta a tus deseos más íntimos —indica Azazel, mirándome con atención—. Lo que sueñas, lo que más desees, las flores lo perciben y te lo dan. Se dice que son de origen mágico, pero nunca se identificó a ninguna hechicera como su creadora. Pero no importa. Se venden por una fortuna, y por eso cada jardín de Mellas está vigilado por soldados armados y mercenarios despiadados.

—¿Me los como?

—Deberías. El sabor es aún mejor.

Mastico un trozo, lentamente al principio, mientras nos dirigimos hacia las puertas del castillo. Las antorchas se encienden a lo largo de las paredes en todos los niveles. El fuego arde en enormes braseros de bronce que flanquean la entrada. El calor llega y besa los escalofríos de la noche, dejando atrás la fría y desértica nada. Pero Azazel tiene razón... el sabor es increíble. Ya no huelo las cosas maravillosas que más deseo. Las saboreo.

Los labios de Tueur en los míos. Nuestras lenguas chocando. Las gotas saladas de semen mientras él llega al orgasmo en mi boca. Oh, va a ser casi imposible mantenerse alejada de él, y que se joda Michael por hacernos esto. Que se jodan todos los que se interpongan entre nosotros.

Tiro los pétalos que quedan antes de poder probar la madreselva de la noche de verano, la sandía fresca y la rúcula picada y con nueces del pequeño rincón de la cocina de la Madre Mary en nuestra cabaña de esclavos. Tiro los sueños bonitos antes de romper a llorar.

—Dijiste que tenías una forma de hacerme más fuerte —le replico a Azazel mientras me acompaña al interior del castillo. Detrás de nosotros, los pequeños demonios se relajan poco a poco y se dispersan, cerrando y atrancando las puertas tras nosotros—. No podemos perder tiempo. Tengo que volver con él...

—Virga, la búsqueda que tenemos por delante es mucho más complicada de lo que puedas imaginar —responde—. No estamos ante un ángel cualquiera. Se trata de uno de los primeros que se han creado, un arcángel y un poderoso guerrero que nunca ha sido derrotado en la batalla ni en la política. Es un bastardo intrigante que ha tenido eones para perfeccionar sus tácticas. No se carga contra él sin más...

—¿Qué hacemos entonces? Si nos está mintiendo, si está mintiendo a Tueur, ¿tenemos que detenerlo!

Azazel nos detiene en medio de un gigantesco patio. A nuestro alrededor, estatuas demoníacas de mármol blanco se alzan orgullosas, cada una de ellas sosteniendo una ardiente antorcha de latón. Algunos de los rostros esculpidos nos resultan familiares: Azazel y Leviathan, entre ellos.

—Lo derribaremos utilizando sus propios métodos. Una cosa útil es investigar al cabrón y aprender todo lo que hay que saber sobre él —explica mi padre.

—De acuerdo. Estoy de acuerdo con eso. ¿Cómo lo hacemos entonces?

Nos lleva al otro lado del patio, a través de una serie de puertas de hueso más pequeñas que llevan al interior de la fortaleza. Sin embargo, aún no estamos dentro. Sobre nosotros, el cielo nocturno reina negro y vacío mientras las antorchas iluminan nuestro camino. Finalmente, llegamos a un coliseo al aire libre alrededor del cual se eleva el resto del castillo con sus

numerosas salas y pasillos y luces parpadeantes. Este lugar es... enorme.

—Todos los años celebro un torneo aquí —cuenta Azazel mientras nos encontramos en el borde de los escalones descendentes que conducen a la extensa arena—. Los demonios más duros compiten para clasificarse, y luego se matan entre ellos hasta que solo queda uno en pie. Al que gana lo llamamos el «Campeón de los Huesos». Y el Campeón de los Huesos puede cenar y beber con los Siete Príncipes del Mundo Oscuro, Virga. ¿Sabes quiénes son los Siete Príncipes, querida?

Levanto una ceja.

—Tú eres uno de ellos.

—Exactamente. Y Leviathan, y Mammon. Beelzebub. Asmodeus. Belphegor. Y Lucifer, el gemelo de Michael.

—¿Su qué, ahora? —Eso es nuevo para mí. —No había ningún tipo de parentesco mencionado en ninguno de los textos literarios que Melisse y yo estudiamos en el castillo de Tueur...

—No estamos emparentados como los humanos. El gemelo de Michael no es de su sangre y no somos hermanos de la forma en que tú conoces a los hermanos. Así como todos los humanos tienen el mismo creador, nosotros también. Nuestro creador hizo los primeros arcángeles. Michael y Lucifer fueron los primeros y por eso sus imágenes son similares. Al igual que las primeras piezas de un artista pueden parecer iguales. Pero a medida que aprende, sus primeras piezas son exclusivas de las últimas.

—Bien. Entonces, me estás diciendo que Lucifer fue un ángel una vez...

—Todos lo fuimos. Bueno, nosotros, los mayores. Las nuevas generaciones nacieron aquí. Los íncubos y los súcubos, los mutantes y los comedores de almas, los familiares y los drudes... Pertenecen al Mundo Oscuro.

Miro fijamente a Azazel durante un largo segundo, observando brevemente mi reflejo en sus ojos azul metálico.

—Así que son ciertas. Las leyendas de origen que dicen que los ángeles caídos crearon el Mundo Oscuro. Fueron expulsados del Reino de Plata y...

—¿Expulsados? Querida, nos fuimos por nuestra cuenta —me corrige, levantando desafiantemente la barbilla—. Seguimos a Lucifer fuera del Reino de Plata, dejamos atrás la Ciudad Pura y mandamos a los ángeles a la mierda si pensaban que Michael tenía derecho a su reclamación.

—¿Pero por qué?

—Oh, Virga... Dejaré que Lucifer te cuente esa historia. Siempre y cuando te conviertas en la Campeona de los Huesos, por supuesto —suelta, sonriendo.

Miro la arena. La arena del fondo ha sido rastrillada, pero las piedras manchadas de sangre y los huesos de demonios esparcidos cuentan la verdadera historia de este lugar. Muchos han muerto aquí para tener la oportunidad de sentarse junto a los Siete Príncipes del Mundo Oscuro, junto al mismísimo Lucifer, la Estrella de la Mañana.

—¿Con cuántos demonios tendré que luchar? —pregunto, tratando de imaginar todo el proceso.

—Unos cincuenta, calculo. Normalmente depende de cuántos se presenten. En un año, hubo tres mil luchando por el primer puesto.

—¿Tres mil?! ¿Qué dices? Entiendo que festejar con los Siete Príncipes es algo importante, pero tres mil... ¿Quieres decir que tres mil murieron para que un demonio pudiera beber vino con Lucifer?

—Dos mil nueve demonios murieron para que un demonio pudiera beber vino con Lucifer —me corrige de forma juguetona Azazel—. Y fue de una cosecha espectacular, lo reconozco. Aunque no es realmente la parte de la cena lo que atrae a tantos demonios, Virga. Es el premio. Un dominio propio.

—Oh...

—Creemos que la mayor parte del Mundo Oscuro está aún por descubrir —continúa mientras caminamos lentamente por la arena. Un viento fresco nos roza, haciendo que las luces de las antorchas parpadeen y bailen en la negra noche. En el interior del castillo, los demonios del servicio trabajan sin descanso. Aún puedo oírlos correr, maldecir y trabajar desde aquí—. Todavía tenemos exploradores investigando y trazando nuevos territorios. Tener un dominio en tierras desocupadas es el sueño húmedo de cualquier demonio. Significa propiedad, títulos, una libertad que la mayoría de los ciudadanos de baja cuna de nuestro reino nunca experimentarán.

—Eso tiene más sentido —suspiro, girándome a mirar el patio que dejamos atrás. Puedo ver sus enormes macetas de piedra llenas de suculentas rojas y moradas desde el borde del coliseo—. ¿Tú también te has ganado el dominio?

Azazel echa la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—Querida, lo reclamé y fue mío. No empecé como nada humilde... Todo lo que tengo es mío porque lo ocupé. Eran otros tiempos, eso sí. El comienzo del Mundo Oscuro. Tiempos más duros y tristes. Nos hemos acostumbrado desde entonces...

Hay muchas cosas que aún tengo que aprender sobre él y los demás archidemonios, por no hablar de toda su civilización y de los cambios —los claros cambios fisiológicos— que convirtieron a los ángeles en estas criaturas que tengo delante. Intento imaginar a Azazel con alas emplumadas y sin cuernos, pero no lo consigo. Es como si esa imagen no perteneciera a ninguna parte. Creo que el ángel Azazel nunca existió realmente. Físicamente, estaba allí y todo eso. Cruzó con Lucifer y los otros, pero... no puedo imaginarlo en absoluto.

—Ven, querida —dice tras un largo silencio—. Vamos a que comas algo antes de dormir. Mañana comenzaremos tu entrenamiento.

Me pasa un brazo por el hombro y me acompaña de vuelta al patio. Desde allí, nos lleva al interior del edificio del castillo y subimos un par de escalones de piedra en espiral hasta que encontramos una gran cocina con una mesa de madera en el centro y un trío de pequeños diablillos que se afanan alrededor de los fogones encendidos con ollas y sartenes. Además, huele sorprendentemente bien.

—No como ninguna de tus comidas raras de bichos o lo que sea —respondo secamente.

No obstante, nos sentamos a la mesa y un diablillo nos trae una jarra de cristal llena de vino rojo sangre.

—Están sorprendentemente sabrosas —me anima Azazel—, pero no te preocupes. Dadas las recientes anomalías del portal entre los reinos, hice que mis secuaces trajeran más alimentos de calidad del reino humano. Hay una selección particularmente deliciosa de carnes secas que podemos almacenar aquí a largo plazo. Creo que te gustarán.

—Gracias —le digo al diablillo que me sirve el vino. La criatura asiente, temerosa de establecer contacto visual, y luego se va corriendo a la despensa. Un minuto después, vuelve con un plato de huesos lleno de rodajas de las mencionadas carnes secas. También reconozco un par de especialidades de mis Bosques Interminables, junto con algunos otros embutidos y jamones raros.

Solo cuando me ponen el plato delante me doy cuenta de lo hambrienta que he estado todo este tiempo. Ni siquiera me doy cuenta de los diablillos que se agitan a nuestro alrededor antes

de que Azazel los aleje como moscas, chasqueando los dientes.

—¡Largo! —les grita, y desaparecen de la habitación como bocanadas de pólvora negra.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto.

—Creo que es tu naturaleza de súcubo —suspira, recostándose en su silla mientras da un largo sorbo a su vino. Ambos habíamos pasado por alto este aspecto hasta ahora.

—¿Qué hace, exactamente?

—Lo que les hizo a Merl y Alfons Redmayne. A ese pedazo de mierda de su padre. A Leviathan si se acerca demasiado a ti... a cualquier criatura viviente, en realidad. Solo se volverá más intenso. Peor.

—¿Peor?

—Tueur tenía su utilidad. Manteneros juntos os llevó a un crecimiento y consumo mutuo de energía. Ciertamente puedo ver por qué el universo os diseñó así. Como pareja, nunca afectaríais a los que os rodean como lo haríais si estuvierais separados —responde Azazel, y luego maldice en voz baja—. Michael, el bastardo... no tuve la claridad de llamarlo por su mierda. Simplemente acepté la separación.

—Está bien —le digo—. Lo vamos a destrozar. ¿Verdad?

Me sonrío y, por primera vez en mucho tiempo, me siento de nuevo en casa. Curiosamente, en el reino menos hospitalario jamás conocido.

—Correcto —afirma Azazel, y vuelve a llenar mi vaso.

CUATRO VIRGA

Las mañanas en el Mundo Oscuro no es como lo había imaginado.

La luz roja atraviesa mi habitación, ensangrentando las paredes de hueso antes de que lo que sea que pasa por un sol se eleve lo suficiente como para dar paso a un nuevo día. Me duelen los músculos, pero lo que más me duele es el corazón. Dormir sin Tueur es un tormento, una noche sin sueños que me llenaba de temor y soledad. Ya no puedo imaginar una vida en la que él no forme parte de mí. Es como si mi pasado ya no contara sin él en mi presencia y sin la promesa de un futuro que se deshace a nuestros pies. Me siento miserable, y eso es todo. Voy a tener que hacer algo al respecto.

Una cuadrilla de diablillos alados espera frente a mi puerta con una gran palangana de porcelana llena de agua caliente y pétalos perfumados en un cuenco aparte. Son increíbles, huelen de maravilla.

Antes pensé en un baño, recordando las flores de azahar que la Madre Mary solía poner en el agua para mí, y ahora... huelo plenamente las flores de azahar. Se dibuja una sonrisa en mis labios. Puedo ver por qué los hibiscos dorados y las rosas rubí son tan preciosos. Conectamos nuestros recuerdos con el sentido del olfato. Un determinado olor puede desencadenar un determinado recuerdo.

—Sois muy amables —les digo a los diablillos que empujan la palangana en mi habitación, echan en el agua con los pétalos perfumados, y luego salen corriendo, temblando como los pequeños demonios de ayer.

De nuevo, mi naturaleza de súcubo asoma su fea cabeza. Pobrecitos. Desde luego, ellos no pidieron ser excitados sin sentido en presencia de la hija de su amo. Esto es incómodo y más que extraño, pero mi único recurso es averiguar qué está tramando Michael antes de intentar volver con Tueur.

Me sumerjo en el agua caliente perfumada y me dejo llevar por mis recuerdos. La mayor parte de mi vida fue un cautiverio miserable, pero hubo momentos que apreciaré hasta mi último aliento, y los baños que la Madre Mary me daba forman parte de lo bueno.

Solía sentarse junto a la bañera y cantarme algo mientras me lavaba el pelo azul plateado. Me sentía tantas veces como una extraña en el Bosque Interminable, solo para que ella me besara en la frente y me prometiera que allí tenía un hogar, siempre, pasara lo que pasara. La echo de menos. Me preocupo por ella.

Cuando termino de lavarme, me seco y me envuelvo en una toalla gruesa. También estoy

decidida a volver a verla a ella y al resto de mi manada. Pronto, me digo.

Unos golpes en la puerta anuncian a otro grupo de secuaces que se llevan la palangana y dejan un conjunto de ropa fresca sobre mi cama. La tela de seda lisa y el hilo de plata bordado con rubíes cosidos llaman inmediatamente mi atención.

Llevar el conjunto es aún más intrigante, ya que la seda fluye como una segunda piel. Es un vestido con cortes profundos a ambos lados que me dan la máxima movilidad, mientras que el corpiño se ciñe a mi torso. La mayor parte del hilo de plata y los rubíes cubren mi pecho y mis hombros, mientras que mis brazos quedan desnudos.

Las sandalias están hechas de algún tipo de piel, pintadas de negro y con cierres metálicos. Se ajustan perfectamente y las suelas son suaves. Estoy segura de que podría correr y patear traseros con ellas.

Una vez que salgo de mi habitación y camino por el castillo de huesos blancos, me queda claro que esto es exactamente para lo que fueron creadas.

—¡Ahí está! —exclama Azazel cuando entro en el patio abierto.

Su atuendo es similar al mío. Seda blanca con hilo de plata y rubíes, salvo que sus enormes hombros están cubiertos por grandes placas de plata que ocultan los hombros. Una capa plateada cae en cascada por su espalda, captando los destellos rojizos del cielo con cada aleteo. Tampoco está solo. El gigante que está a su lado es Leviathan. Es difícil de olvidar, solo que esta vez el demonio de pelo azul lleva sus trenzas atadas a la espalda con un grueso hilo de plata, dejando que las hojas del extremo tintineen al viento. Eso indica que no está en modo de combate, lo que hace que un suspiro de alivio salga de mi pecho al acercarme a ellos.

—Buenos días —les saludo, sonriendo amablemente.

Leviathan estrecha sus ojos azules y metálicos hacia mí, y una vez más me encuentro con las similitudes físicas. Está claro que somos de la misma familia, y es algo extraño de reconocer teniendo en cuenta las historias de terror que había oído sobre los demonios antes de entrar en el Mundo Oscuro.

—Definitivamente eres la niña de tu papá —responde el gigante, y luego estalla en una risa estruendosa y sincera. Le da una palmada en la espalda a Azazel, creo que, con intención de ser amistoso, pero casi le hace perder el equilibrio—. Lo has hecho, bastardo. Has creado una verdadera heredera...

—¿Una qué? —Pregunto.

—Una verdadera heredera —responde Azazel encogiéndose de hombros—. Mis hijos son todos ícubos y súcubos. Criaturas capaces, eso sí, pero ninguno digno ni verdaderamente inteligente o poderoso como para heredar mi dominio. Por no hablar de mi poder.

—Pensé que vosotros erais inmortales —admito.

—Estamos destinados a vivir eternamente, pero eso no significa que no puedan matarnos —murmura Leviathan, y luego asiente a Azazel—. Este cabrón ha intentado cortarme la cabeza con una espada de ángel más de una vez. Afortunadamente, lo vi venir.

—No olvidemos las muchas veces que has intentado lo mismo —responde Azazel.

Definitivamente hay un ambiente de amor-odio entre ellos dos. Las amenazas de muerte y la violencia son reales, pero también lo es la camaradería. Es una dinámica interesante, como mínimo, aunque me recuerda a mi manada de los Bosques Interminables. No todos estaban de acuerdo con Elliott Redmayne, pero todos le seguían, obedecían y defendían.

—Supongo que nuestra... familia es complicada —respondo, provocando que ambos se rían secamente. Esta es mi familia. No puedo creerlo—. Háblame del torneo. ¿Qué hace falta para que me convierta en Campeona de los Huesos?

Leviathan me lanza una mirada de asombro.

—¿Quieres luchar contra mis pesadillas, pequeña cachorra?!

—¿Tus pesadillas?

Azazel me hace un gesto para que le siga y nos lleva al coliseo. En la arena, las espadas, las garras y los cuchillos ya tintinean, y no para entrenar.

La sangre brota por todas partes.

Las extremidades están dispersas.

Las vísceras salen disparadas como cintas sueltas, y mi estómago se revuelve al ver cómo una docena de demonios con armadura negra tan voluminosos como Leviathan se enfrentan al doble de demonios con piel de lagarto y cuernos rojizos que sobresalen de sus musculosas espaldas.

—Las armaduras de obsidiana —afirma mi padre, observándolas con renovado interés—. Forman parte de la principal fuerza de ataque de Leviathan. Desde luego, no me gustaría ponerme en su contra —añade—. Han mejorado, ¿verdad?

—Oh, sí. He hecho que mis generales trabajen duro para moldearlos hasta este exquisito estado. Son putas máquinas de matar —responde Leviathan y me mira con desprecio—. Te violarán sangrientamente antes de arrancarte la cabeza, pequeña cachorra. Te aconsejo que esta vez te quedes atrás. Esto no es para ti.

—Por desgracia, lo es —añade Azazel, cruzando los brazos—. Necesita ganarse el favor de Lucifer.

—¿Para qué?

—Nuestro problema con Michael —le recuerda mi padre.

Leviathan se burla.

—Esto es ridículo. ¡A la mierda nuestras anticuadas tradiciones! ¡Solo pon a tu hija en una habitación con ese maldito brillante y haz que hablen!

—Sabes que Lucifer no se molestará.

—No me importa trabajar para ganarme su favor —interrumpo.

—El Mundo Oscuro ha crecido en él. Tal vez demasiado —decreta Leviathan—. Por desgracia, él gobierna sobre nosotros ... No tenemos más remedio que acatar.

—Sin embargo, sois Siete. Con una S mayúscula, me han dicho.

—Eres graciosa —me dice, y luego frunce el ceño hacia Azazel—. Supongo que no has mencionado la jerarquía de los Siete.

Nos sentamos en el lado derecho de la escalera descendente, mientras los demonios siguen matándose los unos a los otros en la arena. Una cabeza pasa volando por delante de nosotros como una pelota de cuero. La oigo aterrizar en algún lugar del patio con un sonido de chapoteo que me hace perder el apetito por completo.

—Me salto el desayuno, entonces —refunfuño sobre todo para mí.

—Somos los Siete Príncipes —procede a explicarme Azazel—, pero no somos iguales. Lucifer está por encima de todos nosotros, sin excepción ni oposición. Leviathan, yo mismo y Asmodeus, los trillizos de pelo azul, somos sus comandantes. Beelzebub, Mammon y Belphegor son sus ministros. Nuestro gobierno ha mantenido este lugar bajo control desde el día en que pusimos un pie en este reino.

—No como un reloj, por desgracia, pero el miedo y el temor han sido nuestras herramientas más útiles —añade Leviathan, observando las peleas de abajo con los ojos muy abiertos y brillantes. Le encanta la violencia. Le encanta el derramamiento de sangre. No soy yo.

—Y en última instancia, Lucifer ha establecido ciertas tradiciones a lo largo de los años,

mientras que nosotros hemos tomado la costumbre de no luchar contra él en ninguna de ellas, a menos que los esfuerzos nos mancillen o perjudiquen de un modo u otro —prosigue Azazel—. El torneo para el Campeón de los Huesos es una de esas tradiciones. Quería que los demonios «comunes», los nacidos aquí, en concreto, tuvieran una oportunidad de compartir el pan con él, por así decirlo. También pensó que conceder dominios más pequeños a los campeones ayudaría a diversificar las regiones en expansión.

—¿Lo hizo?

Azazel y Leviathan asienten simultáneamente.

—Hay nuevas razas de demonios surgiendo estos días —responde el gigante—. ¿Ves esos monstruos lagartos de ahí abajo? Son soldados de Antioch. Antioch fue Campeón de los Huesos hace quinientos años. Reunió a los demonios de los otros dominios y los trajo al suyo. Solo se necesitaron cinco siglos para que el mestizaje produjera esos finos especímenes...

Sin embargo, a pesar de toda su finura, los demonios lagarto parecen caer como moscas contra sus monstruos de armadura negra.

—Parece que tus chicos siguen llevando la delantera —le comento.

—Por supuesto. Los grandes genes no sirven para hacer un Campeón de los Huesos. También se necesita un buen entrenamiento.

—Por eso vas a entrenar con Leviathan —anuncia mi padre, casi con demasiada sutileza para que ninguno de los dos entienda lo que está pasando.

—Espera.

—¡¿Qué?!

Los dos nos quedamos boquiabiertos, mientras él se ríe a carcajadas, positivamente divertido por las reacciones de asombro. Eso es hasta que Leviathan se da cuenta de que estoy disgustada.

—Perdona, ¿no quieres que te entrene?

—Yo...

—Puede que sea áspero en sus gigantescos bordes, querida, pero es uno de los mejores soldados con los que he tenido el honor de servir, desde antes de convertirnos en demonios —explica mi padre.

No puedo evitar sonreír a los dos.

—Aunque no estoy seguro de qué demonios voy a hacer con una cachorra escuálida como tú —señala Leviathan, midiéndome de pies a cabeza.

—Oh, no dejes que su tamaño te engañe —responde Azazel.

Vemos cómo se suceden los combates durante un rato, hasta que solo queda un demonio lagarto en pie contra cinco Pesadillas. Hay que reconocer el mérito, el tipo ha aguantado bastante tiempo. Aunque dudo que gane contra las cinco.

—Antes erais ángeles —digo—. ¿Qué pasó que os convirtió en...?

—¿En esto? —pregunta Azazel, señalando sus cuernos. Asiento con la cabeza una vez—. Este lugar nos ocurrió a nosotros. Hay algo en el agua, en las plantas, en las criaturas que habitaron aquí antes que nosotros. El calor, el cielo negro, las emanaciones que escupen los volcanes, las toxinas que rocían los ríos de lava... Nunca tuvimos demasiada curiosidad por estudiar este reino y entender qué era exactamente lo que cambiaba nuestra fisonomía.

—Simplemente nos adaptamos y aprendimos a vivir con nuestro nuevo «yo» —explica Leviathan.

—Sin embargo, todavía tienes alas, ¿verdad?

Mi padre sonríe.

—Pero no de las bonitas como las de tu novio y su padre de mierda. El Mundo Oscuro ha

dejado su huella en nosotros, igual que nosotros hemos dejado nuestra huella en él.

—Y los demonios nacidos aquí... —añado, esperando a que complete los espacios en blanco.

—Han heredado nuestros rasgos evolucionados —sigue con la explicación—. A decir verdad, siempre nos hemos considerado superiores a los ángeles. Somos despiadados y más rápidos. Los que no tienen forma entre nosotros pueden ocupar cuerpos sin permiso. Tenemos la oscuridad de nuestro lado, y la oscuridad es uno de los dos aspectos principales del universo. Lo más importante es que aquí somos libres. El Reino de Plata nos tenía atados.

—No pasa un día sin que agradezca que hayamos salido con Lucifer cuando lo hicimos —continúa Leviathan, y luego me da una palmada en el muslo tan fuerte que casi me pongo a llorar—. Vamos, pequeña cachorra, es hora de que te pongas a entrenar.

Me muerdo el labio mientras se levanta y grita a los combatientes de abajo.

—Parad. Esperad. Tengo otro luchador para vosotros.

Todos se me quedan me están mirando. Están hambrientos y desesperados. Y yo soy un maldito forraje para su ira.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —murmuro mientras sigo tímidamente a Leviathan por las escaleras. Azazel se queda atrás, sonriendo suavemente. Debe de encontrar toda esta situación entrañable, pero yo estoy muerta de miedo. ¿Qué se supone que debo hacer contra estos malditos demonios, exactamente? —¿No podemos pelear con armas contundentes durante un tiempo, al menos hasta que encuentre mi ritmo?

—¿Crees que tendrás armas contundentes en el torneo?

—No.

Justo ahí está mi respuesta.

Estoy a punto de ir a luchar contra un grupo de demonios altamente cualificados de verdad, y es con el único propósito de practicar. Debo aprender a sobrevivir y prevalecer contra algunos de los demonios más poderosos de este reino para poder acercarme de nuevo a Tueur.

El dolor en mi pecho ha crecido. Solo empeorará antes de mejorar... y no tengo ni idea de cuándo ocurrirá.

CINCO TUEUR

Después de pasar horas recorriendo el Reino de Plata y su capital, solo me viene a la mente una palabra, para mi decepción. Monótono.

Una vez que pasas el brillo celestial, las torres de mármol blanco, los tejados plateados y los cielos casi blancos... no hay nada aquí que me conmueva el alma. Prefiero mi castillo en el Versteck. Prefiero mis habitaciones y pasillos cambiantes. Mis hadas y cielos lilas. Mi amiga Melisse, mi alma gemela Virga. Esto se siente... vacío.

Sin embargo, lo único que me hace sonreír es el Gran Repositorio de Archivos Angélicos, donde se guardan manuscritos de todos los reinos conocidos. Registros de todas las civilizaciones, pasadas y presentes. Textos literarios. Poemas. Documentos e informes oficiales. Panfletos y novelas. Cada pensamiento y cada idea. Cada acontecimiento que haya sucedido y que haya sido registrado en papel o en una tablilla de arcilla o en piedra... han traído una copia aquí, al Gran Repositorio.

—¿No es magnífico? —pregunta Michael mientras nos detenemos ante el gigantesco edificio con su techo de cúpula plateada y sus vidrieras. Los jardines con flores blancas y rosa pálido se despliegan en la parte delantera, con senderos de mármol blanco y elegantes topiarios verdes de ángeles que se alzan aquí y allá— Los otros y yo lo construimos al principio, cuando solo conocíamos el reino humano. Antes de los demonios y del Mundo Oscuro.

—Déjame adivinar, tú y Azazel solíais poner los ladrillos juntos —respondo secamente.

Intenta venderme un Reino de Plata que he deseado, pero este no es eso. Este es el verdadero, cuyos ángeles me miran con desprecio a pesar de mi adoración y deseo de honrarlos. Este es el lugar al que siempre he querido pertenecer, pero... ¿por qué me siento como un extraño entrando sin permiso, incluso al lado de mi padre? No tiene sentido. Debería estar feliz de estar aquí.

—Deberías estar encantado de estar aquí —comenta Michael, espeluznante al hacerse eco de mis pensamientos—. Habría esperado un mínimo de gratitud, al menos.

—Estoy agradecido, no me malinterpretes.

—¿Entonces qué es? —Se gira para mirarme, visiblemente irritado.

—La echo de menos.

Detrás de él, las puertas plateadas se abren de par en par y sale un arcángel. Su pelo es del color del sol del verano, y fluye rizado y rebelde sobre sus hombros. Se agita a cada paso de forma casi juguetona. Sus ojos blancos brillan. Su sonrisa hace que esta mañana sea aún más brillante, casi me ciega.

—¡Michael! —exclama el arcángel Gabriel, con los brazos abiertos. La túnica blanca y dorada cae a su alrededor como una niebla, los dobladillos bordados con diamantes y zafiros azules. Su legendario cuerno cuelga de su cinturón bañado en oro, y solo puedo imaginar la historia que registra un instrumento tan divino, un regalo de su creador del que nadie sabe mucho. O si lo saben, no lo comparten con el resto de nosotros—. Y tú debes ser Tueur... Bienvenido a nuestro Gran Repositorio, querido sobrino...

—Sobrino —murmuro.

—Olvídate del demonio-lobo y muestra a mi Gabriel el respeto que le corresponde — responde Michael, casi susurrando para que Gabriel no le oiga—. Inclínate cortésmente, por favor.

Hago lo que se me indica, pero el arcángel me pide que me ponga de pie.

—No lo hagas. Somos una familia. Además, ya no nos adherimos a todas esas cosas. Nuestro Reino de Plata ha avanzado mucho desde sus primeros días. —Da un paso a un lado. —Entrad, los dos.

El interior de este lugar, a diferencia del exterior, es una maldita obra maestra. Sus paredes están pintadas con pasteles antiguos o cubiertas de estanterías doradas y cargadas de preciosos libros, pergaminos y tablillas. Magníficas estructuras de madera se extienden en un laberinto circular con estanterías que alcanzan los quince metros de altura. Parece no tener fin en todos los sentidos, un efecto que se intensifica con algún que otro espejo y la generosa iluminación.

Hay mesas y asientos tapizados con velas de lectura y garrafas llenas de agua con gas y pétalos de rosa. Hay ángeles que manipulan con cuidado cada manuscrito, registrando las nuevas entradas y lanzando magia protectora sobre las piezas más antiguas en un intento de prolongar su vida útil o, al menos, eso es lo que creo que están haciendo, ya que por fin tengo imágenes vivas para acompañar las descripciones de Melisse de este lugar. Es más que hermoso. Es una cuna de civilizaciones.

Y yo estoy aquí, justo en medio, con cada una de sus preciosas páginas a mi alcance.

—Supuse que mi hijo disfrutaría de la visita —afirma Michael, sonriendo a Gabriel. No me mira mientras habla, sin embargo, y no puedo evitar pensar que es deliberado—. Si nos acepta, claro.

—Por supuesto —contesta Gabriel, prácticamente entusiasmado conmigo—. Eres una criatura esplendorosa, Tueur, lo reconozco. Un buen ser, de cabo a rabo.

—Un Nephil —le recuerdo con una sonrisa irónica.

—Nunca pensé que eso fuera una desventaja. Al contrario, la sangre de los humanos ofrece valor e historia. Y un Nephil sigue siendo un ángel, ¡especialmente el Nephil nacido de un arcángel tan exquisito como Michael!

Michael se burla.

—Nos halagas, Gabriel. No es propio de ti.

—¡Estoy feliz de que finalmente hayáis traído al niño! Toda la tradición de odiar a los Nephilims es anticuada y obtusa, si me preguntas.

—Oh, ya sé tu opinión sobre el asunto...

Gabriel me mira.

—Llevo años insistiendo a tu padre para que te traiga.

—Gracias —respondo—. Bueno, aquí estoy. Más vale tarde que nunca, ¿no?

—Por supuesto. Ven, déjame darte una vuelta por el repositorio. Tu padre mencionó que tienes una colección bastante impresionante en el Versteck, ¿verdad?

Miro a Michael, que me hace un gesto brusco con la cabeza.

—Ve —me indica—. Tengo que repasar algunos asuntos con el Bibliotecario del Sur.

—¿Bibliotecario del Sur? —pregunto, pero Gabriel prácticamente me arrastra con él.

—El repositorio está dividido en cuatro enormes alas. Norte, sur, este y oeste. Cada ala tiene asignado un bibliotecario jefe —me explica mientras atravesamos el reluciente laberinto de estanterías de madera dorada y libros viejos y almizclados, alejándonos cada vez más de mi padre. Miro por encima del hombro y me doy cuenta de que ya no puedo verlo—. Ahora, dime, Tueur, ¿cuál es tu primera impresión de este lugar?

Siento que mis labios se estiran en una sonrisa.

—Lo que daría por perderme en este lugar durante unos cuantos siglos...

—Necesitarías al menos tres milenios para leer todas las páginas de nuestra colección —responde Gabriel—. Solo en el ala sur se han acumulado los escritos de tres mil reinos diferentes. Algunos eran simplones, no habían evolucionado lo suficiente como para crear verdaderas obras de arte literarias, aunque en cambio proporcionaron amplios registros de su civilización y progreso. Otros, en cambio, han escrito palabras tan bellas que me he encontrado llorando al pasar sus páginas.

Al final pierdo la noción de dónde estamos, pero no puedo evitar notar el ligero alivio de no tener a mi padre cerca. La separación de Virga me ha pasado factura. Duele cada vez más. No mejora. Al contrario, noto que el resentimiento aflora a la superficie como forma de afrontarlo. La mirada inquisitiva de Gabriel tampoco mejora nada.

—¿Qué tienes en mente, Tueur? Llevo mucho tiempo hablando y apenas has dicho una palabra.

—Solo intento comprender dónde y cómo se produjo la ruptura entre los demonios y los ángeles —admito—. La teoría de la fundación afirma que ambos erais de los mismos pueblos, inicialmente.

—La teoría de la fundación es correcta —responde, con un matiz de tristeza en su voz, mientras seguimos caminando. Pasamos junto a manuscritos con lomos dorados y pergaminos atados con cintas de seda, cuadernos con tapas de madera y libros con encuadernación de cuero e hilo de plata. Cada uno con una historia que contar. Cada uno con un recuerdo de un reino u otro. Es abrumador contemplar todo lo que hay aquí—. Los demonios también fueron ángeles una vez.

—¿Por qué eso no está claramente establecido en ninguno de los documentos oficiales del Reino de Plata? —pregunto.

Sonríe ampliamente.

—Veo que Melisse te ha enseñado más de lo que debería sobre nuestro mundo.

—¿Es eso un delito?

—No. Es solo que... Bueno, nuestras leyes normalmente te impedirían acceder a esa información, pero no hay ninguna ley que impida a los ángeles difundir dicha información porque se espera naturalmente que no lo hagamos. Los ángeles somos obedientes por naturaleza. Sabemos que no se nos permite hacer o decir ciertas cosas, y nunca hemos cuestionado ningún juicio. Los Nephilims, los humanos y otras criaturas, en cambio, no están diseñados éticamente como nosotros, y por eso para ellos tenemos leyes —explica Gabriel—. Leyes que trascienden todos los reinos.

—¿Por qué sus leyes trascienden todos los reinos, entonces? ¿No sería eso algo parecido al imperialismo?

Gabriel vuelve a sonreír.

—Eres brillante. Y sí. Se consideraría imperialismo. Pero somos las criaturas más poderosas

de todos los mundos conocidos que hemos descubierto hasta ahora. Nos hemos propuesto ser una especie de guardianes y ayudar a mantener el equilibrio natural y moral en la medida de lo posible. Los mandamientos de nuestro creador son las leyes más razonables con las que hemos tratado, y por eso las aplicamos siempre que es posible. El mundo humano está construido sobre ellos, por ejemplo.

—¿Y el mundo de los demonios?

—Ambos sabemos que allí siguen su propia canción —se ríe, pero hay poco humor en su tono.

—¿Puedes decirme por qué los demonios se convirtieron en... demonios?

Me imagino que podría reunir toda la información posible mientras estoy aquí. Algo me dice que necesitaré amigos y aliados en este lugar en el futuro. Mi padre me trajo al Reino de Plata para suavizar el golpe de mi separación. Lo sé lo suficientemente bien como para entender que mi búsqueda de los mil demonios sigue siendo la única forma de hacer que mi presencia aquí sea permanente. Sin embargo, ¿todavía quiero esto? No estoy seguro.

—No le digas a nadie que te lo he dicho, pero todo empezó con Michael y Lucifer. Las luces gemelas del Reino de Plata. Michael era la luna, Lucifer era el sol. Había luz y había oscuridad, un poco de ambas cosas en cada uno —detalla Gabriel—. Empezaron a predicar por diferentes formas de gobernar nuestro mundo en ausencia de nuestro creador.

—¿Creador?

—Lo llamamos el Creador de Llaves. Nos creó y luego abrió las puertas de los otros reinos. Sucedió hace tanto tiempo que prácticamente no hay memoria colectiva de él ni de ese momento. Desde que tengo uso de razón, ha sido así.

—¿Recuerdas el momento de tu creación?

Gabriel levanta una ceja hacia mí.

—¡Vaya, estás lleno de preguntas! Aunque, a decir verdad, yo tendría la misma curiosidad si estuviera en tu lugar. No, no recuerdo el momento de mi creación. Hay demasiado brillo, hay demasiadas lagunas en mi memoria. La inmortalidad tiene sus inconvenientes, supongo, y cuando eres prácticamente tan viejo como el tiempo, bueno... pasan cosas como esta.

—¿Qué pasó entre Lucifer y Michael, exactamente?

Imagino que mi padre está tan perdido como Gabriel en este momento. Me pregunto si recuerda el momento de su creación. ¿Siempre fueron así? ¿Fueron creados o nacieron de otras criaturas? La génesis de los ángeles encierra la respuesta a muchas otras preguntas con las que he estado luchando, pero no estoy seguro de que vaya a obtener mis respuestas desde aquí. Hay cosas en este mundo que son más grandes de lo que mi mente podría comprender, y por eso debo obligarme a reducir un poco la escala. No quiero sentirme abrumado.

—Michael quería que todo se mantuviera tal y como estaba en ese momento. Solo existían los mandamientos del Creador de Llaves, y solo esos debían seguirse al pie de la letra —explica Gabriel—. Lucifer, en cambio, abogaba por un código de leyes más complejo. No nos involucrábamos en los conflictos de los mundos exteriores, y eso le molestaba. La gente moría innecesariamente y él creía que los ángeles podían marcar la diferencia en los reinos conocidos. Gradualmente, se formaron facciones dentro del Reino de Plata. Los tradicionalistas de Michael y los modernistas de Lucifer. Se convirtió en una guerra de ideas...

—Hasta que se convirtió en una guerra de armas, ¿verdad?

—Exactamente. Nos perdimos. Estábamos convencidos de que nuestro bando sabía más y de que el otro era básicamente un grupo de herejes. Nadie sabe quién dio el primer golpe, pero todos sabemos cómo terminó. Lucifer y su facción se fueron de este mundo...

—¿Expulsados?

Gabriel me mira con dureza.

—¿Es eso lo que dicen tus teorías recopiladas?

—Sí, y que Michael fue quien lo hizo. —Al menos estos son algunos de los rumores que he recogido de mis cazadores y de los demonios con los que yo mismo he tratado. Por un momento, me pregunto si Gabriel va a desmentir tales mitos, pero cambia de tema por completo.

—Dime, Tueur, ¿qué piensas de tu padre?

—No entiendo la pregunta.

—La entiendes —responde con una sonrisa seca—. No eres un simplón, eso es obvio.

—Es poderoso, eso lo sé, y no mucho más. Rara vez estaba por aquí, así que me resulta difícil formarme una opinión que lo retrate mejor.

—No te pido que lo retrates bajo una luz mejor. Preferiría una luz honesta.

La forma en que me mira es intensa. Exige honestidad, y me resulta difícil resistirme. No es un poder mágico suyo, sino que su naturaleza arcangélica merece respeto, y la honestidad es lo que conlleva.

—No sé lo que pienso de mi padre —reconozco finalmente—. No le conozco lo suficiente como para formarme una opinión fundada.

—¿Confías en mí?

Es mi turno de levantar una ceja hacia él.

—Obviamente, no.

—Bien. ¿Confías en él? —Gabriel pregunta, y yo niego con la cabeza— La mejor respuesta está ahí mismo. Toma, coge esto —responde y me da una llave.

El corazón me da un vuelco. Reconozco el diseño, los detalles con volantes y el metal oscuro y cepillado. Siento su peso en la palma de mi mano. Su colosal significado cósmico. Le di el mío a Virga.

—¿Qué...? ¿De dónde has sacado esto? —le pregunto a Gabriel.

—Ya sabes lo que es, entonces.

—Una de las siete llaves existentes que puede abrir un portal a cualquier lugar.

—Cada pieza puede hacerlo, sí. ¿Pero sabes lo que pueden hacer juntas?

—No.

Sonríe.

—Pronto lo aprenderás. Cógelo. No dejes que tu padre sepa que lo tienes.

—¿Qué?

—Confía en tus instintos, Tueur. No confíes en los ángeles ni en los arcángeles. Confía en tus instintos, porque en el fondo estoy seguro de que sabes o, al menos sospechas, que tu viaje de vuelta al Reino de Plata es más complicado de lo que te han contado.

—Espera, ¿mi viaje de vuelta? Nunca he estado aquí antes —respondo.

Gabriel vuelve a sonreír.

—Escucha con atención, Tueur. Tú mismo lo has dicho. Existen cinco llaves. Necesitarás las cinco. Estas fueron entregadas a siete arcángeles. Yo tengo una, que ahora es tuya, y tu padre aún tiene la suya.

—Y tenía otra, que regalé.

—¿De quién, lo sabes?

—No.

—¿A quién se la has dado?

Le dirijo una mirada fría, comprendiendo por fin que hay muchas cosas que no me está

contando.

—A Virga. Seguramente, ya habrás oído hablar de ella.

—Ah, sí. —Piensa cuidadosamente antes de decir algo más. —Asegúrate de recuperar esa también. Pertenecía a otro arcángel. Y hay dos llaves más que tendrás que encontrar.

—¿Dónde están? ¿Y por qué las necesito, de todos modos?

Son los misterios los que me irritan. Con esta gente nada es sencillo y directo. Dan medias verdades y acertijos recubiertos de gruesas capas de arrogancia.

Sin embargo, Gabriel no parece tener tiempo ni paciencia para contarme más, aunque la forma en que mira nerviosamente a su alrededor y por encima del hombro indica que, para empezar, lo suyo no es un asunto tan superficial. Lo más probable es que desconfíe de mi padre, lo que solo sirve para amplificar el sabor amargo que tengo en la boca. Lo llevo conmigo desde que dejamos el Mundo Oscuro.

—Me temo que no es el momento de abordar esos detalles, Tueur. Guárdate eso para ti —dice, señalando con la cabeza la llave—. Guárdate eso para ti, recupera la otra de Virga y encuentra la forma de coger la de tu padre también. Tarde o temprano, las otras dos se te revelarán. Así estaba escrito.

—¿Escrito dónde? —pregunto, escondiéndome la llave en un bolsillo.

—Oh, ni siquiera creía que nada de esto fuera real hasta que salieron a la luz los relatos del demonio-lobo. Hay una lógica, un método para la locura universal, y me temo que tu padre no es... —su voz se apaga, y respira profundamente—. No te preocupes, Tueur. Todo se revelará en algún momento. No es mi deber ni mi deseo intervenir en el gran plan del universo. La última vez que lo hice casi perezco.

—Solo haces que me confunda más —refunfuño, sintiendo que mi paciencia se agota.

Gabriel da un par de pasos atrás.

—No importa lo que venga después, solo recuerda confiar en tus instintos. Tus instintos, joven Nephil, nunca te traicionarán. Nunca te mentirán. Tu ángel interior es fuerte y decidido. Lo siento. Te siento en mis huesos... Encontrarás la verdad, aunque perderás cosas preciosas en el camino. Solo espero que la verdad valga la pena.

—Si no... —Estoy a punto de intentar una amenaza contra el arcángel de pelo dorado, pero Michael nos encuentra antes de lo que hubiera esperado, y tampoco parece contento.

—Mi negocio aquí ha terminado —comenta—. Deberíamos irnos.

—¡Michael! —exclama Gabriel, de nuevo el cálido y brillante y cordial anfitrión de antes—. Al menos deberías quedarte a cenar. Reuniré a nuestros hermanos, y podríamos...

—Me temo que no podemos quedarnos —responde Michael amablemente.

Puedo sentir la distancia entre ellos, ahora. No es algo que hubiera notado antes, pero desde que esta otra llave llegó a mis bolsillos, puedo ver cosas, puedo entender el sentido de los que me rodean. Pero no es una revelación sobrenatural de ningún tipo. Solo es mi instinto el que actúa. Gabriel me dijo que confiara en él, y supongo que me he abierto a él hasta el punto de que me está mostrando cosas que no había visto antes.

La tensión. La incomodidad. Las verdades no dichas.

Se entretienen entre Michael y Gabriel, y no puedo evitar preguntarme de quién es la culpa.

Hasta ahora, Michael es el líder de facto del Reino de Plata, pero ni siquiera él puede introducirme a la fuerza en esta sociedad. Todavía debo emprender la búsqueda de los mil demonios. Pero es su secretismo lo que empieza a molestarme. Gabriel es consciente. Es por lo que me dio la llave y las sutiles advertencias. Tengo que empezar a rascar más allá de la superficie.

—Es hora de que vuelvas al Versteck —me indica mi padre.

Le respondo con una leve inclinación de cabeza. El dolor de mi corazón aún no se ha calmado, pero esta nueva situación me ha abierto un nuevo campo de posibilidades. Necesitaré las siete llaves. Encontrarán el camino hacia mí, según Gabriel. Quizá entonces descubra por qué las necesito, para empezar.

SEIS VIRGA

Golpeo el suelo con fuerza.

Mis dientes rechinan.

Siento los músculos débiles y fibrosos.

Me duelen las articulaciones.

Joder, me duele todo en este momento. Leviathan me acaba de dar una paliza monumental. Y él apenas está sudando. Mientras tanto, mi atuendo de entrenamiento está empapado de sudor y suciedad marrón, el hilo de plata roto y la mayoría de los rubíes perdidos en las múltiples refriegas.

Consigo levantarme de nuevo, gruñendo. Ansiosa por derribar al cabrón.

—¿Es lo mejor que sabes hacer? —pregunto, obligándome a sonreír.

—Menuda labia la de tu hija —se ríe Leviathan, dirigiéndose a Azazel en las tribunas.

Mi padre se divierte mucho, aunque, para su fortuna, me ha estado animando desde el momento en que entré en la arena.

—Se parece a su viejo —dice—. O tal vez a su madre. Primrose tenía que tener la última palabra. Siempre. —Hay un toque de tristeza en sus palabras. Supongo que todavía la echa de menos.

—Vamos, Leviathan. ¿Vas a seguir hablando, o vas a intentar mantenerme en el suelo esta vez? —ladro e inmediatamente salgo disparado hacia él. Tengo dos cuchillos cortos en mis manos y estoy a punto de hacerle daño.

Me aterroriza, por supuesto. Es enorme y su revés es suficiente para tirarme al suelo con tanta fuerza que me duelen los huesos. Pero tengo que probarme a mí misma. Soy la hija de Azazel, y tengo que ganarme el favor de Lucifer.

Estar aquí ha sacado a relucir un lado extraño de mí que nunca había notado ni comprendido del todo: esta capacidad de prosperar en la violencia es nueva. Por todo el dolor que he soportado en los Bosques Interminables, habría imaginado una reacción diferente a este tipo de trauma.

Pero aquí estoy, abalanzándome sobre un tipo que es veinte veces más grande que yo, si no más, y un archidemonio.

Fallo. Aunque por poco.

Vuelve a girar e intenta su gancho de izquierda sobre mí, pero es demasiado grande y lento para esta pequeña cachorra. Yo soy rápida. Atravieso la arena en zigzag, agarrando con fuerza mis cuchillos, y me subo a una gran roca que sobresale de la tierra seca. Las restantes Pesadillas

y el tipo de la lagartija observan desde los bordes, con el corazón atascado en la garganta. Supongo que les estoy dando un buen espectáculo.

Leviathan me atrapa a mitad del salto. Me congelo, su enorme mano se cierra alrededor de mi garganta.

—Podría romperte el cuello ahora mismo y no pensar en ello —sisea, con sus ojos azules metálicos clavados en mi alma—. Deja de delatarte, pequeña cachorra. Sorpréndeme.

Me lanza por la arena como si no fuera más que un muñeco de trapo. Ruedo por el duro suelo hasta que finalmente me detengo boca abajo. Estoy magullada, llena de heridas y sangrando, pero nunca me he sentido más viva.

No sé qué tiene el Mundo Oscuro, pero está sacando esta... ferocidad que desearía haber podido convocar antes.

Sin embargo, antes de que pueda levantarme, veo que se acercan las Pesadillas. Una, en particular, se está ahuecando la entrepierna. Otra se lame los labios.

—¡Atrás, es mía! —Leviathan gruñe. Quiere decir que soy suya para entrenar, pero ya no se puede razonar con ellas. Sé lo que está pasando. También lo he visto con otros demonios. Están irracionalmente excitadas por mí. Por mi naturaleza de súcubo.

—Oh, mierda —logro decir.

—¡Ven aquí, mi pequeño juguete! —gruñe el hombre lagarto mientras se precipita hacia mí.

—¡Aléjate de ellos, querida! —grita Azazel, aunque no parece tan preocupado como debería estarlo un padre en circunstancias tan desagradables como esta—. A no ser que quieras añadir la violación en grupo a tu lista de recuerdos del Mundo Oscuro.

Salto hacia atrás y pongo algo de distancia entre nosotros.

—¿Un poco de ayuda, por favor?

—¿Por qué? Estás haciendo un buen trabajo tú sola —se ríe Leviathan, encantado mientras me ve retroceder más lejos de los gruñidos que se acercan. Están perdiendo la cabeza, ahora. Están perdiendo el control. Yo tampoco puedo evitarlo. Me estoy alimentando de su energía espiritual y no tengo ni idea de cómo apagarla. Necesito su energía, incluso si hace que los maten, principalmente porque estoy gastando mucha de la mía mientras entreno con Leviathan.

Hablando de...

—¿Por qué a ti no te afecta? —respondo, sacando mis cuchillos en posición de defensa.

Tiene razón. Podría hacer algo con esta locura.

Mato a las Pesadillas y al hombre lagarto, o me violan delante de mi padre y mi tío. Maldito mundo retorcido...

—¡Soy anciano! —exclama Leviathan— ¡He existido desde antes de que Azazel concibiera a los primeros incubos y súcubos! Tus feromonas no me hacen mucho. Mantén la guardia alta, ¡ya vienen!

Y ciertamente vienen, con los brazos extendidos y desesperados por entrar en mí. Esta naturaleza mía tiene su lado positivo, porque no están concentrados. No vienen a luchar contra mí. Quieren otra cosa, mientras yo estoy armada y concentrada. A pesar de la carnicería que presencié antes, rápidamente me doy cuenta de que ya no son los mismos luchadores. Están debilitados por el deseo.

Eso es todo. Esa es mi ventaja en cada pelea que sigue...

Ligera de pies, esquivo a una Pesadilla y apuñalo a otra en los ojos. La sangre sale a borbotones mientras me muevo, girando, saltando y agachándome mientras se acercan a mí a tientas, desesperadas por agarrarme, mordirme y follarme hasta el olvido.

Corto la parte trasera de la rodilla del hombre lagarto. Grita y trata de arañarme, pero soy más

rápida. Me muevo detrás de él y le abro la garganta.

Las pesadillas siguen llegando. Son más rápidas y pesadas. Una de ellas me agarra del pelo y me tira de la cabeza hacia atrás. Le apuñalo en el muslo y me suelta, siseando por el dolor. Le robo una espada a otra y empiezo a cortar a diestro y siniestro hasta bañarme en un cálido carmesí. Cuando termino, no queda ni una sola Pesadilla en pie.

—¡Buena chica! —Azazel se levanta de su asiento y me aplaude.

Estoy agotada, pero no puedo evitar el sentimiento de orgullo que me invade. Mi entrenamiento con los duendecillos fue duro, aunque definitivamente valió la pena. Esto ha sido aún más difícil. Mis oponentes tenían terribles intenciones hacia mí. Esto... Esto ha sido más realista, y es solo un adelanto de lo que me espera en el torneo.

Ahora me doy cuenta de que la naturaleza de un súcubo es una maldición en sí misma. Sí, la uso bien en la batalla, pero ¿qué pasa con la vida normal? ¿Cómo puedo equilibrar mis energías sin volver a la gente loca de excitación? La respuesta es y será siempre Tueur.

Pero ahora estamos separados.

¿Cómo voy a vivir sin él, si es quien me mantiene en perfecto equilibrio?

—Bien hecho, pequeña cachorra —dice Leviathan, sonriendo ampliamente. Estoy segura de que también está orgulloso de mí. Esta es una familia peculiar en la que me he metido, aunque estoy bastante segura de que me serán útiles más adelante. Lo que habría dado por que alguien como estas criaturas irrumpiera en los Bosques Interminables y me rescatara de Elliott y de la esclavitud...

Por desgracia, eso nunca ocurrió. Tuve que seguir con ello.

Y he sobrevivido. Es lo único que importa.

Yo estoy viva, ahora, y Elliott no.

—Estás lista para las grandes ligas, pequeña cachorra, siempre y cuando lances tu instinto de súcubo al ruedo como has hecho hoy —añade Leviathan.

—Primero hay que desgastarla —responde Azazel encogiéndose de hombros—. Es su hambre de energía lo que los vuelve locos.

—Está bien —se ríe mi tío con sequedad—. Me aseguraré de que nuestra maravillosa loba-demonio esté en plena forma cuando vuelva a esta arena.

Por un lado, estoy realmente emocionada. Este tipo de combate me ha hecho florecer. También ha alejado momentáneamente mi mente de Tueur. Dios, lo echo de menos. Sus brazos alrededor de mí, sus brazos por todo mi cuerpo, sus empujones de pasión que me llenaban hasta el tope y me lanzaban con fuerza contra el cielo... Me sacudo los recuerdos, porque, por otro lado, también estoy aterrorizada.

Todavía tengo que acercarme lo suficiente para derrotar a Leviathan. Las Pesadillas y el hombre lagarto fueron solo el comienzo. Carne de cañón, básicamente. Los que vendrán después son más fuertes e infinitamente más experimentados.

¿Cuánto podrá hacer mi instinto de súcubo para evitar que muera en este lugar? Sé que Azazel no podrá intervenir. Las reglas son reglas por una razón, y nadie está por encima de ellas. Ni siquiera uno de los Siete Príncipes.

Una vez que participe en el torneo, habré perdido mi vida.

SIETE VIRGA

—¿Lista? —pregunta Leviathan.

Han pasado tres días desde que maté a las Pesadillas y al hombre lagarto. Tres días de prácticas extenuantes y combates constantes.

Me duelen los brazos.

Siento las rodillas débiles.

Pero estoy vestida para el combate y armada en consecuencia mientras la multitud ruge fuera.

Y la arena está rodeada por miles y miles de demonios que chillan, animan y piden sangre y violencia. Están aquí por mí y por los muchos otros que hemos puesto nuestras vidas en juego por el gran premio del torneo. No estoy segura de que pueda hacer mucho con un dominio propio en este reino.

No pensaba quedarme tanto tiempo, ya que lo único que quiero es volver a Tueur, después de todo. Pero es la otra mitad del premio lo que me interesa. Cenar con los Siete Príncipes. El favor de Lucifer. Ese es mi objetivo sagrado.

—Como siempre —respondo a Leviathan.

Ha sido despiadado e implacable estos últimos días, pero no estaría aquí sin él. El poco tiempo que he pasado entrenando con él me ha convertido en una mejor guerrera que cien años luchando con los duendes. Es una valoración dura, sí, pero es la verdad. Los duendes son criaturas buenas, pequeñas cosas amables y nobles con magia en sus venas. Los demonios son desagradables y duros y están impulsados por algo mucho más oscuro... algo implacable y mortal.

Si quiero ganar esto, necesito aprovechar mi lado demoníaco.

—Recuerda, acércate lo suficiente como para hacer que su sangre fluya. Los más experimentados tardarán más en caer, así que baila alrededor de ellos —me aconseja el archidemonio—. Necesitarás unos minutos de proximidad para que tu naturaleza de súcubo les afecte.

—Si los súcubos y los incubos son tan capaces de volver locos a sus oponentes con una excitación literal como esta, ¿por qué no han destronado este maldito lugar de arriba a abajo? Cabría esperar que ya gobernaran el mundo.

Leviathan sonríe.

—No hay súcubo ni incubo tan poderoso como tú, pequeña cachorra. Tus genes de lobo amplifican tus genes de demonio y viceversa. Eres la excitadora más influyente que he conocido,

y por eso vas a matar a esos cabrones antes incluso de que levanten sus armas contra ti. ¿Me oyes?

—Sí, tío.

—No me llames así. La gente pensará que soy viejo.

—¡Eres jodidamente viejo! —le respondo, tratando de no reírme.

Es grande y amenazante, claro, pero una vez que llegas a su lado blando, Leviathan se convierte en una persona totalmente diferente.

—¿Y ves qué bien que tengo la piel? —bromea, y luego me da una palmada en la espalda—. Ahora, sal ahí fuera, pequeña cachorra. Me uniré a los otros Príncipes en las tribunas.

—Será mejor que no me apoyes. El favoritismo no me servirá de mucho aquí.

—La próxima vez que te vea, pequeña cachorra, será mejor que estés sosteniendo ese trofeo.

Sonríe y le veo marcharse, abriéndose paso entre una multitud creciente de luchadores.

Estos demonios vienen en diferentes formas y tamaños, aunque ninguno sabe de lo que soy capaz. Así que, mantengo una distancia razonable para asegurarme de que mi naturaleza no les afecte tan pronto en la batalla. Necesito el elemento sorpresa antes de que los demonios más experimentados se den cuenta de lo que ocurre.

Aquí no hay nadie que dude en cortarme la cabeza.

Cuanto antes reconozca esta dura verdad, más posibilidades tendré de sobrevivir y ganar. La ausencia de Tueur lo empeora todo, pero lo mantengo en el centro de mi conciencia, decidida a volver a verlo, más pronto que tarde.

Sea cual sea el juego que Michael está jugando con nosotros —con su propio hijo, por cierto—, lo descubriré y lo detendré. Tal vez solo sea un don nadie en el gran esquema de las cosas. Tal vez caiga en esta arena, cortado en pedazos sangrantes. Pero sé que tengo suficiente empuje y rabia en mí para al menos intentar mejorar mi propia existencia.

Juré que no dejaría que me volvieran a pasar cosas.

Juré que me convertiría en una participante activa en mi vida.

Y así, con un escudo de acero en el brazo y una espada corta en la mano, entro en la gran arena bajo un gigantesco cielo rojo. Hace calor y está seco, pero mi sangre bombea rápida y fríamente mientras otros demonios salen, cada uno portando armas para matar. Aquí vamos...

Cada par de ojos demoníacos está de repente sobre mí. A pesar de todos los cuentos aterradores que he leído sobre ellos, tengo que admitir... que me aterra tener su atención. Respiro profundamente. Inspiro. Exhalo. Dentro y fuera. Lo tengo.

Somos veinte personas en la arena. Los demás están retenidos por enormes demonios de la guardia vestidos con cueros sucios y armaduras de hierro. Veo a los Siete Príncipes sentados en lo alto, vistiendo sus finas sedas y joyas de plata. Son hermosos. Incluso angelicales, aunque manchados por sus cuernos y sus alas de cuero. Han caído en desgracia, pero siguen siendo obras de arte a los ojos del universo.

Mi padre lleva una túnica de seda roja con marta gris sobre los hombros, con cuernos que asoman con puntas de plata. Lleva el pelo bien peinado hacia atrás y una banda de plata y rubí en la cabeza. Una especie de corona, mientras sus ojos azules observan a la multitud antes de posarse en mí. Sonríe. Me llena de confianza. Necesito toda la que pueda conseguir, teniendo en cuenta en lo que me voy a meter.

Leviathan se sienta a su lado. También lleva seda roja y marta plateada, aunque no sé si lo hace por respeto a su hermano o simplemente para cabrearlo. Asmodeus se levanta, el cuero negro abraza con fuerza su musculosa figura mientras cientos de tachuelas plateadas cubren sus brazos. Su pelo azul-plateado está trenzado en una única y gruesa cola que cae por su espalda, y

sus ojos azules metálicos también me encuentran. No cabe duda de que puedo ver el parecido: él, Leviathan y mi padre están definitivamente emparentados. Los trillizos de pelo azul, dijo mi tío.

Uno por uno, los otros Príncipes reconocen a la hija de Azazel.

Beelzebub es delgado y enfermizo, pero sus ojos verde eléctrico rebosan vida y furia eterna. Mammon me mira desde el centro de un grueso pelaje blanco polar. Levanta su barbilla cuadrada y con hoyuelos y sonríe. Sus labios se mueven. Dice algo que hace sonreír a mi padre, pero no estoy lo suficientemente cerca como para escucharlo.

Belphegor es un demonio femenino, con ojos violetas y cabello plateado, es aparentemente hermosa y notablemente alta. Se eleva por encima de Leviathan cuando está sentada, así que imagino que también está a su altura cuando está de pie.

Pero es Lucifer quien me deja sin aliento, principalmente porque... lo he visto antes.

—Santo cielo, es idéntico a Michael —me oigo decir.

Más o menos. Donde el pelo de Michael es negro, el de Lucifer es blanco y brillante como un campo de diamantes. Donde los ojos angelicales de Michael son blancos, los de Lucifer son pozos negros donde el alma se marchita y muere en la más absoluta miseria y desesperación. Pero todo lo demás, cada rasgo, cada línea, cada maldito detalle apunta a una verdad dura e innegable.

—Son malditos gemelos...

El presentador sube a un podio improvisado hecho con los huesos blanqueados de los luchadores caídos. Se aclara la garganta y su voz retumba en la arena, haciendo que todos guarden silencio.

—¡Bienvenidos! Bienvenidos al... He perdido la cuenta, en realidad, de cuántos torneos de este tipo hemos tenido. Bueno, digamos que bienvenidos a otro más —dice. La mayoría de los demonios se ríen. Los Príncipes también, excepto Lucifer. Parece aburrido, excepto cuando me echa una mirada. Me siento rara por tener su atención. Puedo soportar todo este lugar y a todos los demonios presentes que quieren mi cabeza en una pica, pero Lucifer... el Señor Oscuro en persona...

—Vaya...

—¡Comenzamos el sangriento desenfreno de hoy con una masacre de veinte demonios! —continúa el presentador, con sus gigantescos cuernos arremolinándose en su ancha espalda como si estuvieran fundidos por este calor demencial que se filtra por mi piel y hace que cada célula de mi cuerpo cobre vida de repente— Habrá un superviviente por cada masacre, por lo que tendremos diez, dado el elevado número de participantes de este año. A partir de ahí, pasaremos a un programa de batallas individuales. El ganador, como todos sabéis, ¡tendrá un reclamo para su propio dominio y un favor de los Siete Príncipes!

—¡Disculpe! —Asmodeus grita, haciendo que la enorme multitud jadee.

—Mierda —murmuro, sabiendo ya lo que significa esa sonrisa maliciosa que le raja la cara. La he visto antes. Asmodeus es tal como lo describió mi padre. Un maníaco asesino con una afición por el caos.

—Estaba pensando que podríamos subir un poco la apuesta para este lote en particular —propone con naturalidad—. Me gustaría unirme a esta masacre y convertirla en un demonio veintiuno.

El presentador lo mira con incredulidad, pero lo que me preocupa es la expresión lívida de mi padre. A Leviathan tampoco le hace mucha gracia. Los demás parecen... divertidos, tal vez incluso curiosos por lo que está tratando de hacer aquí.

—Señor, Su Excelencia... Las reglas dicen que... —intenta responder el presentador, pero

Asmodeus lo interrumpe.

—El reglamento no dice nada sobre la participación de un príncipe en los combates preliminares. Solo se nos prohíbe participar de los cuartos de final en adelante. Por lo tanto, incluídme.

Deja atrás a los Príncipes y baja los escalones, con los músculos crispados bajo el cuero y las tachuelas de plata.

No puedo evitar preguntarme qué aspecto tendría desnudo. Es guapísimo, alto y ancho de hombros y ridículamente seguro de sí mismo. Mi excitación se dispara, y es porque mis niveles de energía son bajos. No estoy lo suficientemente cerca de ninguno de los otros demonios para drenarlos y excitarlos, así que me quedo babeando en secreto por... Asmodeus. Se siente como una trampa. También está mal porque es mi tío. ¡Ugh!

No lo es. Sé que no lo es.

Pero por muy mal que me siente, me recuerda por qué estoy aquí. Tueur. Estoy aquí para volver a él.

Nadie más puede llenar ese hueco dentro de mí, no importa lo que mi naturaleza de súcubo pueda sugerir.

Asmodeus desciende a la arena mientras el público estalla en aplausos. Siento un cosquilleo en la piel. Ahora estoy más que nerviosa. Los parámetros han cambiado. No tendría ninguna oportunidad contra Leviathan, así que ¿qué probabilidades hay de que sobreviva a Asmodeus? Él también es un Príncipe.

—¡Bienvenido, Príncipe Asmodeus, al Torneo de los Huesos! —finge el presentador. Supongo que no hacer la pelota al líder provocaría graves mutilaciones o muerte en estas partes de la ciudad— Que tus oponentes encuentren una muerte rápida...

—Qué manera de defender al pequeño —murmuro, agarrando la espada y el escudo con más fuerza.

El aire se espesa cuando Asmodeus se une a nosotros en la arena. Veo que los demás demonios se están cagando en los pantalones, pero muchos optan por ocultar ese miedo bajo una gruesa capa de rabia. Rugen y golpean sus espadas contra sus escudos. Algunos retroceden unos pasos, sin saber qué hacer a continuación. Esos son probablemente los cobardes y, según Leviathan, no hay lugar en este reino para los sin carácter.

Asmodeus sonríe mientras me mira directamente.

—Ooh, eres una pequeña cosa muy poco interesante.

—Me gustaría que dejarais de tener en cuenta el tamaño —respondo secamente, preparándome para lo peor.

—Tu naturaleza de súcubo es tentadora —dice—. Tampoco es demasiado sutil.

—Es lo suficientemente sutil para que los demás no se den cuenta.

Ha sido mi ventaja hasta ahora, pero algo me dice que este tipo está a punto de arruinarlo.

—Está bien, déjame mostrarte cómo hacer que se den cuenta —responde Asmodeus. Desaparece durante una fracción de segundo, para reaparecer a escasos centímetros de mi cara. Exhala con fuerza y su aliento me roza la piel. Me entra un sudor frío y libero lo que solo puedo describir como un pulso invisible de... energía que ni siquiera sabía que estaba reteniendo—. Tu miedo enciende la excitación. Tu espíritu exige el suyo. Esto será divertido.

Se ríe, mientras yo lucho contra el horror que me envuelve al darme cuenta de lo que está a punto de suceder. Asmodeus me sobresaltó hasta el punto de que mi naturaleza de súcubo se expandió más allá de su alcance habitual. Todos los demonios de esta miserable arena me sienten ahora. Casi puedo oír cómo se levantan sus penes, la desesperación que grita a través de sus

cuerpos cuando se giran para mirarme, para reconocirme como el agujero definitivo para... follar.

—Mierda —susurro.

Asmodeus sonríe.

—Déjame adivinarlo, Leviathan te dijo que usaras tu naturaleza contra ellos cuando fuera el momento adecuado. Bueno, estás a punto de descubrir lo que sucede cuando el momento no es el adecuado.

Antes de que pueda alzar mi espada contra él, me veo abrumada por docenas de demonios cachondos. Me escabullo entre ellos, agradeciendo mi pequeño tamaño comparado con el de ellos. Dejo caer mi escudo. Dejo también la espada y me deslizo entre sus endurecidos cuerpos para intentar salir de su alcance.

Uno de ellos me agarra por la pierna. Si no me libero de él, acabaré en el suelo, con las piernas abiertas, siendo follada en todos los sentidos. Y no es por eso por lo que vine aquí, para empezar.

¡Que le den a mi naturaleza!

Que le den... otro demonio me agarra del pelo y me tira hacia atrás. El dolor punzante se extiende por mi cuero cabelludo. Me separa de la multitud que gruñe, de repente. Por reflejo, alargo la mano y agarro al bastardo por la cabeza, con los pulgares clavados en sus ojos. Grita de dolor mientras la sangre rezuma de sus órbitas, pero no es la sensación pegajosa de los globos oculares aplastados lo que hace que mi corazón se salte tantos latidos. Es la cantidad de energía que acabo de aprovechar. Me habían dicho que los súcubos tenían una línea muy fina entre la excitación y la locura, pero no tenía ni idea de lo fina que era esa línea.

Estoy viva con un nuevo poder, mientras el cabrón cae de rodillas, gritando, ciego y loco. Otro intenta acercarse a mí, y luego otro. Ahora hay un montón de sangre, y casi me aplastan bajo su peso, pero mis instintos no me fallan. A pesar de las rugientes carcajadas de Asmodeus al ver mi supuesta perdición, consigo agarrar a otro demonio por la cabeza. Un tercero se frota contra mí. Por mucho que deteste este enigma, no puedo evitar experimentar una leve excitación mientras me alimento de sus espíritus. Ese es el problema de ser lo que soy.

Una vez que la energía se pone en marcha, una vez que el hambre se sacia, necesito más. La busco. La necesito.

Así que aprovecho su proximidad.

Los toco, a uno tras otro. A algunos les permito incluso besar el costado de mi cuello, acariciar mis pechos, deslizar una mano entre mis piernas. No entienden realmente lo que esto me hace hasta que es demasiado tarde. Tengo tres docenas de demonios prácticamente encima de mí, y siento que sus almas son finalmente mías. Este lado de mí es... nuevo. Es oscuro y malvado, pero lo necesito.

Dejo que una sonrisa se extienda por mis labios mientras estoy llena hasta el tope de su poder espiritual. Se supone que esto no debía ocurrir, pero aquí estamos.

—Morid —les digo a los demonios.

En un instante, mi voz resuena en cada una de sus mentes desgarradas con una clara compulsión. Cada uno de ellos coge una cuchilla y se raja la garganta. Uno a uno, se desploman en charcos de su propia sangre. La multitud jadea. El silencio que sigue es totalmente ensordecedor. Uno a uno, mis aspirantes a violadores caen y mueren. Mis adversarios caen y yo me pongo de pie.

Con los ojos llenos de sangre y disfrutando del resplandor de una alimentación de súcubo anormalmente potente, levanto la barbilla desafiante y hago que mi padre y mi tío se rían con

ganas mientras se levantan de sus asientos.

—¡Esa es mi chica! —Azazel grita.

Asmodeus, sin embargo, está cabreado.

—Ese es un buen truco de fiesta.

—Un trago amargo, ¿eh? —respondo, agarrando el primer par de cuchillos largos a mi alcance. Envalentonada por mis propias reacciones y decidida a llevar esto hasta el final, me alejo de los cadáveres y corro loca directamente hacia Asmodeus.

Me ve venir, pero eso no significa que sepa lo que voy a hacer.

Esta ola en la que estoy montanda...

Es increíble. Todos los átomos del Mundo Oscuro reaccionan ante mí. Puedo sentir cada momento que fue. Cada momento que es. Y cada momento que está a punto de pasar. Lo dejo pasar. Me retiro de la ecuación y permito que mi cuerpo haga lo que mi mente ha estado planeando durante la mayor parte de un minuto.

—¡Te vas a arrepentir de esto! —exclama Asmodeus, aunque puedo percibir la inquietud en su voz. No esperaba nada de esto.

Voy a toda velocidad contra él, como una flecha disparada.

Está preparado para recibirme, pero me deslizo de rodillas y me meto por debajo, entre sus piernas abiertas. Freno y me abalanzo sobre él por detrás. Cuando se da la vuelta, ya es demasiado tarde. Ya me he agarrado a su nuca con las dos piernas. Atrapa mi muñeca izquierda, pero no ve la hoja derecha hasta que le atraviesa el ojo.

Asmodeus grita de agonía.

Me alimento de su rabia y su dolor, y retuerzo el cuchillo. Me araña, desesperado por quitarme de encima, pero su agitación y mi cuchillo le han cegado parcialmente.

Me retiro, sonriendo como un demonio entre estas criaturas, y alzo las manos victoriosamente. Hasta ahora todo ha sido silencioso como una tumba, pero exijo mis rugidos de victoria.

No decepcionan.

Todo el estadio estalla en vítores, gruñidos y silbidos. Suenan las trompetas. Los cuernos de la victoria y los tambores cobran vida para celebrar mi grandiosa victoria contra... vaya. Un enjambre de demonios y uno de los Siete Príncipes del Mundo Oscuro. No lo vi venir.

—Mierda —murmuro, volviéndome a mirar a Asmodeus.

Está retorcido en posición fetal, sollozando y sangrando mientras un pequeño ejército de secuaces demoníacos se apresura a atender su herida. Se lo llevan, y entonces me quedo sola, sonriendo a mi padre. Su orgullo me atraviesa y, por un breve instante, siento que, después de todo, este lugar tiene un propósito para mí, aunque aún no estoy segura de lo que eso implica.

Disfruto de la gloria todo el tiempo que puedo.

Por desgracia, mis instintos se disparan como una fiebre repentina, sobre todo cuando las puertas de hierro de la entrada sur de la arena se abren con un trágico gemido. La multitud vuelve a enmudecer y sé que se avecina algo más.

Algo... monstruoso.

—Comienza la batalla final —grita el presentador, con los ojos muy abiertos de asombro, mientras él, junto con todos los presentes, contempla al titánico demonio que atraviesa esas puertas de hierro negro—. ¡Virga, hija de Azazel, se enfrentará a Karallax, el campeón indiscutible del Torneo de los Huesos y dueño de cinco dominios a lo largo de los ríos de lava orientales!

Se me cierra el estómago al instante.

Este no es un demonio gigante ordinario. Es una maldita montaña, y me va a aplastar.

OCHO VIRGA

Karallax tiene el tamaño de un faro.

Es una masa sólida de músculos y huesos, de placas de acero y pieles curtidas, de fuerza bruta y de pura potencia. Lo peor es que no se mueve como si tuviera el peso de toda una isla sobre sus hombros. No, el bastardo es ligero de pies. Cada paso que da en mi dirección me acerca a lo que sé que será una muerte lenta y dolorosa, a menos que encuentre rápidamente su punto débil.

—Has tenido suerte hasta ahora —me indica el presentador—. Dudo que sobrevivas a él.

—Creo que mi historial al menos habla a mi favor —respondo secamente.

—Solo lo siento por tu padre. Todo el reino sabe que siempre ha querido un verdadero heredero para su dominio.

El presentador retrocede mientras el suelo tiembla con la aproximación de Karallax.

Esto es todo.

Mi momento de la verdad. Fui lo suficientemente tonta como para pensar que Asmodeus sería el último monstruo al que derrotaría en medio de esta locura. Cómo odio haberme equivocado. Respirando profundamente, cojo una lanza del montón de demonios muertos que creían poder destruirme. Karallax se muestra despreocupado mientras se acerca.

Le lanzo la lanza, apuntando a la garganta.

La aleja como si no fuera más que un palillo.

—Joder —murmuro y rebusco entre las capas de cadáveres hasta que saco un par de espadas cortas. Siempre me ha ido mejor con dos espadas en lugar de una.

Tal vez pueda usar mi naturaleza de súcubo en él. Es una buena idea, pero mi entrega es débil. Apenas puedo convocar suficiente hambre espiritual para liberar un débil pulso que ondea en el aire. Ni siquiera lo alcanza. Karallax sonríe.

—Estás saciada —suelta—. La súcubo ha sido alimentada, y así conseguiré partirla en dos.

Intento forzarme a entrar en un estado que pueda influir en él, pero estoy tan seca como un viejo pozo. Puedo sentirlo. Esto no va a funcionar como esperaba, así que debo intentar otra estrategia. Mi primer movimiento es alejarme de él. Cuanto mayor sea la distancia entre nosotros, más segura estaré mientras pienso en un ángulo de ataque.

—Puedes correr, pero no puedes esconderte —se ríe cuando llego al borde del foso de combate, que está marcado por arcos de piedra blanca como el hueso que conducen a las cámaras bajo el podio.

Mi única opción en este momento es enfrentarme a ese cabrón o correr a través de estas cámaras. Es grande, seguro, pero me seguirá hasta el rincón más oscuro si es necesario. Su objetivo es matarme, después de todo. Es el cinco veces campeón de este maldito deporte. Dios mío, ¿en qué me he metido?

Es por Tueur.

Estoy haciendo esto por Tueur.

—Que te den, montaña de huesos —refunfuño y me lanzo a través de los arcos primero. Entro y salgo serpenteando alrededor del foso de combate hasta que consigo rodear la mitad de la arena. Karallax se queda cerca, esprintando y riendo sin esfuerzo. Ya le odio a muerte.

El público aplaude, pero no estoy segura de su apoyo. Lo más probable es que apuesten contra mí. Soy la pequeña que lucha contra el gigante. ¿Qué posibilidades tengo? Es una apuesta segura, si lo pienso bien.

Al levantar la vista, veo a mi padre: está preocupado. Me sigue con sus ojos azul metálico y casi puedo sentir su preocupación en la boca del estómago, pero mi corazón está lleno de otra cosa.

Una promesa.

Una promesa que podría prevalecer si solo puedo...

Salgo de un salto por un arco y corro tan rápido como puedo hacia el otro lado de la arena. Karallax me persigue, con sus botas golpeando el suelo ensangrentado. Hay un pilar de apoyo que se eleva justo delante a través del maenium superior del coliseo. Mis pies apenas tocan el suelo cuando salto sobre el podio y subo a toda velocidad por los niveles superiores. Corro por la longitud del pilar, ¡ahora!

Hay suficiente velocidad en mis talones que la gravedad ya no me tiene como rehén.

Con una sola rodilla doblada, salto hacia atrás y levanto mis dos espadas.

Estoy lista para hundir ambas en los grandes ojos rojos de Karallax, excepto por que...

SU MANO SE CIERRA ALREDEDOR DE MÍ EN EL AIRE.

—¡Virga! —Azazel grita. Sé que está aterrorizado.

Yo también.

He perdido esta lucha...

El demonio me tiene literalmente en su mano, apretando más cada segundo que pasa. Las espadas con las que he querido pincharle están afiladas y sus hojas me cortan los muslos. Estoy sangrando. Puedo sentir el líquido caliente que brota. El dolor agudo en mis piernas.

—El lobo-demonio puede morir ahora—. Comenta Karallax, apretando su agarre.

Me está aplastando y no puedo hacer nada contra él. Me duelen los huesos. Se me corta la respiración. Mi corazón es de repente demasiado pequeño. Voy a explotar. Voy a convertirme en una masa sin sentido de carne y sangre reventada y entrañas y huesos crujidos. El dolor se irradia por cada puta célula de mi cuerpo.

Yo... voy a morir aquí.

No volveré a ver a Tueur, ni sentiré su cálido tacto.

Aquí es donde termina para mí.

Esto...

Karallax frunce el ceño mientras me mira.

—¿Qué estás haciendo?

¿Qué estoy haciendo?

Espera, ¿por qué ya no me duele? Todavía me tiene justo donde quiere.

La luz se expande desde mi interior. Este cálido resplandor que es más brillante que la idea

de la luz del día del Mundo Oscuro. Es el poder de un verdadero sol que irradia hacia afuera, su energía se filtra a través de mi piel. Se siente increíble. El olor, sin embargo, es repulsivo. Huele a carne quemada.

Karallax sisea, pero parece que no puede dejarme ir.

—¿Qué brujería es esta?!

No estoy segura de qué está hablando.

Pero la luz crece y el resplandor se espesa. Se traga a Karallax por completo. Solo se oye su último grito mientras cierro los ojos, momentáneamente cegada. Alguien grita.

—¿Un ángel!

¿De qué están hablando?

Me caigo. Aterrizo de espaldas, pero no me duele tanto como podría haber pensado. Las cenizas ruedan a mi alrededor, y yo toso y me escabullo y me alejo de ellas. Estoy viva. Por alguna razón, he sobrevivido a este encuentro, mientras que Karallax... es... santo cielo, es ceniza.

La luz ha desaparecido, pero el daño que ha causado es evidente. Ha dejado a todo el mundo sin palabras, incluida a mí misma. Me gustaría preguntar qué ha pasado, pero ya no estoy segura de que le guste a nadie. A pesar de todos mis momentos de gloria de antes, el ceño fruncido, las miradas mortales que recibo ahora desde el podio y los niveles superiores significan una cosa: soy la criatura más odiada de este coliseo.

Soy su enemigo.

—Azazel, has estado ocultando una información clave —suelta Mammon, rompiendo el silencio hostil mientras estrecha sus ojos hacia mí—. Nunca nos dijiste que te habías tirado a un ángel.

Mi padre normalmente respondería, pero incluso él está aturdido, incapaz de apartar los ojos de mí.

—¿Qué narices? —susurro, tratando de dar sentido a esta rareza.

—Creo que todos debemos tener una charla, ahora —decreta Beelzebub, levantándose de su asiento.

Belphegor está de acuerdo.

—Que alguien traiga a esa criatura —ordena—. Y despejad la sala del consejo.

—No le hagas daño —Lucifer siente la necesidad de especificar, aunque es imposible leer su expresión o adivinar sus intenciones.

Solo sé que no puedo luchar contra todo el reino por esto. Algo extraño acaba de suceder y todos estamos confundidos y llenos de curiosidad.

Cuando una horda de demonios de poca monta se acerca a mí, empiezo a preocuparme de verdad por mi destino en este lugar. Pero tengo que cumplir con sus demandas si son razonables. Seguramente, mi padre podría ayudarnos a encontrar las respuestas correctas.

Un segundo después, me doy cuenta de lo jodidamente delirante que ha sonado eso.

Estoy jodida de seis maneras desde el domingo hasta aquí.

NUEVE TUEUR

Volver al Versteck es mucho mejor de lo que había previsto. Me produce una extraña sensación de alivio, como si hubiera pasado las últimas horas fingiendo ser algo que no soy. Sin embargo, lo único que he hecho ha sido caminar por el único lugar que siempre he anhelado. Ha sido un sueño hecho realidad, pero lo siento como una triste farsa.

Desprovisto de sentido y de emoción, doy gracias al universo por tener todavía este lugar. Aquí he hecho algo. Es poco y, probablemente no tenga valor para la mayoría, pero aquí es donde los frutos de mi trabajo madurarán algún día. Ahora lo veo. Volviéndome hacia mi padre cuando aterrizamos en las puertas del castillo, sonrío con sincera gratitud.

—Gracias —le digo—. Me habría quedado más tiempo, pero me siento humilde de que me hayas permitido tanto, para empezar.

Refleja mi sonrisa, pero sus ojos no cambian. Es algo extraño. Artificial. Sin alma.

—De nada, hijo mío. Solo quería que vieras y comprendieras la gloria del Reino de Plata. Seguro que ahora entiendes lo que está en juego.

—Siempre lo he entendido. Conseguir entrar en el Reino de Plata ha sido mi objetivo desde que tengo uso de razón.

—Es cierto. Pero te has dejado distraer.

Las palabras calan hondo, como se supone que deben hacerlo.

—Estoy centrado, padre.

—Mil demonios. Y tú solo tienes... ¿cuántos, tres?

—¡Ya estaba llegando! —respondo, y luego sacudo la cabeza lentamente— Cinco.

—¿Cinco qué?

—Creo que he llegado a cinco, teniendo en cuenta los recientes acontecimientos en los Bosques Interminables.

Michael se burla.

—Genial. Quedan novecientos noventa y cinco, entonces.

Normalmente, este tipo de retórica me irritaría. Probablemente perdería el sueño por ello. Me esforzaría por encontrar la manera de volver a tener su gracia. Sin embargo, últimamente, miro a Michael, y no puedo evitar sentir que he puesto más en esta relación de lo que él pondría. Estoy dispuesto a entregarme completamente a alguien. A mi padre. Mi alma gemela. Mi reino. Me entrego por completo y apenas cuestiono el juicio de nadie porque sé que todo lo que hay en mi corazón es cierto.

Pero Michael es... distante.

Me hace sentir como si estuviera condenado a nadar siempre a contracorriente, luchando por complacer a una criatura a la que nada ni nadie puede complacer. Podría matar a diez mil demonios, y apenas podría forzar una sonrisa para mí.

—Me refiero a que tengas éxito —comenta Michael tras un largo silencio.

—Gracias por tu fe en mí.

—Los ángeles no te entienden —responde—. Tampoco lo hacen los demás. No dejes que las brillantes sonrisas de Gabriel te engañen. Todos ellos te desprecian. Todos te juzgan y te consideran indigno del Reino de Plata.

—Y no te molestas precisamente en hacerles cambiar de opinión, ¿verdad?

—¿Por qué iba a hacer eso, si puedes demostrarlo tú mismo con el desafío de los mil demonios?

—Porque eres mi padre. Y por lo que sé, se supone que los padres deben dar la cara por sus hijos.

—Ahora solo hablas de libros —se burla y se da la vuelta—. Mi vida es diferente. Mi mundo no es como el de tus manuales de historia y tus cuentos de hadas. Tú solo has visto el lado bonito. Las paredes blancas, los tejados de plata, las vidrieras y las flores perfumadas. No entiendes la miserable política que ha sido la fuerza motriz del Reino de Plata durante tanto tiempo. No entiendes la pureza que se exige a cada ciudadano.

Le dedico una sonrisa seca.

—Sin embargo, a pesar de todas esas exigencias, me tenías a mí. Un sucio Nephil.

—¡No eres un sucio! —Michael se desgañita— Eres un buen hombre. Solo...

—Si pudieras volver atrás y cambiar las cosas, ¿aún permitirías mi nacimiento?

La expresión de su cara me dice todo lo que necesito saber antes de que se acuerde de controlar sus expresiones. Es demasiado tarde. A pesar de la suavidad de su mirada, ya he visto el arrepentimiento.

Si tuviera la oportunidad, Michael me desharía por completo, y el dolor que conlleva esta constatación me atraviesa como un cuchillo al rojo vivo. Debería haberme hecho esta pregunta hace mucho tiempo. Eso podría haberme ahorrado unos cuantos años de confusión emocional y miseria.

Por fin entiendo lo que Gabriel me decía respecto al instinto.

Aunque no estoy seguro de lo que siento por mi padre y el futuro que ha planeado para mí, tengo un presentimiento que me dice que necesito esa tercera llave ahora más que nada.

Mi corazón palpita bajo la sombra de Virga, y toda esta tontería de la separación me está dando más ansiedad que paz con respecto al destino del mundo. Siento que falta algo, y es mi deber averiguar qué es, precisamente.

—Por supuesto, te querría como hijo —comenta Michael, unos segundos más tarde.

Esa vacilación realmente lo arruinó para mí. Aun así, decido hacer el papel de buen hijo. Está acostumbrado a ese lado mío. Lo espera. Si le doy lo que espera, bajará la guardia.

—Estoy agradecido de ser tu hijo —le miento—. Ojalá hubiera nacido de dos ángeles, pero por desgracia... soy quien soy. Solo puedo esforzarme por ser lo mejor que pueda ser.

—Estoy orgulloso de ti, hijo mío.

—Quedan novecientos noventa y cinco demonios, y los mataré a todos —respondo.

Asiente lentamente, contemplando este hermoso rincón del paraíso lila.

—Mmm... Limpia tu casa, primero. Está plagada de demonios rastreros y humanos confundidos. Todos los ángeles han sido informados de la situación, saben qué hacer, así que no

debes preocuparte por ellos.

—No lo haría, de todos modos. Pero la última vez que traté con ángeles en este lugar, se apoderaron de mi castillo. No me gusta que se metan tan descaradamente. Este sigue siendo mi hogar.

—De acuerdo. Por eso se les ha ordenado que te dejen en paz. Ellos tienen sus métodos y tú los tuyos. Además, con el demonio-lobo fuera de escena, las anomalías ya han comenzado a disminuir. Pronto todo volverá a la normalidad.

—¿Cuándo te volveré a ver? —pregunto.

—No estoy seguro. Con un poco de suerte, cuando hayas atrapado a tu milésimo demonio.

—Estoy deseando ver cómo Raphael se come sus propias palabras —me río suavemente.

—Tiene buenas intenciones. Es leal.

—Lo sé...

—Bueno, entonces —prosigue Michael, sonriendo ampliamente. Solo ahora parece él mismo. Ahora que está a punto de irse y librarse de mí. No puedo evitar sentirme un poco ofendido.

—Ya sabes cómo localizarme en caso de que lo necesites, pero espero que no tengas que hacerlo.

—Ten por seguro que sé cuál es mi lugar —le respondo y lo rodeo con mis brazos.

El abrazo le pilla desprevenido y abrazo a mi padre con fuerza durante un buen minuto, dejando que su olor se filtre en mi alma. Está tenso. No responde a mi abrazo. Pero tampoco lo rechaza. Es algo que tiene que superar, en cuanto le suelte. Sonriendo, me alejo y le aprieto la parte superior de los brazos, su capa de seda blanca ondeando en el viento creciente mientras la plata y el oro de su armadura captan parte de la luz del sol que cae desde arriba.

—Te haré sentir orgulloso, padre. Te lo prometo.

—Sé que lo harás, hijo mío.

Michael me hace una leve inclinación de cabeza y despegas, elevándose hacia el cielo con toda su fuerza y velocidad. No necesita una llave para moverse entre los reinos. Su fuerza arcangélica es más que suficiente para llevarle a cualquier mundo en el que desee entrar. Me hace preguntarme por qué el Creador de Llaves, como Gabriel llamó a su creador, llegó a hacerlas. Supongo que no se les dio únicamente a los arcángeles. O tal vez sirvan a un propósito mayor.

El cielo se ondula mientras la lágrima que dejó mi padre comienza a cerrarse.

Ya no está, y miro las tres llaves que tengo en la mano. No se dio cuenta de que le quité la tercera y, como no tiene ningún uso inmediato, dudo que se dé cuenta de lo que ha pasado pronto. Quizá debería sentirme culpable. No lo hago. Solo me pregunto qué más se puede hacer para que Virga y yo encontremos el camino de vuelta al otro sin que mundos enteros se desmoronen en el proceso.

Necesito las siete, dijo Gabriel.

Claro, encontraré la manera de conseguirlas, pero ¿con qué fin?

—¡Tueur!

La voz de Melisse me hace girar justo a tiempo para verla a ella y a los duendecillos salir disparados por las puertas del castillo. De repente, todo el universo vuelve a tener sentido. Mi corazón se llena, aunque solo sea por un momento, de esperanza y serenidad al ver a mis amigos vivos y bien a pesar de la agitación anterior. Me precipito hacia ellos y ellos se precipitan hacia mí.

Acabamos enredados los unos en los otros, zumbando, sonriendo y abrazándonos con todo el

afecto que se puede convocar, y estoy agradecido de que me devuelvan estas maravillosas criaturas. Melisse está a punto de llorar, mientras que Mirin y sus hermanas brillan con todos los colores del arcoíris a la vez. La suya es la forma más auténtica de felicidad.

—Pensé que no volvería a verte —le confieso al ángel.

—Casi me pierdes, eso es cierto —responde—. Estuvimos un buen rato entre la maleza, pero afortunadamente... ¡Oh, como me alegro de saber que estás bien, Tueur! —Y ahora, mira a su alrededor. Sé cuál va a ser la siguiente pregunta. —¿Dónde está Virga?

No puedo evitar suspirar profundamente.

—Supongo que tenemos que ponernos al día.

—Oh, desde luego que sí —responde ella, con su suave ceño fruncido.

Y después de esa puesta al día, tendremos mucho más que hacer. Mi lucha acaba de empezar, y ya no se trata de mil demonios. Se trata de la única mujer que el universo creó para mí, al igual que me creó a mí para ella, y se trata de la forma en que vamos a volver el uno al otro. Una parte de mí duda de que el universo se equivoque.

DIEZ VIRGA

No opuse resistencia, así que no fue tan terrible como me temía. A pesar de todo, me quedé con un ojo morado en el proceso, aunque no estoy segura de cuál de esos malditos demonios lo hizo. Había muchos de ellos pululando a mi alrededor, desesperados por agarrarme mientras mi influencia de súcubo estaba debilitada. Tengo un bonito moratón que me obstruye parcialmente la vista, pero ahora puedo ver dónde estoy.

Al menos, solo estamos los Siete Príncipes y yo. De cerca, parecen aún más amenazantes e imponentes. Su sola presencia es suficiente para producirme escalofríos, así que puedo imaginar lo que experimenta el resto de la población demoníaca cuando se acercan.

Me siento recta en una silla de madera, respirando lentamente mientras intento evaluar mi nueva situación.

—Pensé que me iban a dar un trofeo o algo así —admito.

Llevamos demasiado tiempo en silencio y no dejan de mirarme sin decir una palabra. Se ha vuelto incómodo y bastante molesto, teniendo en cuenta que esperaba que al menos mi padre hablara.

Leviathan está taciturno y me mira de reojo desde la ventana de la sala del consejo. Todavía estoy en el castillo de Azazel, pero puedo ver el coliseo desde aquí y más allá de mi tío. Estamos en lo alto de una de las torres de color blanco hueso.

La multitud era tan frenética, ruidosa y confusa que, para empezar, apenas vi a dónde me llevaban. Estaba más concentrada en sobrevivir en ese momento.

—Miradla —Belphegor rompe el silencio, ignorándome por completo mientras asiente en mi dirección—. ¿Os parece un ángel? Es como una copia femenina de Azazel.

Mi padre se ríe secamente.

—Técnicamente hablando, fui un ángel una vez.

—Sí, pero tú la concebiste como un demonio. ¡Todos tus engendros son demonios! —Belphegor responde.

—La sangre ha cambiado —afirma Leviathan, asintiendo lentamente—. Los siete salimos del Reino de Plata como ángeles... Ninguno de nosotros ha engendrado ángeles desde entonces, así que ¿por qué la hija-lobo de Azazel iba a ser diferente? Seguramente, Virga no es el primer caso de concepción entre especies.

Asmodeus lleva un elegante parche de cuero en el ojo. Está ocupado sorbiendo vino de una copa dorada.

—Yo digo que le corten la cabeza a la perra, no obstante, y acaben con esto. Lo que sea que haya sido eso de ahí atrás, ha sido obra de un ángel.

—¿Qué tal si te corto la cabeza a ti, en su lugar? —Azazel responde sin rodeos.

Está claro que no hay amor perdido entre estos dos. Supongo que hay una historia detrás de esta animosidad.

Mammon interviene.

—Los dos os la tenéis que cortar. Asmodeus, te han dado una paliza. Cállate. Te dije que no interfirieras en el torneo, pero estabas tan excitado por la oportunidad de cabrear a Azazel, que acabaste haciendo el ridículo. —Luego mira a mi padre. —Y usted, Sr. Yo-Pongo-Mi-Salchicha-En-Otras-Especies-También, ¿cómo estás tan seguro de que Virga es realmente tu hija?

—El parecido ya debería haber sido una pista —refunfuña Belphegor, cruzando los brazos mientras se reclina en su asiento en la mesa del consejo (una cosa enorme tallada en los huesos de alguna criatura gigante, con patas delgadas y un intrincado mapa de todo el reino grabado en el tablero). —Está claro que es uno de ellos —añade y señala con el pulgar a los trillizos de pelo azul.

—Podría ser una trampa, una charlatana bien disfrazada —sugiere Beelzebub, entrecerrando los ojos.

—O un golem enviado por uno de tus enemigos, Azazel. Tienes muchos de esos —añade Mammon.

—Virga es mi hija —responde Azazel—. Primrose Blacktail era su madre. Y todos vosotros conocéis las circunstancias de su nacimiento y crianza.

—¡Entonces explica la luz angélica! —exclama Asmodeus.

Pero nadie tiene una respuesta. De nuevo, el silencio cae pesadamente sobre la sala mientras todos me miran como si fuera la criatura más extraña con la que se han topado. Estos son ángeles convertidos en demonios que han estado aquí desde el comienzo del Mundo Oscuro. No tienen ningún sentido del paso del tiempo, así de antiguos son. Ciertamente, han visto casi todo lo que había que ver en un millón de vidas y, sin embargo, se asombran al mirarme.

Yo tampoco estoy segura de lo que ha pasado.

—Solo sé que Karallax iba a matarme —murmuro, bajando la mirada—. Nunca planeé que esa luz... pasara. Quería sobrevivir. Algo dentro de mí... explotó, supongo.

En todo este tiempo, Lucifer no ha dicho una palabra. Sin embargo, sus ojos no han abandonado los míos.

—Si no eres un ángel, ¿cómo es que tienes poderes de ángel? —Mammon formula una pregunta sencilla y razonable. Si fuera un ángel, probablemente sería más fácil porque simplemente me matarían y también se divertirían haciéndolo.

—Ojalá supiera la respuesta —le reconozco—, pero no la tengo. Nunca ha ocurrido antes.

—A decir verdad, la he presionado mucho durante el entrenamiento —interviene Leviathan—. Ni una sola vez vi una pizca de naturaleza angelical. Su lado súcubo, sin embargo, es increíblemente poderoso.

Asmodeus sonríe.

—Sí.

—Casi haces que me violen y me maten —respondo—. Ese ojo que perdiste no es suficiente retribución.

—¿Acabas de amenazarme?!

—No hago amenazas. Solo promesas.

Azazel se ríe.

—Hermanos, hermana, ¿cómo podéis llamarla ángel, cuando es claramente hija de su padre, eh?

El misterio, sin embargo, persiste, y durante casi una hora, los Príncipes me acribillan a preguntas sobre mi infancia y mis habilidades, mi primera muerte en la locura de Elliott, mi vínculo de alma con Tueur —este último se ha convertido en un sospechoso creíble, aunque ninguno de los archidemonios ha conseguido aún averiguar cómo Tueur pudo salvarme de Karallax.

—No tiene magia de ángel —murmura Belphegor cuando termina de escanearme de pies a cabeza. Me siento desnuda y vulnerable, cansada y francamente irritada—. El Nephil no habría podido ayudarla. Obviamente no estaba ahí...

—No, la luz vino de ella —suelta Mammon, cada vez más molesto.

Finalmente, Lucifer emite un sonido. Una risa irónica para hacer que los otros Príncipes parezcan estúpidos, tal vez, por no haberse dado cuenta de lo obvio, que él ya sabe. Lentamente, se levanta de su asiento en la cabecera de la mesa y se acerca a mí. La tensión aumenta en la sala. Mi padre está a punto de moverse, pero la mano de Leviathan se levanta y le tira hacia atrás. Pase lo que pase, nadie puede levantarse contra el líder supremo, y eso me hiela la sangre porque tengo toda su atención.

Lucifer es una copia invertida y maravillosamente extraña de Michael. Es hermoso, tal vez la criatura más hermosa que he visto junto a Michael y, por supuesto, Tueur. No obstante, sus ojos negros me asustan. Son como espejos en los que podría perder mi alma si los miro durante demasiado tiempo. Sin embargo, la luz baila en sus cabellos de diamante, y por un momento me quedo hipnotizada e inmóvil mientras se acerca.

Ya no respiro.

Presiona una palma contra mi estómago, deslizándose lentamente hacia mi vientre. En un instante, mi piel se ilumina por todas partes, y vuelvo a brillar como cuando destruí a Karallax. Solo que... no es una amenaza lo que percibo. Es un vínculo sanguíneo familiar que reacciona al toque de Lucifer.

—Me sorprende que ninguno de vosotros se haya dado cuenta de esto —comenta, sonriéndome.

Hay calidez en su mirada, pero también hay algo más. Odio podría ser una palabra fuerte, pero la sensación que me produce es bastante similar.

Mi resplandor disminuye cuando él retira su mano.

Belphegor jadea.

Azazel parece divertido.

—Eh. Eso tiene más sentido...

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Estás embarazada —afirma mi padre, y la afirmación me golpea con fuerza, como un mazazo en el pecho al dejarme sin aire en los pulmones.

—Espera, ¿qué?

Lucifer se ríe. Esto le resulta extrañamente divertido.

—Llevas el hijo del Nephil. Un ángel, en cierta medida...

—No es solo en cierta medida —frunce el ceño Asmodeus, mirándome con desconfianza—. ¡Una medio-nephil nunca sería capaz de conseguir poderes de luz aun estando en el vientre materno!

Solo hace que Lucifer se ría aún más fuerte.

—Estoy tan confundida ahora mismo... —susurro, pero Belphegor se levanta rápidamente de

su silla y se desliza hasta la mía, arrodillándose ante mí mientras cubre mis manos con las suyas.

Encuentro consuelo en su sonrisa. Tal vez no debería. Tal vez debería mantener la guardia con esta gente, pero ninguno de ellos ha manifestado intenciones asesinas hacia mí —excepto, tal vez, Asmodeus, aunque dudo que sea tan grave como él lo hace ver.

—Parece que hay verdades aún ocultas —afirma—. No necesariamente sobre ti, sino quizás sobre el Nephil. Un ángel completo en tu cuerpo podría ser capaz de hacer lo que el tuyo hizo a Karallax. Podría responder al toque de Lucifer como lo hizo el tuyo... Llevas un ser del Reino de Plata, Virga. Uno inmensamente poderoso. Tu hijo no es un híbrido de ningún tipo.

—Así que Michael va a ser el abuelo, ¿eh? —Leviathan interviene, ligeramente divertido.

Lucifer, por otro lado, se está doblando y riendo a carcajadas.

—¿Importa si pregunto cuál es el trato? —susurro, aun tratando de entender lo que acabo de aprender sobre mí.

Hay una vida desarrollándose en mi vientre. Un alma creciendo... un alma tan poderosa que se sintió amenazada y me llenó de luz mortal para protegerse. Voy... voy a ser madre. Santo cielo.

—Lucifer y Michael tienen una relación complicada —responde Belphegor—. Sin embargo, él tendrá que informarte de los detalles, querida. Ese es el único tema que no nos atrevemos a abordar sin su opinión. —Me acaricia el vientre y sus mejillas se enrojecen de alegría. —Estás esperando un milagro, ¿lo sabías?

Sacudo la cabeza lentamente.

—Los ángeles ya no nacen casi nunca. Los verdaderos ángeles, seres de poder como este pequeño —explica Belphegor—. Al igual que los demonios como yo y los otros Príncipes aquí... Tal pureza es rara y preciosa, no importa tu política.

—Tenía la esperanza de que esperarás un poco antes de hacerme abuelo —comenta Azazel, acercándose y poniendo una mano en mi hombro—. Todavía estoy aprendiendo a ser padre.

A decir verdad, no sé qué decir o hacer. Solo sé que estoy embarazada de Tueur y que mi corazón podría estallar de miedo y felicidad a la vez. Hay detalles más concretos de los que me doy cuenta ahora, también. Veo la euforia de Lucifer y su pizca sádica. Va a utilizar esta información para intentar hacer daño a Michael, eso es obvio, aunque todavía no estoy segura de cuál es el objetivo final.

Veo a Azazel y a Leviathan sonriendo. Al menos acogen la noticia.

Belphegor está fascinada. Emocionada, incluso.

Mammon... no estoy muy segura.

Beelzebub también se calla.

Asmodeus está cabreado.

Azazel tendrá que decirme cuál es su trato, preferiblemente cuanto antes. Pero nada de esto importa. No en este momento.

Estoy embarazada, y Tueur no está aquí.

ONCE TUEUR

Melisse y yo nos marchamos a la biblioteca, mientras los duendecillos cierran las puertas y aseguran todo el vestíbulo, para luego lanzar también unas cuantas capas más de magia protectora alrededor del castillo. Supongo que todos estamos traumatizados por los acontecimientos recientes. Nuestro mundo ha sido sacudido y agitado, pero no destruido. Sea lo que sea que hayan hecho los ángeles mientras traspasaban, tengo fe en que mis pequeños y coloridos amigos lo arreglarán. Trabajaremos juntos para capturar y matar a los demonios renegados, y trabajaremos juntos para enviar a los humanos de vuelta a su reino, si es que queda alguno de ellos vagando por mi reino.

—¿Seguro que está bien? —pregunta Melisse mientras caminamos lentamente entre las enormes estanterías de madera. Había echado de menos incluso el olor a cuero viejo y papel que caracterizaba mi colección de manuscritos y pergaminos antiguos, aunque, en retrospectiva, la mía es ridículamente pequeña comparada con el archivo del Reino de Plata.

—Azazel la tiene —le explico al ángel—. A pesar de todos sus defectos, cuida de Virga. Es su hija y se comporta como tal. Ella está mejor con él que vagando sola por algún otro reino. Si los ángeles la encuentran...

—Tueur, hay muchas cosas que no nos han contado sobre ella. Sobre ti...

La miro con dureza.

—¿Qué quieres decir? Melisse, pensé que te habían matado. ¿Dónde has estado? ¿Cómo has sobrevivido?

—Técnicamente, no sobreviví —suspira—. Ezequiel me hizo regresar al Reino de Plata. Él y Gabriel me tuvieron bajo su vigilancia durante un tiempo. Me curaron.

—¿Por qué?

—Les pregunté. ¿Por qué iban a preocuparse por mí, a quien el Reino de Plata ya había marcado como desertora? —Melisse respira profundamente y se estremece al recordar. —Ezequiel no fue muy comunicativo. Se centró en mis heridas. Supongo que le costó mucho, pero Gabriel tenía esos pensamientos que no dejaba de expresar sobre que las cosas no eran lo que parecían. Sobre ti y Michael, en particular.

—Tendrás que ser más comunicativa aquí, Melisse. No tiene mucho sentido.

—Lo sé, lo siento —responde ella, con las manos cortésmente unidas a la espalda—. Es solo que... incluso yo, todavía estoy tratando de entender ciertas cosas. Gabriel mencionó siete llaves. Dijo que... para cuando nos reuniéramos de nuevo, tendrías tres.

—Bueno, casi. Yo le di la mía a Virga.

—Oh, querido. Es el Creador de Llaves, ¿no?

—Por lo que he oído...

—De todos modos, Gabriel dijo siete llaves, y que las siete serían necesarias.

Me burlo.

—Sí, también dijo que las otras cuatro encontrarían su camino hacia mí, al final. El universo quiere que las tenga, aparentemente. Sin embargo, no me gustan esas filosofías.

—Bueno, tal vez quieras empezar a creerlo —murmura Melisse mientras saca un sobre—. Ezequiel me dio unas coordenadas que me llevaron de vuelta al mundo humano. Enterrado bajo un antiguo templo, encontré esto...

Saca una pequeña caja tallada en una especie de hueso viejo y amarillento y cubierta de... runas demoníacas. Mi corazón se aprieta al reconocer el trabajo de hechizo.

—Esta es la... letra de Lucifer —concluyo mientras pongo la caja en mis manos.

—Sacúdela.

Lo hago, y oigo el traqueteo metálico de su interior.

—No me digas que es una llave...

—Sacúdela de nuevo.

Solo que, esta vez, escucho los distintos sonidos.

—Dos llaves.

—Al traducir las runas, comprendí la finalidad y la historia de la caja. Quería tener más información antes de volver con vosotros —explica Melisse. Nos detenemos junto a una de las ventanas del sur, un suave sol que se cuela y nos calienta a ambos con su luz dorada—. Lucifer tenía una llave, y también Ezequiel. Al abandonar el Reino de Plata, Lucifer se quedó con ambas. A Ezequiel le llevó mucho tiempo entender lo que pasó...

—¿Por qué dejaría las llaves, entonces? ¿Por qué no llevarlas al Mundo Oscuro?

—Me pregunté lo mismo. Lee el fondo de la caja.

Le doy la vuelta a la caja. Efectivamente, el texto demoníaco me resulta lo suficientemente familiar como para poder entenderlo.

—La Estrella de la Mañana quería que se encontrara esto. Aquel cuya sangre pueda abrir la caja es el que devolverá la verdad a la luz.

—Es un hechizo de sangre que la mantiene cerrada. —Melisse señala otro símbolo en el lateral de la caja. —¿Ves esto de aquí? Está atado con la sangre de Lucifer, y por eso solo su sangre puede abrirla.

—Entonces, alguien de su estirpe puede abrir la caja —concluyo.

Melisse asiente.

—Sí, tú.

—¿Qué?

—No te lo dijo —asiente ella, conteniendo su ira—. Michael y Lucifer fueron gemelos, una vez. La sangre de Lucifer corre por ti, Tueur.

Es como un puñetazo en las tripas. Es como si el destino hubiera decidido fastidiarme y demostrar aún más lo gilipollas que es mi padre.

Me apoyo en el marco de la ventana mientras me esfuerzo por asimilarlo todo. Es mucha información para asimilar, sí, pero me prometí a mí mismo que profundizaría lo suficiente para averiguar qué demonios está pasando.

Algo me dice que todo está conectado, de alguna manera. Una vez que entienda eso, una vez que vea la imagen completa y más grande, sé que me sorprenderá. Sé que toda mi vida cambiará.

Pero también sabré la verdad.

—Supongo que Michael no quería que fuera de dominio público después de que Lucifer se hiciera con el Mundo Oscuro —murmuro, pasando el dedo por la cerradura de la caja. Algo me pincha la piel y me saca sangre. De repente, el líquido carmesí llena todas las grietas y líneas talladas hasta que toda la escritura es roja. La caja vibra en mi mano, un sonido extraño seguido de un clic cuando la tapa se abre. —Guau.

En su interior hay dos llaves, iguales que las anteriores. Saco las otras dos y las pongo en la mesa de lectura más cercana.

Melisse ayuda a alinear cada llave junto a la otra para que podamos buscar diferencias y similitudes.

Pronto se ve que las cabezas de las llaves son modelos únicos.

La de Michael tiene una espada estilizada incluida en el metal, rodeada de hojas torneadas a lo largo de un anillo vacío que significa «luna nueva».

La de Gabriel tiene un cuerno girando a lo largo de una luna creciente gibosa enmarcada por pequeñas rosas.

La de Ezequiel tiene un pequeño pergamino rodeado de estrellas y una gibosa cuarto menguante.

—Mira la de Lucifer —dice Melisse.

Sí, es cierto. Destaca. Es una luna llena, un disco de metal cargado de estrellas y flores de reina de la noche. Opuestos como siempre. Aunque Michael es la oscuridad, según estas llaves, y Lucifer es la luz. ¿Habrá un significado especial en este diseño? ¿O estoy leyendo demasiado en él?

—Necesitamos tres más. ¿Recuerdas la tuya? ¿Cómo era? —pregunta Melisse.

—No era exactamente mía. Michael me la regaló.

—Es cierto, pero ¿qué aspecto tenía?

Cierro los ojos para recordar la cabeza con volantes de la llave.

—Un solo lirio en una media luna.

—Esa era de Raziel —explica Melisse, sacando un viejo libro de una estantería cercana. Reconozco el título—. Mira, aparece aquí en el Compendio de Simbolismo Angélico. Cada uno de los arcángeles tiene un sigilo con el que adornan su heráldica y sus firmas sagradas. —Efectivamente, al pasar a la página de Raziel, un lirio de aspecto familiar se abre sobre un bloque de texto escrito a mano. —El lirio simboliza el secreto, las cosas no dichas. Eso era cosa de Raziel, si lo recuerdas...

—¿No murió Raziel en una de las guerras? —pregunto.

Asiente una vez con la cabeza.

—En la primera guerra, para ser específicos. Aunque no dice en ningún sitio qué bando eligió.

—Michael tenía su llave, aunque...

—Bien, entonces serán cinco. Necesitamos dos más —pasa las páginas—. Ahí lo tenemos. No es tan difícil, una vez que juntas los símbolos... Solo hay siete arcángeles vinculados a la luna. A la Orden de la Luna, para ser específicos. Sirvieron al Creador de Llaves en la creación de otros reinos, mucho antes de la separación.

—Entonces, tenemos a Michael, Lucifer, Gabriel, Raziel y Ezequiel. ¿Quiénes son los otros dos de la Orden de la Luna?

—Raphael y Doumah —afirma Melisse.

Nunca habríamos llegado tan lejos si Gabriel no nos hubiera señalado las llaves. Los

símbolos habrían pasado por delante de nuestros ojos. Da miedo, a veces... Cuánto se nos escapa en forma de detalles aparentemente sin sentido.

Me paso una mano por el pelo y me inclino para ver mejor el Compendio.

—Creo que puedo encargarme de Raphael... Pero ¿dónde voy a encontrar a Doumah? ¿La has conocido? ¿Sabemos dónde está?

—Me temo que no. Pocos hablaron sobre ella estos días. Algunos de los ángeles mencionaron la jubilación. Otros pensaron que había muerto en una u otra guerra. Sin embargo, recuerdo haber oído a Michael hablar de ella una vez como si aún estuviera viva.

—No podemos confiar en Michael. Al contrario, él nunca puede descubrir que estamos haciendo esto.

—Estoy de acuerdo, pero... ¿Cuál es el plan, aquí? ¿Por qué Gabriel y Ezequiel nos enviaron en esta alegre persecución, después de todo? ¿No estás preocupado por *sus* motivos?

—Gabriel me dijo que hiciera caso a mis instintos —suspiro—. Es lo que estoy haciendo, así que... Preocupémonos por los finales y las razones más tarde. Encontremos las siete llaves y veamos a dónde nos lleva.

Melisse respira hondo y ofrece un gesto de apoyo.

—Estoy contigo. Siempre.

—Voy a buscar la de Raphael, primero. No estoy seguro de cómo lo haré, pero no voy a volver sin su llave —le aseguro—. Puedes buscar a Doumah mientras estoy fuera. Luego, iremos a buscar a Virga y recuperaremos la llave de Raziel. Veremos qué pasa.

—¿No te preocupa que los mundos se desequilibren de nuevo?

—Solo será durante unos minutos. Nadie tiene que saberlo nunca.

Además, y no voy a compartir esto con Melisse todavía, pero hay algo que me chirría en todo este concepto de separación.

Todavía no puedo aceptar que el universo cometa un error tan colosal. Esto no es solo un fallo en el tejido del espacio y el tiempo. Esto es un desajuste fundamental de proporciones cósmicas.

No puedes juntar dos almas y destruir accidentalmente tres reinos diferentes en el proceso. Eso es simplemente... una locura, y no puedo creer que dejara que Michael me hiciera creer esto. Pero ¿qué opción tenía? Es mi padre y un arcángel. No te metes con estos seres...

—Espero que Gabriel vaya a alguna parte con este asunto de las llaves —comenta Melisse, con una mano apoyada en el viejo Compendio, con los dedos cerca del nombre de Doumah, que acaba persistiendo con curiosidad, en algún lugar de la nuca, mucho después de apartar la vista del libro—. Nos está enfrentando a Michael al pedirnos que le ocultemos esto.

—Algo me dice que tendremos cosas mucho peores de las que preocuparnos si no juntamos las llaves —respondo, queriendo decir cada palabra.

El instinto. «Confía en tu instinto», insistió Gabriel. Sí, puedo ver por qué.

El mío está arrasando como un incendio.

DOCE TUEUR

Encontrar a Raphael sin que sepa que voy a por él no es fácil, pero sí posible. Me encuentro observándolo desde lo alto de un granero detrás del castillo de Leffen, la segunda ciudad más grande de Zephyr, el reino más avanzado del mundo humano. Su gente ya está experimentando con el agua y el fuego de leña como fuentes de poder —el poder del rayo, lo llaman—. Hay suficiente fuerza en su interior para hacer arder un reino entero con los metales adecuados y las intrincadas conexiones.

En los últimos meses, según algunos de mis cazadores de demonios, se ha visto a Raphael volver al castillo de Leffen cada vez más, sobre todo al atardecer y siempre por la pared oeste.

Aquí abajo, un grupo de mercaderes y nobles vive en villas de tres pisos que bordean las estrechas callejuelas. Tienen flores que crecen en macetas colgadas de cada ventana, y criadas que atienden cada hogar como un reloj.

Me siento en el punto más alto de la muralla oeste mientras miro a Raphael, que ahora está sentado en un banco de piedra fuera de una de las villas.

El sol está a punto de ponerse, arrojando franjas de rosa ardiente y naranja incandescente sobre el cielo. Las flores de la reina de la noche se están abriendo, enviando su deslumbrante fragancia por todo el atardecer. Es el momento perfecto para... que los amantes se encuentren.

Se abre una puerta trasera. Raphael mira hacia arriba.

La sonrisa de su rostro me dice todo lo que necesito saber. La mujer que le devuelve la sonrisa está perdidamente enamorada, y además es una criatura hermosa.

Ciertamente puedo entender su atractivo, aunque mi corazón palpita aún con locura por mi lobo-demonio. La amada de Raphael está en la adolescencia y lleva un delicado vestido rosa con un corpiño de encaje adornado con miles de perlas de agua dulce. Su larga melena rubia está rizada y recogida en un bonito peinado que cae por su espalda, con rosas de seda recortadas sobre sus pálidas orejas.

Raphael se pone de pie, imponiéndose sobre ella, pero la mujer no se deja intimidar. Le echa los brazos al cuello, con los pechos llenos y apretados contra su pecho bañado en oro, y se besan apasionadamente.

Cuando se separan, hablan un rato y se besan de vez en cuando mientras dan un largo paseo por la parte más tranquila de la ciudad, al abrigo de las magnolias en flor y los extensos cerezos. Aquí, la gente tuvo mucho cuidado de dejar que los árboles crecieran y proyectaran algunas sombras. Los veranos pueden ser abrasadores en una ciudadela hecha principalmente de piedra y

paja.

Él la ama. Conozco esa mirada en sus ojos. La conozco demasiado bien.

Es hora de que me haga notar, así que le lanzo una piedra. Aterrizo cerca de sus botas doradas.

Se detiene, agarrando con fuerza la mano de la mujer. La acerca, con la intención de ponerse en peligro antes de permitir que le ocurra nada. Finalmente, levanta la vista y me ve. Sus ojos se abren de par en par, pero no dice nada.

La mujer pregunta qué le pasa, pero Raphael ya está fuera de su humor amoroso. Aprieta sus labios contra las sienes de ella.

—Te veré mañana —le dice, y se aleja, desapareciendo tras una esquina.

La mujer está desconcertada, pero definitivamente entiende quién y qué es él, porque no cuestiona su repentina partida. En cambio, suspira profundamente y vuelve a su casa con una sonrisa cariñosa en los labios.

La hoja de Raphael toca mi garganta. Es afilada y fría, tal y como esperaba.

—Es un descaro por tu parte. Lo reconozco —afirma.

—La cosa es que, si fui capaz de encontrarte tan fácilmente, imagina el poco o ningún problema que tendrá un ángel adversario para hacer lo mismo —respondo con calma, sin moverme ni un centímetro. Ahora mismo está dispuesto a matarme, y necesito que supere esta fase antes de que haga algo de lo que se arrepienta—. ¿Hasta qué punto es valiosa ella para ti?

—¿Me estás amenazando?

—No, estoy señalando una vulnerabilidad crucial —le explico—. Mírame. No estoy haciendo nada. Quería que me vieras, Raphael. No estoy aquí para pelearme.

—¿Qué quieres, entonces?

Lentamente, giro la cabeza para mirarlo. Con esta luz, su aspecto es absolutamente glorioso.

Se cantan canciones sobre él en los templos e iglesias de todo el reino humano. Este mundo fue testigo de muchos de los enfrentamientos entre el Reino de Plata y el Mundo Oscuro. Aquí veneran a Raphael. Pintan ventanas de sus gloriosas hazañas. Escriben poemas y cuentos populares. Esculpen estatuas que tienen un débil pero honroso parecido.

—Quiero tu llave.

Raphael me mira fijamente durante un momento. La incredulidad que siente es palpable. Exhala bruscamente y guarda su espada, luego se sienta a mi lado. Y así, la amenaza de muerte se ha desvanecido. Es un riesgo asumido con los ángeles, especialmente con los arcángeles, los de mayor rango en el Reino de Plata. Son imprevisibles y malhumorados, despiadados y firmes.

—Y esta es la razón por la que no mereces que se te permita entrar en el Reino de Plata —admite, con toda naturalidad—. Usas subterfugios y chantajes para conseguir lo que quieres.

—Mientras tanto, mientes a tus hermanos y hermanas y me miras por encima del hombro, aunque hay muchas posibilidades de que críes a algún Nephilim por tu cuenta si no rompes con esa encantadora dama de ahí abajo. —Raphael está a punto de decir algo, pero lo detengo. —No lo hagas. Ahórrate las gilipolleces santurronas. Ambos sabemos que estás tratando de vender una ilusión. El Reino de Plata es tan secreto y corrupto como cualquier otra dimensión. Más vale que lo afrontes.

—Que te den, Nephil.

—¿Qué pasará con ella si tu guarnición se entera? —pregunto con calma—. ¿Crees que te pedirán amablemente que termines tu aventura y respetes las leyes del Reino de Plata? —Cuando no responde, sé que está escuchando con los dos oídos y el cerebro. —No quiero decírselo a nadie, si soy sincero. Te seguí hasta aquí porque quería hablar contigo sobre la llave. Créeme,

Raphael, no tenía ni idea de en qué me iba a meter.

—¿Es por eso? ¿Por la llave?

—Espero que sepas algo sobre ella o sobre las otras —le digo, mostrándole la caja de huesos con mis cuatro llaves. Se queda mirando la caja con total incredulidad. Es bueno saber que aún puedo sorprender a una criatura cósmicamente poderosa como él, de vez en cuando. —Me han dicho que hay que reunirlos.

—Gabriel, el hijo de puta. No pudo resistirse —se burla, sacudiendo la cabeza—. Bien. Aquí...

Busca a tientas en un bolsillo oculto bajo su falda de seda, saca la llave y me la entrega. La miro durante un rato, sonriendo al sentirme más cerca de mi objetivo.

—¿Pero por qué estoy haciendo esto? —le pregunto— Tú lo sabes. Debes saberlo...

—Si un ángel hace esto, Michael se enterará. Tiene todo el reino en sus manos. Milicias secretas, informantes, espías, lo que sea. Cuando el Creador de Llaves nos dejó, Michael no fue considerado inmediatamente como el gobernante de facto. De hecho, durante mucho tiempo, no lo fue.

—¿Quién fue, entonces?

—Dumah.

—De acuerdo. También necesitaré su llave.

—Llegaremos a eso. Tienes que entender el tipo de mierda peligrosa en la que te estás metiendo. Dumah desapareció hace unos veinte años. Nadie pudo encontrarla. Sé que Michael mencionó su partida, pero nadie pudo probar nada. También se habló de juego sucio, pero... él se hizo cargo. Nos sacudió un papel de la delegación en la cara y ascendió al trono en Ciudad Blanca, y eso fue todo. Después de eones en los que se implementaron sus estrategias, después de que se peleó con Lucifer y nuestros hermanos demonios sobre cómo se debía gobernar el Reino de Plata, finalmente lo hizo. Se convirtió en gobernante.

—No tenía ni idea...

—Por supuesto. Porque la gente tiene miedo de hablar de él.

—Melisse podría habérmelo dicho.

—La cabeza de Melisse ya no está bien —responde Raphael, lanzándome una mirada de lástima—. La han herido, destrozado y reestablecido tantas veces, que ni siquiera recuerda partes considerables de nuestra historia. Es un ángel valioso, pero Michael le hizo cosas. No estoy seguro de qué, exactamente, pero su cabeza no se ha atornillado bien en mucho tiempo.

Se me hieló la sangre.

—Ezequiel y Gabriel la usaron para conseguir dos llaves más para mí.

—Significa que la reiniciaron y la sacaron del control de Michael. Bien. Al menos tienes un verdadero aliado de tu lado.

No puedo evitar pensar en todas las veces que no lo hice, incluso cuando tenía la impresión de que sí. Michael ha estado jodiendo mi vida de más de una manera, pronto empiezo a darme cuenta.

Al poner la llave de Raphael dentro de la caja de huesos, dejé que un pesado suspiro saliera de mi pecho.

—¿Así que mi padre ha estado dirigiendo una especie de reino de Tueur en el Reino de Plata?

—Tueur es una palabra dura. La mayoría de los ángeles son complacientes por naturaleza, de todos modos. No es que nadie haya opuesto resistencia. Casi siempre nos conformamos con tener alguna forma de liderazgo.

—¿Cómo es que tú eres diferente? Y Gabriel, Ezequiel...

—Somos viejos, obviamente. Y somos tan viejos como Michael. Él no... nos intimida como lo haría con un joven como Melisse, o como tú.

—Háblame de las llaves.

—No hay mucho que contar. En realidad, nunca estuvieron destinadas a ser nuestras. Siempre las he considerado reliquias, pero nosotros, los de la Luna, nunca fuimos los destinatarios —explica Raphael, contemplando la ciudad.

—¿Quién fue, entonces?

Vuelve a encogerse de hombros.

—No tengo ni idea. Tal vez tengas un papel más importante en este mundo, y el Creador de Llaves previó tu nacimiento.

—Eso es poner mucha presión sobre mí...

—Bueno, qué se le va a hacer. Tienes unas cuantas llaves más que recuperar, ¿no?

—Sí.

Raphael sonríe débilmente.

—Cuanto más llaves tengas, más fácil será encontrar las otras. Se sienten a través de dimensiones enteras. Tendrás que aprender a escuchar el metal, Tueur. Sus zumbidos te dirán dónde están las llaves restantes.

—¿Qué pasa cuando las reúna a todas?

—Lo sabrás cuando ocurra. Si las llaves de Lucifer y Ezequiel llegaron hasta ti, creo que Gabriel tenía algo en mente en algo cuando te confió la misión. No es la primera vez que Ezequiel ofrece las coordenadas a alguien para que encuentre esas llaves. El hecho de que las hayas conseguido...

—Melisse las tiene —le recuerdo.

—Pues lo mismo. Las tienes, ahora —Raphael hace una pausa, tratando de contener su humor amargo—. El imbécil... Gabriel tenía razón. Dijo que el hijo de un arcángel lo cambiaría todo... Nunca imaginé que se referiría a ti.

—¿Un asqueroso Nephil?

—Sí.

—Vete a la mierda, Raphael.

Se ríe.

—Sí, somos criaturas terribles. No sé por qué tienes tanto interés en compartir el pan con nosotros, de todos modos...

—Lo creas o no, representas algo más grande. Un propósito que trasciende tus defectos y tu actitud colectiva de mierda —respondo, aunque mi mente ya está cambiando hacia el penúltimo segmento de mi misión—. ¿Qué crees que le pasó a Doumah?

—Pronto lo descubrirás. Todo lo que está sucediendo ahora es porque el universo está volviendo a un sentido de orden. Ha estado en el caos durante un tiempo, y los acontecimientos que se han desarrollado desde que tu chica demonio-lobo murió por primera vez ha reformado completamente toda la narrativa. Nuestro futuro, por primera vez, parece incierto.

No me gusta cómo suena eso.

—Mi padre nos separó. Ya no somos una amenaza para los reinos.

—No estaba hablando de ti —continúa—. Michael nos ha llevado a demasiadas guerras. Hemos perdido demasiados hermanos por su culpa y su estúpida disputa con Lucifer. Está preparando otra guerra, Tueur, y si Virga queda atrapada en el fuego cruzado, no sobrevivirá. Tampoco lo hará mi Maisie —añade, echando un vistazo a las villas a las que regresó su amada

—. Todas las guerras de Michael se han extendido al Plano Terrenal, y gente inocente ha sufrido y muerto. Gabriel no me lo dirá, concretamente, pero tengo el presentimiento de que las siete llaves reunidas impedirán que tu padre cause más derramamiento de sangre.

—¿Ninguno de vosotros ha intentado detenerlo antes?

—Tendrías que ser un idiota para pensar que no lo hicimos —responde Raphael, francamente ofendido—. Durante años, le rogamos. Ideamos estrategias de paz y tratos a largo plazo para que negociara. Cada vez, el imbécil egoísta cogía su espada flamígera y se iba contra los demonios, ¡que se jodan todos!

Me está contando cosas sobre mi padre que nunca imaginé. Está claro que nuestro vínculo nunca se basó en la confianza, pero siempre ha habido respeto.

¿Cómo voy a respetar y adorar a Michael, ahora, cuando estoy aquí aprendiendo que casi todo lo que ha hecho ha sido un error colosal?

Amargado por esta nueva información, me levanto y extendo mis alas, con las plumas erizadas y moviéndose furiosamente.

Raphael me mira.

—Eres diferente a la mayoría de los Nephilim, lo reconozco. Eres persistente.

—¿Por qué habéis dejado que Michael se salga con la suya?

—El fue el primero. Bueno, él y Lucifer. La luz y la oscuridad. La noche y el día. Fuego y Hielo... No necesariamente en ese orden —responde el arcángel, bajando la mirada—. Hay una cierta vacilación que ni yo ni mis otros hermanos de armas hemos podido superar cuando se trata de Michael. Supongo que por eso Gabriel te empujó a esto. Puedes resistir. Eres joven y astuto. Maleable. Terco, al mismo tiempo. Una combinación interesante. Ahora, vete, Tueur.

—¿A dónde voy? —pregunto, totalmente exasperado.

—Dondequiera que las llaves te lleven. Encuentra a Doumah.

—¿Cómo sabemos que no está muerta?

—Habríamos sentido su muerte. Cuando un ángel muere, todos los ángeles mueren un poco por dentro.

Puedo imaginar cómo es ese dolor. Es como si te arrancaran algo del corazón, dejando un agujero hinchado. Algo así como cuando Michael y Azazel me quitaron a Virga. Sí, conozco ese dolor en el corazón. Conozco el sufrimiento y los sudores fríos que siguen.

Alzando el vuelo, dejo atrás a Raphael y disparo hacia el cielo.

No importa cómo, debo encontrar a Doumah.

Hay algo al final de las siete llaves. Es lo suficientemente importante como para desencadenar toda una conspiración contra Michael... contra mi padre. Estoy trabajando contra mi padre. Cueste lo que cueste, mientras me lleve de vuelta a Virga.

TRECE VIRGA

—Gloria a ti —exclama Belphegor cuando me siento a la cabeza de una enorme mesa.

—Gracias por la amabilidad —respondo.

Despejada toda la locura en torno a mis poderes angélicos, ha quedado la cuestión de mi victoria en el torneo, que exige una rápida resolución.

Llevo una corona hecha de huesos de demonio, los mismos huesos de los que intentaron matarme en la arena hace menos de tres días.

Un vestido de seda azul me cubre desde el cuello hasta los tobillos y las muñecas, tachonado de diamantes en el pecho y los hombros.

Mis hematomas se han curado y mi piel brilla saludablemente mientras mi cuerpo se adapta a esta idea de un... bebé.

Sonríó mientras los demonios traen a la mesa comidas y bebidas raras. De contrabando, probablemente, desde el Plano Terrenal.

Mi padre está sentado a mi derecha, junto con Leviathan, Belphegor y un malhumorado Asmodeus. Me han asegurado que su ojo volverá a crecer, pero hará falta algo de magia de sangre y mucho dolor antes de que pueda volver a ver bien. No es que me sienta ni un poco culpable por ello. Es un absoluto imbécil y mi menos favorito entre los Príncipes.

Mammon y Beelzebub se sientan más cerca de Lucifer, que está a mi izquierda. El gobernante del Mundo Oscuro insiste en que me he ganado su favor, y eso incluye festejar en su estrecha compañía. El resto de la mesa está ocupada por varios otros señores y damas del reino, demonios de alto rango de dominios tan lejanos como el Mar Salado y las Montañas de Sangre al sur, que es el punto más lejano conocido del reino en este momento.

—¿Cómo has estado? —pregunta mi padre— No hemos podido hablar de esto desde el otro día.

Probablemente porque Lucifer me ha instalado en un apartamento privado dentro de su castillo, un par de dominios más allá del de Azazel. Insiste en que la madre del nieto de Michael debe ser muy respetada y protegida.

No hay mayor honor que ser anfitrión de Lucifer, me han dicho, pero estoy preocupada. Él y Michael se odian a muerte. Han estado en guerra más de una vez, y Lucifer no dudaría en herir a Michael si tuviera la oportunidad.

Estoy bastante segura de que sería un buen arma contra él, si se utiliza correctamente.

Puede que Michael me desprecie, pero el ángel que llevo dentro... es precioso.

—¿Virga? —grita mi padre. Últimamente me desconecto mucho.

—Lo siento —le digo—. Tengo tantas cosas en la cabeza...

—Lo sé. Pero ¿cómo te sientes?

—Bien, la mayor parte del día. Rara. Acostumbrándome. Digamos que me estoy adaptando.

Azazel se acerca un poco más, mientras los demás continúan con su fiesta, bebiendo y riendo, compartiendo impresiones sobre el torneo y opiniones sobre mí, la loba-demonio que lleva un bebé ángel.

Soy la cosa más sexy del reino, mientras hablamos. Lucifer no me quita los ojos de encima, sorbiendo lentamente su vino caqui mientras escucha mis conversaciones.

—Llevas un ángel completo —dice Azazel, cauteloso en su elección de palabras—. Le pasará factura a tu cuerpo, a menos que usemos alguna magia pesada para mantenerte con vida.

—Espera, ¿qué? —grazno, de repente consciente de lo que está tratando de decirme.

—Un ángel es un ser poderoso. La esencia de la divinidad es pura luz y energía, más de lo que tu cuerpo medio demonio podría soportar —responde—. Por supuesto, hemos discutido la posibilidad de que tu sangre de lobo pueda ayudar a amplificar la fuerza necesaria para llevar a este bebé a término. Sin embargo, no es una certeza. Esto nunca ha sucedido antes.

—Y como te he dicho... dudo que el bebé hubiera sido concebido de otra manera —interviene Lucifer amablemente.

—No me gusta cómo suena esto.

—No puedo culparte, Virga —responde Lucifer—. Pero tengo fe en ti. Además, es demasiado pronto para preocuparse por eso. Volveremos a tratar este tema cuando estés más cerca de la fecha de parto, pero, mientras tanto, ya he avisado a todas mis brujas y hechiceros para que revisen los textos antiguos y revisen un ritual que os proteja a ti y al niño en este maravilloso viaje.

Normalmente, le preguntaría cuál es su trato. Pero él es el rey de este lugar. El enemigo supremo del Reino de Plata. No puedo simplemente sacar mi actitud de malota y darle una paliza como hice con Asmodeus. De todos modos, dudo que vuelva a tener el mismo instinto. La adrenalina es una hoja de doble filo. Da y quita con la misma brutalidad.

—Hay que hablarle de la profecía —insiste Belphegor, dirigiendo a Lucifer una mirada severa.

El príncipe frunce los labios por un momento, y luego concede con una leve inclinación de cabeza.

—Me parece justo. —Vuelve a centrarse en mí, mientras Belphegor, Azazel y los demás príncipes escuchan con atención. —Virga, hay otra razón por la que el futuro nacimiento de tu hijo nos conmueve profundamente y nos da motivos de alegría.

—Vale...

—Hay una antigua profecía dejada por el Creador de Llaves, nuestro creador —comienza Lucifer—. Sugiere que el hijo de un ángel y un demonio unirá los reinos y obligará a que la verdad salga a la luz una vez más. Los textos sobre este tema son bastante escasos, pero la profecía implica el orden universal y las siete llaves.

—¿Siete llaves? —pregunto.

Instintivamente, mi mano se dirige al bolsillo de mi vestido, donde guardo la llave de Tueur, mi pequeño y máspreciado recuerdo de él —bueno, el segundo máspreciado, después de este ser que actualmente crece dentro de mí y une su alma a la mía —.

—Es una larga historia, la verdad sea dicha, pero hay siete llaves en este mundo que tienen que reunirse, y creo que esa misión ya ha comenzado —dice—. Sentí que mi llave y la de

Ezequiel fueron tomadas no hace mucho tiempo. Creo que tú también llevas una.

Es sorprendente que haya considerado esto como una coincidencia hasta ahora.

—No la muestres por ahí —añade Lucifer—. Algunos de nuestros compinches son de mentalidad inferior e indigna. Además, sé de al menos tres espías de Michael que actualmente están festejando aquí con nosotros, y que dicen ser leales.

No puedo evitar mirar a mi alrededor, pero Azazel me aprieta la muñeca.

—No lo hagas —susurra.

—No queremos delatar a los cabrones —Lucifer baja la voz mientras me sonrío—. La verdad es, mi querida cachorra, que Michael es un miserable fanático del control y un maldito monstruo. Lo considero personalmente responsable de la partida del Creador de Llaves, hace tantos años. Bueno, él y Doumah, su segunda al mando en ese momento.

—He oído que también la ha hecho desaparecer —refunfuña Leviathan.

—Sí, tiende a hacer eso —se burla Lucifer, sin ocultar su disgusto. Me mira de nuevo—. Creo que tu padre ha compartido contigo parte de nuestra historia, incluyendo las guerras y mis repetidas disputas con Michael.

—Sé que se necesitan dos bandos para producirse una guerra —respondo secamente.

Leviathan se ríe.

—Cuidado. Esta no tiene pelos en la lengua.

—Tiene razón —admite Lucifer, aunque no sin una pizca de amargura—. Hemos avivado las llamas más de una vez, y nunca hemos rehuido una batalla, pero eso es solo porque Michael sigue pidiéndolo. Creo que el idiota se nutre de la violencia. Está planeando incluso ahora, mientras hablamos. Ha habido rumores de guarniciones que se levantan y se preparan para otra guerra, aunque no estoy seguro de por qué lucharemos esta vez. Solo sé que más gente inocente morirá a causa de su locura.

—¿Por qué no lo has detenido, entonces? —pregunto.

—Tiene el oído del Reino de Plata —responde Asmodeus—. No podemos incendiar un reino entero por culpa de su líder, a pesar de sus muchos intentos de hacer lo mismo con nosotros.

No esperaba que los demonios mostraran más integridad que los ángeles, pero aquí estoy, sentada con asombro mientras los Siete Príncipes del Mundo Oscuro explican que todo su objetivo durante todo este tiempo ha sido limitar la pérdida de vidas inocentes.

—Explica todas las posesiones, entonces. El desgarrar, la violación y el robo que hacen tus demonios en el Plano Terrenal —digo, frunciendo el ceño.

Hace reír a los príncipes, incluido a mi padre.

—Tenemos placeres culpables en nuestra naturaleza —dice Lucifer—. Los ángeles nos han calificado de monstruos. Los mortales nos ven en consecuencia. Mientras tanto, los demonios sin forma siguen necesitando cuerpos que ocupar, y los otros tienen sus propios hábitos a los que dedicarse. Tampoco creas que los ángeles son santos.

—¡Oh, les encanta meter los dedos en los pasteles de los humanos! —responde Mammon, lleno de auténtico desprecio, mientras se sirve otra copa—. Enfrentan reino contra reino, secuestran demonios y los arrojan en medio de pequeñas e inocentes ciudades, y luego se abalanzan como grandes salvadores. Acumulan oro y plata e innumerables riquezas con las que financian sus operaciones militares en muchos otros reinos. Miles de imperios están ya en deuda con los malditos. Mientras tanto, siguen luchando por borrarlos del mapa porque somos una vergüenza para su especie.

Lucifer se ríe con ganas.

—Michael se llevará una gran decepción, esta vez. Belphegor tiene razón, creo que la

profecía se hará realidad en esta ocasión.

—¿Qué prevé exactamente? —le pregunto.

—La verdad saldrá a la luz. La noche se retirará como un velo, y la estrella de la mañana volverá a salir —recita—. Las tinieblas se desvanecerán, las mentiras se marchitarán y los héroes volverán a presentarse ante el Creador de Llaves. La gloria y la paz, el amor y la paciencia, la bondad y la gracia... Los valores con los que los ángeles se imbuyeron una vez se reafirmarán con el nacimiento de un hijo del demonio y del ángel por igual.

—Y cuando se reúnan las siete llaves, y nos presentemos de nuevo ante el Creador de Llaves —añade Mammon con severidad—, seremos reivindicados. Las maquinaciones y mentiras de Michael saldrán a la luz, y... bueno, estoy deseando ver la cara de satisfacción de ese cabrón cuando reciba su merecido.

—Disculpa —responde Lucifer sin rodeos—. Pensé que habíamos acordado abstenernos de ataques personales relacionados con el aspecto.

Asmodeus reprime una risa. Incluso a mí me cuesta contener la risa mientras Lucifer, el más temible de los demonios y el rey del Mundo Oscuro, se ofende levemente porque él y Michael comparten una cara de suficiencia.

—Mencionaste a Doumah —comento, tratando de averiguar todo lo que pueda sobre esta profecía—. Y que había desaparecido. ¿Alguno de vosotros la conocía?

La mirada de Lucifer se oscurece mientras mira hacia otro lado.

Azazel suspira profundamente.

—Fue una amiga y una aliada durante mucho tiempo.

—Haces que suene como si eso se hubiera terminado antes de que ella se fuera.

—Porque nos enteramos de la verdad. Del propio Michael, nada menos —gruñe Leviathan—. Algo sucedió para que nuestro creador se fuera. Nunca pudimos saber exactamente qué, pero Lucifer siempre sospechó de algún tipo de magia poderosa. Del tipo que solo los de la talla de Michael y Doumah tenían acceso.

—Nuestro padre nunca se habría ido sin más —añade Lucifer—. No sin despedirse de sus hijos, al menos. Tenía la costumbre de atar los cabos sueltos, de no dejar tantos interrogantes.

—Cuestiones que, por cierto, acabaron provocando la división del reino angélico y nuestra salida al Mundo Oscuro —me recuerda Mammon.

Belphegor está de acuerdo.

—Al principio, teníamos sospechas sobre Michael, en particular, sobre todo después de llegar aquí. Doumah ayudó a negociar varias conversaciones. Era una aliada. Nos contó secretos de la Ciudadela Sagrada, textos preciosos que Michael había dejado claro que no volveríamos a tocar. Doumah trató de ayudar. Durante eones, trabajamos con ella, la creímos, le abrimos nuestras puertas y nuestro reino.

—Doumah fue la única ángel a la que se le permitió entrar en el Mundo Oscuro —añade Asmodeus.

—Hacíamos desfiles para sus visitas, ¿recuerdas? —Leviathan se ríe—. Eran buenos tiempos.

—Hasta que Michael la delató —responde Beelzebub, con los ojos reducidos a pequeñas rendijas mezquinas—. Hasta que dejó claro que ella trabajaba con él desde el principio.

—¿Michael dijo específicamente que hizo algo para alejar al Creador de Llaves? —pregunto. Lucifer sacude la cabeza.

—Es muy bueno insinuando e implicando. Irónicamente, me apodan el Maestro de las Mentiras, pero dudo que Michael haya dicho alguna vez la verdad sobre algo. El muy poco

sincero.

Un triste silencio se instala en nuestro lado de la mesa, mientras la fiesta continúa en el otro. Me doy cuenta de que hay mucho que pensar. Nueva información que reescribe la historia que creía haber leído con Melisse en la biblioteca de Tueur. Hay tanto que no sabe. Tanto que Michael nunca le contó.

Me rompe el corazón, pero tengo que encontrar el camino de vuelta a él.

Tengo que ayudarlo como sea, pero no me enfrentaré a su padre sin algún tipo de ventaja. Así que, me dirijo a Lucifer, finalmente consciente de lo que quiero que suponga su favor. Estoy cambiando el mundo para Tueur y mi bebé, pasito a pasito.

CATORCE

VIRGA

Lucifer aún no me ha concedido un favor. Es hora de que lo llame.

El festín continúa con los altos demonios atiborrándose de carnes exóticas y especias de otro mundo. Beben vinos con pimienta y licores chispeantes.

Un grupo de diablillos puntea los acordes de varios instrumentos en un intento de crear música. Unos gigantes de hombros anchos con armadura de acero vigilan las salidas principales sin perder de vista al resto. Al ver toda esta farsa, me doy cuenta de que todavía estoy muy sola aquí. Mi padre se alegra de que esté viva y sea una campeona. Mis tíos están divididos en cuanto a si les caigo bien o no. A Leviathan sin duda sí, pero Asmodeus tardará un tiempo en cogerme cariño. Leviathan dice que le gustaré, finalmente, a medida que le crezca el ojo que le quité. Pero mi alma gemela está en compañía de un pretendiente. Tueur está solo, con su oreja llena de veneno angelical.

Durante mucho tiempo, había pensado que los demonios eran lo peor. Pensaba que el Mundo Oscuro era una especie de infierno, pero la gente de aquí solo parece hacer lo mejor que puede con lo que se le ha dado. Aunque, evidentemente, su comportamiento no tiene justificación.

Los demonios son intrínsecamente malévolos, traicioneros y rencorosos, pero, al menos, sabes qué esperar de ellos. Nunca pretenden ser algo mejor.

Los ángeles, por otro lado... Bueno, los ángeles son los más peligrosos, ya que hacen cosas terribles bajo la falsa bandera de la justicia.

—Señor Lucifer —hablo—. Me ves luciendo la corona de huesos, ¿no es así?

Todo el mundo se calla. Todas las miradas vuelven a estar puestas en mí.

La atención me asustaba hasta no hace mucho, pero desde entonces he comprendido que esta sorprendente intensidad es literalmente la forma en que los demonios miran a la gente. Incluso entre ellos, las miradas son largas y penetrantes, escudriñando el alma de uno. No hay una intención particular. Azazel dijo que la intención es obvia, nunca sutil. Yo le creo.

Lucifer levanta una ceja al verme.

—Desde luego que sí.

—Gracias por este magnífico festín, ante todo —respondo.

—Apenas has probado la comida —dice.

Belphegor me acerca un plato de fruta, cargado de higos y dátiles y pasas doradas.

—Toma, querida. Come un poco de esto, al menos. Estás embarazada, debemos alimentarte bien.

Sería una grosería rechazarlo, cuando se ha portado tan bien conmigo. A pesar de mi apetito nulo, cojo uno de los dátiles y lo rompo en trozos más pequeños, metiéndome cada uno en la boca mientras miro a Lucifer y sonrío.

—Pero gracias por la hospitalidad, de todos modos. Ahora, me han dicho que me debes un favor. ¿Verdad?

—Adoro a mi sobrina —se ríe Leviathan junto a mi padre—. La chica nunca pierde un minuto, ¿verdad?

—No, no lo tiene —responde Azazel—, y está en su derecho de exigir el favor.

—Me parece justo —afirma Lucifer, acercándose con una media sonrisa curiosa. Una vez más, mi alma está desnuda ante él, y cada vez me resulta más difícil protegerme de su atención—. ¿Qué puedo hacer por ti, Virga, hija de Azazel y Campeona de los Huesos?

—Ayúdame a encontrar a Doumah —digo con firmeza—. Esta injusticia contra ti y todo tu reino se ha permitido durante demasiado tiempo. Déjame reivindicarte. Permíteme demostrar a todos los reinos exactamente qué pedazo de mierda tocapelotas es realmente Michael.

Mis exigencias sorprenden incluso a la Estrella de la Mañana, por no hablar de los demás presentes. No es la primera vez que todos me observan con renovado interés, pero definitivamente es la primera vez que van a tener que recoger sus mandíbulas de sus platos. Ciertamente lo he hecho, ahora. He exigido una locura.

Lucifer no se habría molestado en mirar hacia mí, si no fuera por el favor que me debe. Me pregunto, sin embargo... me pregunto si se arrepiente de algo de esto.

Desvía la mirada un momento. Su mirada se cruza con la de mi padre. Azazel le dedica una leve inclinación de cabeza, un asentimiento cómplice y, de repente, este silencio colectivo tiene más sentido que nunca.

—Lo sabéis —murmuro—. Todos vosotros sabéis dónde está.

—No exactamente —responde Azazel—. Pero estamos de acuerdo en que es hora de que se produzcan algunos cambios drásticos en los reinos.

—Y teniendo en cuenta que tu chico se encuentra en relativos problemas estando bajo la influencia de Michael, entiendo por qué estás decidida a hacer esas locuras —se ríe Lucifer—. Quieres protegerlo y crees que Doumah puede decirle la verdad. ¿Estoy equivocado en esta reflexión?

—No— admito—. Eso es exactamente lo que espero. Esté donde esté, imagino que Doumah echa de menos el Reino de Plata y la vida que dejó atrás. Además, sería una completa tontería dejar que Michael se salga con la suya cuando todos sabemos que merece pudrirse en una celda para siempre.

—Solo hay un problema, Campeona de los Huesos —añade Lucifer—. No conozco el paradero más reciente de Doumah. Solo puedo decir dónde la vi por última vez, hace ya algunos siglos.

—Bueno, eso es mejor que nada.

—Podría ser un callejón sin salida —insiste.

—Deja de intentar aplastar mi moral. No está funcionando. Estoy haciendo esto.

Azazel echa la cabeza hacia atrás con una risa sincera. Los otros archidemonios e invitados comienzan a relajarse y a animarse también. Poco a poco, las conversaciones vuelven a ser murmuradas y en voz baja, aunque la mayor parte de la atención sigue centrada en torno a nuestro extremo de la mesa.

—Michael le hizo algo a tu creador, eso lo has dicho con una convicción creíble —añado—. Y si él es el verdadero villano de la historia y has permitido que te empuje a esta oscuridad, al

menos puedes dejar que intente arreglar las cosas.

El humor de mi padre se desvanece.

—Aunque admiro tu valentía, no puedes ir contra Michael. Te he dejado divertirme hasta ahora. También te he visto florecer en mi arena. Pero Michael... Está tan por encima de tu nivel, querida... que ni siquiera lo verás venir. No te separé de Tueur para que te matara su padre, de todos modos.

—No podrás detenerla —replica Lucifer.

—¡Puedo intentarlo! —Azazel se desgañita.

—Y ella se escabullirá de donde sea que la encierres —insiste Lucifer—. Ella es una cabezota, al igual que tú. Es hora de que aceptes que no puedes proteger a Virga de Michael. La has hecho ganar algo de tiempo con tus artimañas, pero eso es todo. La chica está claramente decidida.

Me pongo de pie, con la furia ardiendo a través de mí mientras soy incapaz de quitarme de la cabeza la vulnerabilidad de Tueur. A pesar de todo su poder y su fuerza, está confiando en las personas equivocadas.

—¡Tueur me protegió cuando ni siquiera sabías dónde encontrarme! —me quejo, frunciendo el ceño a Azazel. —¡Me salvó! Más de una vez. Le debo al menos intentar devolverle el favor, independientemente de nuestro vínculo de alma. Además, Tueur no es su padre... No ha hecho nada malo.

—En eso tiene razón —concede Leviathan, ganándose un par de asentimientos de aprobación por parte de Mammon y Belphegor también.

Asmodeus me mira.

—¿Qué piensas hacer una vez que encuentres a Doumah? Suponiendo, por supuesto, que la encuentres.

—Oh, ella encontrará a Doumah —murmura Azazel, sacudiendo la cabeza en señal de derrota—. Si algo he aprendido de mi hija es que su persistencia carece de límites.

—Hablaré con ella —digo—. Intentaré que vuelva para que podamos pensar un plan contra Michael. Podemos exponérselo a todo el Reino de Plata. Si los otros ángeles ven que Doumah se levanta en oposición al tipo, tal vez otros se levanten también.

—Me temo que piensas demasiado en esos idiotas con plumas —responde Asmodeus.

—Y, pese a todo... Gabriel seguramente tendrá los oídos abiertos —conjetura Lucifer—. Después de lo que pasó con Raziel, la mayor parte del odio de Gabriel hacia mí disminuyó. Más de una vez, le he oído referirse a mí de una manera un poco más comprensiva.

Azazel me susurra al oído la breve historia de Raziel una vez que nota la mirada confusa de mi rostro.

—Raziel estaba en la Orden de la Luna con Lucifer, Michael, Gabriel, Ezequiel, Raphael y Doumah. Uno de los primeros arcángeles. Yo estaba con Asmodeus, Leviathan, Belphegor, Beelzebub, Mammon y Abaddon en la Orden del Sol. Cuando nos separamos y fuimos a la guerra por primera vez, las Órdenes se rompieron. Abaddon se pasó al lado de Michael, y Lucifer y Raziel se pasaron al nuestro. Michael no lo soportó, así que, durante uno de los enfrentamientos, fue directo a la cabeza de Raziel como forma de castigo a Lucifer...

—Vale la pena intentarlo —le digo a Lucifer—. Déjame intentarlo. Si no quieres...

—No pienses que somos cobardes —responde secamente el Príncipe de las Tinieblas—. Simplemente no puedo convencer a todo el Reino de Plata de su naturaleza engañosa. Lo he intentado. Durante eones, he tratado de explicar lo que sucedió. Desgraciadamente, lo único que todos recuerdan es que Michael y yo tuvimos una discusión sobre cómo había que dirigir el reino

en ausencia de nuestro padre. Me hicieron parecer tan mezquino...

—Y si intentamos un contacto pacífico ahora —añade Azazel—, Michael lo sabrá. Tiene un control férreo sobre el Reino de Plata, y no va a soltarlo pronto.

—Puede que no seamos santos, pero tampoco somos idiotas —responde Belphegor.

—Así que, la única razón por la que todos habéis estado bien aquí y habéis sido rechazados por el resto del mundo es por el alcance y los métodos de espionaje de Michael —concluyo.

Lucifer sonríe.

—Por eso tu participación no es una mala idea.

—Lucifer... —Azazel quiere persuadirlo, pero no puede.

Ya me he vendido como su mejor solución para cualquier cambio positivo en el futuro, así que vuelvo a sentarme y sonrío a la Estrella de la Mañana.

—Ayúdame a encontrar a Doumah.

—Puedo enseñarte dónde la vi por última vez —responde, y luego me toca suavemente la mejilla con una mano.

El efecto de su contacto es instantáneo. Arde en frío, provocando escalofríos sobre mi cuerpo. Tiemblo, pero no digo nada, cerrando los ojos mientras los escalofríos se extienden y me abrazan con fuerza, como una manta de nieve.

Es una sensación extraña, al igual que la dulce oscuridad que la acompaña.

Pronto me doy cuenta de que ya no soy yo misma.

Mirando hacia abajo, mis manos no son mías. Son de él... de Lucifer. Sus largos y elegantes dedos. Su piel nacarada. Veo mi reflejo en un charco a mis pies. Es su cara la que veo, su hermoso rostro enmarcado por una gruesa capucha de lana.

Soy Lucifer. Estoy en su mente...

QUINCE VIRGA

Estamos en la cima de una montaña.

Un alto pico en el reino humano, por lo que puedo ver. Hay una ventisca rugiendo y vistiéndolo todo de blanco.

Los pinos gigantescos bordean la cresta pedregosa hacia abajo. Los manantiales están congelados y quietos, serpientes de cristal se deslizan por la ladera de la montaña. Tengo frío. Incluso como Lucifer, la estrella de la mañana, siento el frío de este particular mediodía.

—Esto no es normal —digo, pero la voz de Lucifer resuena en mí. Estoy reviviendo este momento en su piel, y puede que me lleve un tiempo adaptarme a esta inesperada rareza—. Este pico siempre estuvo marcado por la primavera...

No hay nadie para responder, pero eso no hace que la observación sea menos importante. Algo ha cambiado aquí. Algo que nunca había cambiado, se ha desplazado, y ahora Lucifer se encuentra junto a uno de los arroyos congelados, asombrado por esta repentina y violenta helada. No se ve mucho más allá de esta montaña. La tormenta de invierno arremete con fuerza, mordiendo todo a su paso. Incluso los viejos pinos se doblan bajo su aliento, pero Lucifer no se mueve.

La naturaleza puede ser poderosa, pero la Estrella de la Mañana sigue siendo... la Estrella de la Mañana.

—Ahí estás —la voz de una mujer le hace girarse. Vemos a una criatura angelical subiendo por la cresta, con las mejillas rosadas y la escarcha cubriendo sus cejas ligeramente arqueadas. Lleva un rato aquí, pero sus ojos de ángel me dicen que no está incómoda. Simplemente se divierte—. Siento el retraso...

—¿Qué está pasando aquí? —Lucifer pregunta.

La conoce. Doumah. Esta tiene que ser Doumah y, por los propios Bosques Interminables, es realmente una criatura impresionante. Me quedo sin aliento y con la mirada fija cuando se acerca y se quita la nieve y el hielo de su abrigo de piel blanca. Una cadena dorada le cruza el pecho, a juego con las botas y las alas decorativas que adornan sus orejas rojizas. Bueno, al menos va vestida para la ocasión.

—Perdóname, he tenido que convocar esto —se excusa, señalando a nuestro alrededor con una sonrisa tímida—. Los subordinados de Michael me han estado siguiendo durante semanas. Ni siquiera puedo cagar sin que uno de ellos me mire. Es ridículo.

—Lo sabe —responde Lucifer.

Doumah sacude la cabeza.

—No. No me tendría cerca si lo supiera. Su ego no le permitiría perdonarme.

—No lo subestimes. ¿Cuántas veces tienes que aprender esto por las malas?

—Lucifer, estamos cerca. Estamos tan cerca, ¡pero él no tiene ni idea! —insiste ella, acercándose. Su sonrisa brilla con esperanza y la promesa de mejores días por delante. Es hermosa y contagiosa, y me siento tentada a esperar lo que sucederá a continuación... excepto que ya sé que ha desaparecido para no volver a ser vista. Me agarra suavemente de la barbilla y gira mi cabeza hacia el norte. Más allá de la espesa ventisca, veo un lago gigante que se extiende, un zafiro que brilla bajo la luz dorada del sol. —Ahí... Ahí es donde lo vimos por última vez.

—¿A padre?

—Sí. Me llevó una eternidad juntar las piezas —afirma Doumah—. Michael era espectacularmente bueno cubriendo sus huellas, pero su ego... Lucifer, su ego es demasiado grande para ser contenido. Demasiado grande para aceptar cualquier forma de humildad. No puede resistirse a presumir de una forma u otra. Se cree muy inteligente.

—Lo es.

—Pero no es el mejor de los nuestros —responde ella, con la calidez que desprenden sus ojos al mirar a Lucifer—. El Creador de Llaves lo sabía, y él también. Michael no es invencible.

—¿Qué hay del lago, entonces? ¿Qué sabemos de los acontecimientos que condujeron a la desaparición del Creador de Llaves?

—Estaban allí. Padre y Michael. Dos pastores los vieron. Esto fue antes de que se creara ninguna ciudad en la región. Solo había un puñado de aldeas divididas entre tres tribus, la mayoría de ellas de pastores y agricultores —explica Doumah—. Repasé la historia, estudié las leyendas locales, todos los documentos que pudieron llegar a mis manos, hasta que encontré un texto lo suficientemente antiguo como para pertenecer a esa época concreta, inscrito en una tabla de arcilla.

—¿Funcionó la magia de rastreo?

Doumah sonríe encantada.

—Mammon es un genio con este tipo de magia. Sí. Así es como pude encontrar este lugar, para empezar.

—¿Qué has visto? —Lucifer pregunta— Me imagino que Michael y padre discutiendo habrían dejado alguna forma de trauma en este lado del reino. La tierra recuerda.

Asiente con la cabeza.

—Sin embargo, se está curando, así que no se pudo ver mucho. Capté un par de siluetas, algunas palabras de ira lanzadas de un lado a otro. Pero no es suficiente.

—¡Tiene que serlo!

—No. Necesito más, y necesito a Michael allí conmigo. Su recuerdo del evento ayudará a agudizar la imagen que he estado estudiando. Así es como funciona la magia del recuerdo —añade.

Lucifer no quiere ni oírlo.

—En ninguna circunstancia traigas a Michael aquí. ¡Él sabrá lo que estás tramando antes de que puedas llevarlo a la orilla del lago! ¡Te destruirá!

—No puede destruirme. Recuerda —responde ella, acunando el suave bulto que tiene debajo de los pechos. No me había dado cuenta, dado el grueso abrigo de pieles blancas con el que está cubierta, pero ahora lo veo. Doumah está embarazada. —Llevo la cosa más preciosa del universo.

Una punzada de celos me atraviesa. A través de Lucifer. Oh...

—No puedo... No, Doumah, no puedes arriesgarte —la intenta convencer—. Prométeme que encontrarás otra manera. Busca a Gabriel, haz que profundice en los archivos de la Ciudad Blanca. Debe haber un hechizo, un encantamiento, algo que pueda ayudarnos a agudizar y proyectar esa memoria sin Michael.

—Ambos sabemos que el universo no nos lo pondrá nada fácil.

—Doumah...

—Tendré cuidado, lo prometo —responde, y luego da un par de pasos hacia atrás—. Hemos llegado hasta aquí, Lucifer. Lo atraparemos.

Asiente lentamente con la cabeza.

—Solo... ya sabes lo que quiero decir.

—Michael ni siquiera sabrá qué lo golpeó. Se restablecerá el orden. —Doumah frunce ligeramente el ceño. —Solo asegúrate de que ninguno de tus demonios esté cerca mientras inspecciono el lago. Ese lugar ha sido un hervidero de actividad demoníaca últimamente. Lo último que necesito es que me capturen y me arrastren hacia ti como una traidora...

Ah, sí. Lucifer me acaba de decir antes, delante de los príncipes y los altos demonios, que Doumah era su aliada hasta que fue tachada de mentirosa.

¿Significa esto que fue una treta?

¿También una mentira?

¿Ha estado Lucifer mintiendo a su gente?

No tiene sentido. Me falta algo aquí. Algo importante.

—Sigo pensando que deberíamos decírselo a los demás —dice Lucifer—. Azazel, Asmodeus, ellos serán los primeros en apoyarte. Tú lo sabes.

—No. Michael me delató como traidora —responde Doumah—. Déjale pensar que ha ganado. Que piense que ha abierto una brecha lo suficientemente grande entre nosotros. Cuanto más relajado esté, mejor podré joderle cuando llegue el momento. Solo odio que me haya puesto a su nivel...

Lucifer duda, pero sabe que es la mejor manera. Puedo oír sus pensamientos arremolinándose en mi cabeza, su flujo de conciencia ahogándose mientras lucha con sus propias emociones e inseguridades.

El amor me quema, el amor, el miedo y la duda, pero una mirada a Doumah hace que todo sea mejor y peor al mismo tiempo. Es un sentimiento extraño que solo crece en intensidad cuando ella se va.

Ella promete que tendrá cuidado, pero Lucifer sabe que esto no terminará bien. Sin embargo, tiene que intentarlo. Esto es lo más cerca que cualquiera de ellos ha estado de desenmascarar al imbécil de Michael y revelarlo como el mentiroso y el asesino que realmente es.

Una mano me agarra la garganta, apretando con fuerza. Estoy a punto de gritar, temiendo una emboscada, hasta que la voz de Lucifer retumba en mi cabeza mientras la ventisca derrite todo el recuerdo.

—No cuentes a nadie lo que has oído de Doumah —advierte.

—Lucifer... —grazno, tratando de hablar mientras araño las paredes crecientes de mi propia conciencia. No sé cómo lo hace, pero estoy a su merced.

—Algunos de mi corte suprema le pasa a Michael información —explica Lucifer—. No he podido quitarlos de mi mesa porque Michael simplemente los reemplazará. Prefiero compartir el pan con los espías que conozco.

Ahora está oscuro y hace frío.

En algún lugar del fondo, los sonidos de la fiesta vuelven gradualmente y el agarre de Lucifer

en mi garganta se afloja.

—Solo recuerdan a Doumah como una traidora. No pueden saber que planeamos algo más allá de esto. Michael puede haberla hecho desaparecer, pero existe la posibilidad de que Doumah siga trabajando contra él. Llámame tonto, si quieres, pero no la conoces como yo la conozco...

—Yo... te creo...

—Bien. Nadie necesita saber a dónde vas.

—¿Mi padre?

—Nadie, Virga. Esto es importante. Si Doumah sigue en su misión, no podemos arriesgarnos a arruinarlo todo. Ella es la única que se ha acercado tanto.

Mis ojos se abren. El festín es ruidoso y colorido y rebosa de fragancias especiadas. Lucifer me sirve otro vaso de agua de rosas con gas. No se me permite el vino, dada mi... condición.

Es como si acabara de despertar de un largo sueño. Ni siquiera sentí que la mano de Lucifer abandonara mi cara.

Estoy de vuelta y despierta.

—Dejando todo eso de lado, no puedes irte todavía —comenta la Estrella de la Mañana.

—¿Por qué no?

—Todavía tenemos la ceremonia de coronación, durante la cual se te dará un dominio de tu elección —responde Lucifer—. Es la tradición.

—Que le den a tus tradiciones —contesto tajantemente. Ya es bastante malo que hayamos estado conversando bajo la mirada de uno de los espías de Michael, y es aún peor que esté llevando a cabo esta misión con una cola... ¿por qué me hacen pasar por estos movimientos inútiles, ahora? Tengo cosas más importantes que hacer.

Lucifer se inclina hacia mí.

—Necesito la ceremonia para despistar a tus posibles perseguidores. Necesito tiempo para plantar las semillas y difundir los susurros y rumores adecuados.

—Así que, cuando me vaya de verdad, se irán a otro sitio —susurro, y él asiente una vez—. Muy bien, entonces, parece que me equivoqué en algunas cosas —digo, lo suficientemente alto como para que todos lo oigan—. Estoy deseando que llegue la ceremonia de coronación. Sobre todo, espero con ansias tomar mi propio dominio en este reino.

Los vasos y las copas tintinean. Los aplausos se extienden por la mesa. Asentimientos de aprobación, palabras de elogio y sonrisas de admiración brillan durante el resto de la velada mientras me siento y me preparo para el resto de esta farsa. Mientras tanto, sé que mi padre tiene preguntas.

Me mira con curiosidad.

—¿Y? ¿Qué has visto?

—Lo suficiente para saber a dónde ir ahora —le digo, armado con todo el conocimiento de Lucifer de ese momento en particular. A mi padre le gustaría saber más, pero se da cuenta por mi tono de que no voy a compartir más información.

No me gusta dejarlo fuera de juego, pero Lucifer hizo un buen punto.

Cuanta menos gente sepa a dónde voy, más fácil será localizar a Doumah.

Puedo perder una cola si es necesario. Puedo esconderme y moverme entre las sombras, sin ser vista ni oída. Puedo hacer prácticamente cualquier cosa, siempre que me acerque a Doumah y a la verdad.

DIECISÉIS TUEUR

—Esto es extraño —digo, mientras pongo el pie en una llanura carbonizada del Mundo Oscuro.

Sin embargo, las llaves de mi caja de huesos no mienten. He escuchado sus zumbidos colectivos. He seguido su tirón en las cuerdas de mi corazón, su tirón cada vez más persistente hasta que llegué... aquí. Aquí, de todos los lugares.

El cielo sobre mí es de color rojo sangre y está salpicado de nubes negras. Los truenos retumban en la distancia. Se está gestando una tormenta en algún lugar. Sin embargo, en estos lugares, el aire es tan cálido y seco como lo recuerdo.

Los tocones carbonizados se desmoronan bajo mis botas mientras camino por el campo.

Algo solía crecer aquí. Un huerto, quizás. ¿Qué podría crecer en este extraño mundo? E incluso si algo lograra florecer en esta adversidad abrasadora, ¿por qué alguien lo quemaría hasta los cimientos?

Espera, ¿qué estoy haciendo, cuestionando la voluntad de los demonios?

Sacudiendo la cabeza lentamente, me recuerdo a mí mismo las criaturas con las que voy a tratar.

Puede que los demonios desciendan de los ángeles, pero apenas conservan nada de su antiguo ser. Azazel era un ejemplo sorprendente, por no hablar de Leviathan. Este lugar hace algo a los que lo llaman hogar. Los cuernos, la rabia, los cambios metabólicos... todo es prueba de que el Mundo Oscuro es tóxico, es un lugar de miseria y castigo. No es de extrañar que los demonios sigan intentando salir de aquí.

—Doumah no puede estar aquí —murmuro.

Pero las llaves no mienten. Al menos estoy preparado para cualquier cosa, con mi armadura de acero y oro y mi capa de seda negra. El yelmo oculta lo suficiente mi rostro como para permitirme pasar por casi cualquier cosa: un demonio mejor vestido, un ángel de nivel inferior, un caballero de los setos del mundo humano... Al fin y al cabo, necesito poder pasar desapercibido sin ser vulnerable a los ataques.

Sosteniendo la caja de huesos en una mano, escucho atentamente sus zumbidos. Si me dirijo al oeste, se vuelve silencioso y quieto. Si me dirijo al este, todo vibra. Las llaves están percibiendo a uno de los suyos, y sería tonto si no las siguiera, así que voy hacia el este. Poco a poco, se me unen demonios más pequeños por el camino. A ambos lados, las arenas rojas dominan el paisaje, el ocasional río de lava que fluye como un cristal se arremolina y se retuerce a lo largo de las orillas de color ámbar. Hace calor, y estoy sudando y cociéndome poco a poco

dentro de mi armadura, pero no puedo despojarme de ninguna de mis capas. Nadie verá con buenos ojos que un Nephil ande por ahí como si nada.

Poco a poco, hay enjambres de demonios que se mueven en la misma dirección. Vamos a alguna parte, seguro, y pierdo mi identidad en la multitud mientras escucho todos los intercambios que puedo captar al alcance de mi oído. Parece que se ha celebrado un torneo y están a punto de coronar al nuevo Campeón de los Huesos. Por lo que he oído, siempre es una ocasión especial, pero este año es realmente excepcional.

—La hija de Azazel es la Campeona de los Huesos —le comenta un diablillo a otro, cada uno con un saco de cuero lleno de piedras preciosas—. Si tenemos suerte, se nos permitirá ofrecer nuestras piedras a la venta.

—Siempre que le gusten estos cristales de colores —añade el compañero—. Nunca he entendido mucho estas cosas...

—Son bonitas —responde el primer diablillo, sacando una amatista tan grande como mi puño. La sostiene bajo la luz carmesí mientras camina, continuamente fascinado por el juego de refracciones de la luz que baila sobre su rostro lleno de cicatrices.

—He oído que eliminó a Karallax con una explosión de ángeles —dice el segundo diablillo.

Cuanto más escucho, más desconcertado estoy. ¿Es Virga de la que hablan?

—Pero no es un ángel —responde el primero, negando con la cabeza—. Debes haber oído mal.

—Tal vez.

—Ya sabes que a esos cabrones del mercado del alquitrán les gusta hablar con el culo.

—Es cierto...

—¿Ahí es donde vais? —pregunto, manteniendo una voz ronca para imitar a los que nos rodean. Los dos diablillos me miran con el ceño fruncido y entrecerrando sus ojos amarillos.

—Va a haber una ceremonia masiva —responde el segundo diablillo—. Es una buena oportunidad para vender cosas. ¿No vas a hacer lo mismo?

—¿Qué tiene en venta? —dice el primero, señalándome con la cabeza—. ¿No ves que esa armadura es todo lo que tiene? El novato probablemente está buscando ofrecer sus servicios a uno de los príncipes o a sus generales, ¿no?

Ofrezco un encogimiento de hombros.

—Lo que sea que funcione.

Siguen hablando y yo escucho con atención.

Mucho de lo que comparten es información de otras personas, troceada y distorsionada en consecuencia. No importa. La esencia es más o menos la misma.

Mis llaves me llevan de vuelta a Virga, aunque esperaba llegar primero a Doumah. Por otro lado, juntar la llave de Virga con las otras probablemente amplificará su poder colectivo. Podría hacer que encontrar a Doumah sea más fácil.

Pero estoy nervioso.

Melisse también tenía razón en estar nerviosa, aunque desestimé su preocupación. ¿Y si Michael se da cuenta? ¿Y si los mundos vuelven a desequilibrarse y los portales comienzan a abrirse al azar, una vez más? Tendré la ira del Reino de Plata cayendo sobre mí, y habré puesto a Virga en peligro también. Sin embargo, no puedo volver atrás. Cada fibra de mi cuerpo me dice que debo hacerlo. Mi instinto me empuja hacia ella.

Debe haber un sentido en esta locura.

Cuando llego al magnífico castillo de Lucifer, comprendo por qué tenía que ocurrir esto. Incluso sin verla, sé que estamos cerca. La siento, y ella me siente a mí.

Mi corazón se acelera, doliendo dulcemente mientras mido cada latido y respiro profundamente. El amor me llena hasta el tope y me recorre la nuca.

Sí... Virga está definitivamente en algún lugar cerca de mí.

Pero por un breve momento, me permito asombrarme por el tamaño y la belleza de la residencia oficial de Lucifer.

Esculpido en una montaña de obsidiana, el castillo es un esplendoroso conjunto de altas torres con tejados de acero puntiagudos como agujas que perforan el cielo rojo. Sus ventanas están encendidas y son de color naranja intenso, mientras que mil escalones de piedra negra se desenvuelven desde las puertas delanteras hasta el final de la calle principal.

Aquí fuera se reúne la plebe. Solo a unos pocos seleccionados se les permitirá la entrada, y me aseguraré de ser uno de ellos.

Mientras las nubes negras se ciernen sobre mí y los vientos del sur se levantan en previsión de la tormenta que se avecina, sé que este lugar está a punto de ser azotado por la naturaleza más violenta. Es mejor que esté dentro.

Poco a poco, me abro paso entre la multitud, pasando casi desapercibido. De vez en cuando es necesario un empujón, pero al final me abro paso hacia el frente.

—Tú, ven aquí —dice un enorme demonio de hombros anchos con una armadura de nácar y plata a una de las criaturas que están a mi lado.

Hay algo extraño en este tipo, me recuerda más al Reino de Plata que al Mundo Oscuro. La mayoría de los demonios con los que he tenido que lidiar prefieren el cuero y el acero batido. Debe ser una ocasión realmente especial esta coronación del campeón. Sin embargo, estoy orgulloso de Virga. Haber llegado tan alto en la cadena alimenticia en tan poco tiempo... Maldita sea, mi mujer es digna de convertirse en reina, algún día.

El demonio con armadura de lujo mide al tipo al que acaba de llamar de pies a cabeza.

—¿Qué vendes? —le pregunta.

—Nada, señor, solo he venido a ver la ceremonia de coronación. Tal vez el nuevo dominio necesite sirvientes —responde el flaco demonio. Sin embargo, va mejor vestido que la mayoría, con terciopelo negro y cuero, con hombreras de acero y una delgada espada colgada del cinturón.

—No se aceptan armas en el banquete —afirma el guardia, mirando la hoja.

El flaco no se opone. Se quita la espada del cinturón y se la entrega.

—Puedes entrar —concluye el guardia.

Nadie más se atreve a pasar por encima de este tipo enorme. Me doy cuenta de que se le tiene cierto respeto. Hay otros aquí conmigo en esta multitud que son lo suficientemente grandes como para enfrentarse al tipo, si es necesario. Pero eso es todo. No es necesario.

En este oscuro lugar, el caos y el orden coexisten de alguna manera, y los mestizos se quedan quietos mientras esperan ser notados, evaluados y aceptados en el palacio de Lucifer.

Por supuesto. Este es Lucifer. El primero de ellos. Su líder supremo.

Yo tampoco querría cruzarme con él.

Unos cuantos cazarrecompensas más acceden mientras yo me mantengo firme en mi sitio, sin permitir que nadie se me adelante. El elegante guardia con armadura parece estar de acuerdo en que el nuevo dominio requerirá guardias para protegerlo, y por eso permite la entrada de estos desalmados.

Caballeros de la cobertura, cazarrecompensas, soldados pícaros, siempre están buscando algo mejor, alguien que valga la pena, tal vez. Dado que es la hija de Azazel la que toma la corona de huesos, he oído que hay más interés en su dominio que en el de cualquier otro antes de ella.

—Se rumorea que también puede hacerse cargo de los dominios de Karallax, si lo desea —le

cuenta uno de los demonios detrás de mí a otro.

—Si ella los quiere. Puedes decir eso otra vez.

—¿Por qué no lo haría? Son terrenos de primera y ya tienen personal.

—Ni siquiera la conocemos —responde el segundo demonio—. El Príncipe Azazel acaba de traerla. ¿Qué garantía tenemos de que se quede?

—¿Sabes cómo es ella?

—No.

—Entonces cierra la boca. Espera a que la veamos, espera a que quizás tengamos la suerte de inclinarnos ante ella, y luego comenta si crees que se va a quedar o no. ¡¿Desde cuándo te has vuelto tan negativo, Pius?!

No puedo evitar reírme suavemente. Los demonios nunca me parecieron... profundos y, sin embargo, aquí estoy, colándome en una sociedad claramente desarrollada y ordenada. Nunca había estado tan cerca del enemigo. Si me revelo ahora, podría matar a mil demonios de una sola vez y complacer a mi padre. Obtendría acceso al Reino de Plata. Sin embargo, mi corazón no está pensando en ello. Mi mente ha estado cambiando. No estoy seguro de lo que será de mí, pero sé que mi objetivo aquí es llegar a Virga.

Para recuperar la llave y luego encontrar la de Doumah.

—Tú. Alto —dice el guardia, mirando finalmente hacia mí—. ¿Cuál es tu problema?

—Vamos, Demos, ¡tienes que dejarnos entrar! —se queja uno de los demonios— ¡Tengo vinos raros y esquejes de rosas doradas con raíces viables creciendo! La princesa de los huesos los apreciará.

—¡Cállate! —ladra el guardia— Me ocuparé de ti más tarde. Esperar vuestro turno. —Se vuelve hacia mí de nuevo. —Habla.

—Vengo a ofrecer mis servicios a la princesa de los huesos —digo, imitando cuidadosamente la entonación de los anteriores. La gente del Mundo Oscuro pone sus acentos de forma diferente al hablar—. Soy un guerrero y un guardaespaldas muy hábil con todas las armas conocidas por el hombre, el demonio y el ángel.

Me mira con atención, aunque definitivamente estoy sudando bajo mi armadura. He dicho la verdad. Una mentira sincera debería valer más en este reino. Tal vez solo estoy siendo optimista. Tal vez esté a punto de llamarme la atención y...

—Puedes entrar —responde el guardia y se aparta—. Pero deja el arma.

Normalmente, me opondría. Le tengo bastante cariño a mi espada.

Sin embargo, sin dudarlo, se la entrego, paso por delante de él y subo los escalones de obsidiana, con los ojos bastante abiertos y quizás incluso sorprendido por lo fácil que ha sido. ¿Es tan fácil infiltrarse en el palacio de Lucifer? No puede serlo. Pese a eso, me estoy acercando a las puertas principales, ahora, y no hay un solo demonio que salga a matarme. El guardia de atrás simplemente... se creyó mi historia y me dejó entrar. Esto es una locura.

Minutos después, estoy en lo alto de la escalera, respirando profundamente. Aquí arriba, el aire es un poco más fresco y limpio. Supongo que hay alguna magia de purificación, a juzgar por las runas demoníacas grabadas en la base de los muros del castillo. Reconozco algunos de los símbolos. Hay un fuerte trabajo de hechizos dentro y alrededor de esta espléndida estructura. ¿Por qué me sorprende? Lucifer desearía proteger su dominio, el centro de su dominio.

Cada vez estoy más cerca de Virga. Puedo sentirla. Mi alma canta suavemente. Mi corazón late más fuerte.

Tengo una misión, pero sé que me derrumbaré cuando la vea. Todos los músculos de mi cuerpo se agitan ansiosamente ante la idea de volver a tenerla en mis brazos. Pero no puedo

hacerlo. No puedo dejar que nadie sepa quién soy.

Si Lucifer me atrapa, el hijo de Michael... estaré acabado. Está claro que tendré que llegar a Virga de otra manera. Discretamente. Es más fácil de decir que de hacer, me doy cuenta, ya que las puertas se abren para los que se nos ha permitido el acceso.

En el interior, enormes braseros arden con fuerza, con llamas anaranjadas lamiendo el techo de cristal negro. Veo mi reflejo mientras atravieso la zona de recepción, donde docenas de súcubos seductores bailan y agitan sus velos, creando un caleidoscopio casi hipnótico de rojo, oro y plata. Huele a rosas y vainilla, a naranjas recién cortadas y a lirios en flor. Cuanto más me adentro en este castillo, más me asombra su belleza, su inquietante belleza.

Les importan muy poco las costumbres mojigatas de los humanos civilizados, por ejemplo. ¿Por qué habrían de hacerlo? Son demonios. Follan, matan y comen lo que les apetece.

En este reino, no hay castigo por ser... un demonio.

Paso junto a verdaderas orgías y súcubos que golpean la carne gritando de placer y pidiendo que los follen con más fuerza y profundidad que nunca. Algunos de los demonios más humildes con los que he venido caen presa de estos esfuerzos y se unen a ellos.

El comerciante de rosas de oro es decapitado por un enorme soldado después de que intentara convertir un trío en un cuarteto. Dejo su cadáver a un lado y me quedo con los otros novatos, haciendo lo posible por ignorar el desierto sexual que se ha extendido por toda esta ala del castillo. Los tambores suenan salvajemente, coaccionando un ritmo de movimientos. En cierto sentido, puedo ver el atractivo erótico. Virga y yo probablemente encajaríamos muy bien aquí.

Mi polla crece al imaginarla debajo de mí. Me sacudo el pensamiento y me concentro en el pasillo que se abre delante.

Una segunda capa del castillo de Lucifer, supongo. Sin embargo, carece de la oscuridad de obsidiana negra y la lascivia de sus huéspedes demoníacos. Aquí, las paredes están revestidas de nácar en estilo de mosaico, con estructuras de oro macizo y lámparas colgantes.

Aquí sirven comidas exóticas mientras los íncubos vestidos de seda blanca tocan arpas y otros instrumentos de acompañamiento. Es un contraste extraño, pero creo que soy capaz de apreciar el sutil mensaje de Lucifer una vez que veo a algunos de los demonios follando sin sentido detrás de las mesas del bufé.

—Ah, creo que ahora lo entiendo —se ríe uno de mis compañeros demonios—. Ese fue nuestro reino por el que caminamos allá atrás, o como lo describen los ángeles, y ahora estamos en su tierra. Los malditos hipócritas...

—Somos más guapos, ¿ves? —señala otro demonio a los íncubos músicos, que sonríen a todos los invitados con una mezcla de asco y excitación a partes iguales.

Este es un lugar extraño para estar. Debo llegar hasta el corazón del castillo, donde sé que encontraré a Virga. Mi corazón me lo dice, una y otra vez. Está tan cerca que casi puedo sentir su aliento en mi piel.

—Sí, los ángeles están llenos de mierda brillante —concluye el primer demonio.

Ahora se ríen y se burlan del Reino de Plata. Debería estar más ofendido, pero siempre he tenido los pies en diferentes mundos. ¿Por qué debería sufrir una lesión por un mundo que, para empezar, no me quiere?

La sala blanca no es nuestro destino final. Nos llevan a una tercera sala, un enorme espacio en forma de cúpula con paredes de piedra negra y columnas doradas, cuyo techo está pintado con una vibrante representación de la primera guerra entre demonios y ángeles. Pronto me doy cuenta de que es una obra de arte excepcional, con representaciones veraces de los Siete Príncipes y de los demás ángeles implicados. Ahí está Michael, mi padre, con su espada

flamígera atravesando a Raziel, una vez señalado como traidor del Reino de Plata.

¿Por qué me ahogo en tantas dudas, ahora que he entrado en la casa de Lucifer?

No es este lugar.

No, he estado cargando con la duda durante un tiempo. No ha hecho más que agravarse, y mi desconfianza hacia Michael la ha agravado, sobre todo después de que forzara mi separación de Virga. Hay un sentido y una razón para mi infelicidad, y duele aún más aceptar que vino de la mano de un padre en el que no puedo confiar ni lo más mínimo

—Vaya... —murmura un demonio a mi lado.

Nos encontramos rodeados de soldados armados. Todos llevan el color de Lucifer: laca negra sobre acero negro, con seda roja cayendo en cascada de sus hombros y espadas iridiscentes que brillan como diamantes bajo la cálida luz de arriba.

No me gusta esto.

El aire se siente... diferente, de repente. La forma en que nos miran me pone de los nervios.

Estaría mucho más seguro si tuviera mi espada.

Un enorme demonio aparece, colándose entre los soldados. Lo reconozco casi al instante, con su pelo azul plateado peinado con esmero bajo una corona principesca de plata y zafiro y sus ojos azul metálico centelleando mientras nos mide a cada uno de la cabeza a los pies.

El terciopelo azul oscuro de su túnica, con las mangas y el dobladillo bordados en plata, no lo hace tan amenazante como quisiera, pero su voz sigue resonando.

—¿Son estos los novatos? —pregunta. Los soldados que le rodean asienten— Un grupo interesante —añade, ligeramente divertido—. ¿Qué os hace pensar a alguno de vosotros que sois lo suficientemente buenos como para merecer el favor de mi hija, eh?

Puede que tenga la respuesta a esa pregunta, pero mi propósito es acercarme a Virga. No confío en su padre. Es el maldito Archidemonio Azazel, un enemigo mortal mío y de mi gente. ¿Por qué me estoy tambaleando así? ¿Dónde está mi lealtad, al final? No confío en los demonios y estoy resentido con los ángeles. Amo a Virga, pero mataría a su padre si tuviera la oportunidad. Peor aún, temo que Michael sea más de lo que me ha dicho, y no en el buen sentido.

Antes de que pueda apartar la mirada, los ojos de Azazel encuentran los míos a través de mi casco.

Mierda.

Sonríe.

—Mira eso.

Mi primer instinto es retroceder y hacer lo posible por desaparecer entre la multitud, pero los soldados de Lucifer son soldados de Lucifer por una razón. Son rápidos e imposibles de derribar, al menos no por un Nephil bien entrenado. Soy inútil contra todos ellos a la vez. Me agarran y Azazel me arranca el yelmo, arañándome la oreja en el proceso. Siento la sangre caliente que baja por mi cuello y se filtra en mi camiseta.

—Ah. Cuánto tiempo sin vernos —exclama el príncipe, con una sonrisa pícara.

Los soldados están a punto de hacerme pedazos mientras mis anteriores compañeros dan todos los pasos atrás que pueden sin para evitar morir: nadie quiere estar cerca de mí. Soy jodidamente tóxico, de repente. Una espada se acerca a mi garganta. Apenas noto mi pulso.

—No, no, Lucifer lo querrá vivo —advierte Azazel—. E ileso.

Con esa directiva, son libres de maltratarme todo lo que quieran, pero solo hasta cierto punto. Bueno, al menos tienen límites.

En cualquier caso, estoy jodido de seis maneras a partir del domingo. Todo mi plan de llegar discretamente a Virga y recuperar la llave se ha convertido en humo y llamas, un final típico para

cualquier cosa dentro del Mundo Oscuro.

—¿Qué estáis planeando? —le pregunto a Azazel mientras se adelanta a mí y a mis captores. Por extraño que parezca, me había sentido más seguro allí con los humildes demonios.

—Oh, chico. Deberías haberte quedado fuera de este lugar —responde secamente Azazel.

—Tú y yo sabemos que no podía.

—Y ahora, podrías morir por ello.

Es la mirada que me lanza por encima del hombro la que me hace entender el mensaje. No hay piedad en sus ojos. No hay calidez en su tono. Nada en absoluto que pueda indicar la más mínima simpatía hacia mí.

No importa que sea el alma gemela de su hija.

No me importa en absoluto.

Lo que importa es que soy el hijo de Michael.

Y es a Michael a quien más desean perjudicar.

Lucifer va a hacer su agosto conmigo, y por primera vez en mucho tiempo... creo que tengo miedo.

DIECISIETE VIRGA

No suelo ser fan de las ceremonias.

La última a la que asistí terminó conmigo ardiendo en una pira. Dondequiera que haya ido el alma de Elliott, espero que esté sofocado en llamas y miseria. Soy incapaz de convocar ninguna empatía por ese cabrón. No después de todo el sufrimiento que soporté. No después de lo que le hizo a mi manada.

Al menos aquí... soy apreciada y bienvenida.

Llevo la enorme corona de huesos dorados con orgullo mientras me siento en la mesa a la derecha de Lucifer, junto a los demás príncipes. Vi a mi padre irse hace unos momentos. Me sentiré mejor cuando vuelva.

—Estás maravillosa —dice Lucifer, sonriendo con su túnica blanca como el diamante y su corona real a juego, que captura la luz y la refracta en innumerables copos de colores por toda la habitación.

—A decir verdad, no soy nada comparado contigo —reconozco.

Mi vestido de seda azul oscuro es una obra de arte, es cierto, con bordados de hilo de plata que cubren las mangas y la mitad inferior del corpiño, mientras que las perlas y los diamantes adornan el dobladillo y el profundo escote en V que deja al descubierto mi suave piel blanca.

Resplandezco bajo las luces nocturnas del salón de fiestas, y la corona de hueso dorada que llevo en la cabeza me hace destacar. Sin embargo, me siento fuera de lugar.

Me falta algo.

O tal vez alguien.

—La belleza suele estar en los ojos del que mira —me piropea Lucifer, sonriendo—. Eso, querida, me dice que me has cogido cariño, si no, me verías como el monstruo que todos dicen que soy.

Me encojo de hombros.

—Yo fui una vez un esclava y un bicho raro entre mi gente. Entiendo lo que es ser incomprendido.

—Pero yo soy un monstruo —responde—. Solo que no del tipo que me pintaron.

—Y yo un bicho raro, solo que no del tipo de bicho raro que quemaron vivo por serlo.

Me mira fijamente durante un segundo.

—Nunca me gustaron los humanos. Los habría quemado a todos hace mucho tiempo. Es parte de por qué Michael y yo discutimos, irónicamente.

—¿Querías destruir el reino terrenal?

—O, al menos, reorganizarlo y sacarlos de la cadena alimenticia.

—Tal vez eso hubiera funcionado. Pero ¿por qué castigar a todo un mundo por los pecados de unos pocos?

—¿Crees que solo algunos de ellos están podridos hasta la médula? —pregunta Lucifer, y luego sacude la cabeza lentamente— Todos están sucios por dentro. Todos tienen secretos y deseos asesinos. Y todos se volverán contra ti si les conviene. Por eso les gustaban tanto a los ángeles. Las similitudes exigían una respuesta emocional.

Estoy a punto de discrepar de él, pero una repentina conmoción hace que todo el festín se detenga cuando Azazel regresa a la sala en compañía de una docena de soldados luciferinos y...

—Tueur —susurro, reconociendo al hombre que amo, mi alma gemela, mi salvador, mi... mi todo. Incapaz de controlarme, me incorporo como si una sacudida de electricidad me recorriera, como si acabara de tragar luz— ¡Tueur! —grito.

Lucifer me agarra de la muñeca y me obliga a ponerme a su lado. El apretón es dominante. Si no respeto la orden tácita, me aplastará. No hay duda de ello.

—Mantén la calma —dice, con los ojos puestos en Tueur mientras Azazel hace que lo traigan hacia nosotros.

Los ojos de mi amante se iluminan de blanco como las estrellas del atardecer cuando me ve.

Nuestros corazones parpadean al unísono agríndice.

—Por favor, Lucifer —suplico, las palabras se enredan en mi garganta.

Pero no me suelta la mano. Tueur también lo nota, su mirada se oscurece mientras las gotas de sudor se deslizan por sus sienes. Hay furia en él, que arde más que cualquier fuego o sol en cualquiera de los reinos existentes.

—Vamos a ver de qué está hecho tu preciado Nephil —responde Lucifer y me suelta. Sabe que no me voy a ir de su lado.

No puedo arriesgarme a que Tueur salga herido aquí.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto— Se supone que debemos estar separados, o si no los mundos...

—Necesitaba algo —explica Tueur—. No es así como quería que nos encontráramos de nuevo.

Azazel lo agarra por la nuca y lo arrastra lejos de los soldados luciferinos.

—¡Por favor, no le hagas daño! —grito, con los ojos escocidos por un repentino diluvio de lágrimas. Estoy feliz, aterrorizada, esperanzada y desesperada, incapaz de respirar correctamente mientras mi padre tiene bien agarrada a mi alma gemela. Mi alma gemela. Oh, mi corazón. Tengo que recomponerlo. —Por favor...

—Relájate, Virga —dice Azazel—. Solo estamos aquí para hablar, ¿verdad?

—Todos sabemos que eso no es... —Belphegor está a punto de contradecirle, pero Asmodeus la hace callar.

—Bienvenido a mi casa —le dice Lucifer a Tueur—. Me disculpo por tus circunstancias actuales, no solemos confiar en los ángeles por estos lares, me temo.

—Por suerte para ti, no soy un ángel completo —responde Tueur, manteniendo la calma.

Haría cualquier cosa por rodearle con mis brazos y estrecharle contra mi pecho, para que nuestros corazones latiesen juntos como uno solo. Llevo tanto tiempo alejada de mi ritmo que me sorprende no haberme marchitado sin él.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunta Lucifer, paseando despreocupadamente por el pasillo mientras se acerca lentamente a Tueur y Azazel.

Mis instintos se disparan, pero no puedo intervenir. No debería tener tanto miedo, lo sé, pero esto sigue siendo el Mundo Oscuro, y Tueur sigue siendo el hijo del enemigo. Hay una ventaja estratégica en capturarlo. Solo puedo esperar que ahí terminen las intenciones de los demonios.

—Necesito hablar con Virga —responde Tueur—. Idealmente a solas.

—Te has arriesgado mucho por una simple charla —dice Lucifer.

—Es una conversación importante.

—Pero tu padre fue claro cuando dijo que el hecho de que vosotros dos os juntéis desordena los mundos. ¿No tienes miedo de causar más daño de esta manera?

—Es una conversación corta pero importante.

Está claro que no tiene intención de desvelar el asunto de la conversación aquí, y eso hace que Lucifer se ría.

—No te pareces en nada a tu padre, lo reconozco. Es probablemente por lo que me costaría matarte, en primer lugar.

—Lucifer...

—Relájate, querida sobrina —me dice—. Por respeto a ti, perdonaré a esta criatura, pero solo porque los dos servís mejor juntos que separados.

Está refiriéndose a Doumah y a la verdad sobre la traición de Michael. Tueur, sin embargo, no está al tanto, y su confusión es más que comprensible en estas circunstancias.

—¿De qué estás hablando?

Lucifer mira alrededor de la gran sala de fiestas.

—Necesito que todos se vayan. Los príncipes pueden quedarse.

No lo volveré a decir.

Con la velocidad del rayo, los altos demonios y los mestizos salen de la sala y se deslizan a través de los estrechos arcos esculpidos, pasando por debajo de los dragones de obsidiana y de los amenazantes guardianes antiguos de los salones de Lucifer, monstruos congelados en el tiempo cuyos ojos de cristal negro aún brillan bajo los braseros, prometiendo cobrar vida si alguien se atreve a levantar sus armas contra el Príncipe de las Tinieblas.

En pocos minutos, estamos solos. Me quedo con Lucifer, Tueur y los príncipes, todos mantienen la vista en el Nephil, que lo observan de cerca y con curiosidad.

No lo odian, pronto me doy cuenta. Están... fascinados.

—Azazel, has estado cerca del chico un par de veces, ¿verdad? —dice Mammon.

—Ajá.

—¿Y nunca te diste cuenta?

—¿Darle cuenta de qué, Mammon?

Esto llama la atención de Lucifer, que sigue la mirada del príncipe y contempla a Tueur con renovado interés. Poco a poco, una sonrisa se extiende por sus labios, sus ojos negros se estrechan hasta convertirse en rendijas.

—Oh, querido... Ya sabes, Mammon, tu instinto es único entre nosotros. No esperes que veamos el trabajo de los hechizos que tus ojos captan antes que nadie. Pero entiendo lo que dices... es interesante.

—A veces podéis ser muy confusos —murmuro.

Tueur está igual de perdido.

—Entonces, aclárame algo. ¿Me voy a morir hoy o no?

—Querido muchacho, eres el secreto mejor guardado de Michael —explica Lucifer, incapaz de apartar la mirada de él. Hay algo en Tueur que hace que todos los demás príncipes se paseen a su alrededor y lo miren embobados como si fuera una especie de animal mítico de fábula que

nadie creía que existiera—. No me extraña que haya querido sacarte de aquí lo antes posible y haya venido a buscarte él mismo...

—¿Tal vez podríais explicárnoslo al resto?! —respondo, mi paciencia se agota.

Lucifer me mira.

—¿Sabes cuáles son nuestros dones individuales? Somos los Siete Príncipes del Mundo Oscuro, sí, pero cada uno tiene un talento particular...

—Estoy al tanto, aunque no conozco los detalles en este momento —admito.

—Soy un seductor, un manipulador de mentes —detalla Azazel—. Es un rasgo que mis descendientes han heredado en cierto nivel, aunque el mío es la forma más pura de manipulación del alma. Tuerzo y convierto a la gente a mi voluntad. Gente de todos los reinos. Demonios, ángeles, humanos, etc. Me agota la energía, sí, y no puedo hacerlo *ad infinitum*, pero es parte de la razón por la que mi dominio en el Mundo Oscuro se alza orgulloso alrededor de mi castillo de huesos, todavía. —Señala a Leviathan. —Esta enorme montaña de demonio... tiene fuerza. No solo una fuerza espectacular, sino del tipo que puede derribar una montaña de un solo golpe. Por eso se le ha prohibido participar en todos los torneos demoníacos. Desde el principio, los competidores están en desventaja...

—Asmodeus es un gran imitador —comenta Belphegor—. Enséñaselo, Parche-Ojo.

—Vete a la mierda, Belle —responde Asmodeus. Pondría los dos ojos en blanco si pudiera, pero no obstante le sigue la corriente a la princesa y se transforma en... Azazel. Por un momento, estoy desconcertada, preocupada por si estoy viendo algo doble, hasta que su piel perlada vuelve a ondularse y se transforma en Belphegor.

Ya no le hace gracia.

—Ya basta.

—Ya basta —Asmodeus la imita perfectamente. También domina su voz y sus gestos. Es asombroso y, en secreto, desearía tener ese tipo de habilidad, aunque solo sea para provocar tormentas de mierda en todos los lugares adecuados. Ganaría cualquier guerra con un poder como el suyo.

—Te arrancaré los otros ojos —responde Belphegor.

Es suficiente para devolver a Asmodeus a su forma original. Le señala con un pulgar mientras mira hacia mí.

—La señora Belphegor es veneno. Puro veneno. Una creadora de pociones y toxinas. No hay un veneno en el mundo que ella no tenga en su cuerpo.

—Digamos que mis besos son mortales —se ríe suavemente Belphegor—. Soy capaz de retener y reproducir cualquier sustancia que pueda causar daño o muerte. Mi ser filtra, registra y reproduce cada veneno con la mayor fidelidad.

—Beelzebub es portador de enfermedades —continúa Lucifer—. Todas las plagas que has encontrado pueden haber sido obra suya, directa o indirectamente.

Miro fijamente al príncipe con los ojos muy abiertos. A su vez, Beelzebub me guiña un ojo juguetón.

—Todos somos especiales, pequeños. Tan viejos como el tiempo y una vez estimados lugartenientes del mismísimo Creador.

—¿Y tú? —le pregunto a Mammon— ¿Cuál es tu don?

—Veo la magia en todas partes —responde, sonriendo—. No importa lo pequeña o bien escondida que esté, la veo. Y si no la veo, la huelo. Y si me tapan la nariz, aún la percibo. Cada hechizo está en sintonía con mi alma. Resueno profundamente, y puedo decirte sin la sombra de una duda que hay un hechizo masivo escondido dentro de tu precioso chico amante.

Todas las miradas se dirigen ahora a Tueur, que a estas alturas no está ni mucho menos familiarizado.

—Espera, ¿qué?

—No eres un Nephil —declara Lucifer, acercándose para mirar sus ojos blancos.

Mammon coloca sus dedos índices en las sienes de Tueur y tararea lentamente algo durante el tiempo suficiente para que Lucifer vea algo que le hace estallar de risa.

—¡Tienes que estar bromeando!

Tueur ya no es el único confundido.

—¿Qué es? —pregunta Azazel, con las cejas fruncidas.

La tensión me está matando. Hay algo más en esto, en nosotros, y tengo la sensación de que Lucifer y Mammon están a punto de tirar del hilo y causar estragos. Mammon da un paso atrás.

—No puedo romper eso yo solo —le dice al Príncipe de las Tinieblas.

—Está bien, todos colaboraremos —responde Lucifer.

—¿De qué narices va esto? —Belphegor se desgañita.

Lucifer se da la vuelta para mirarnos. Una sonrisa de loco raja su hermoso rostro. Se está divirtiendo como nunca, y me temo que todos los demás corren el riesgo de convertirse en colaterales de lo que sea que esté planeando.

—Como dije, Tueur no es un Nephil —prosigue, y luego lo mira directamente—. Eres un arcángel, pajarito, y llevas vivo mucho más tiempo del que crees.

Es un...

No, eso no tiene sentido.

—Un arcángel —susurro.

—El hechizo utilizado en él es antiguo y notablemente complejo —explica Mammon—. Ni siquiera los ojos de ángel más experimentados pueden detectarlo. No a menos que yo se lo indique.

—¿Cómo... qué? —Tueur suelta.

—Los brujos que idearon ese hechizo están muertos y desaparecidos, toda su civilización se ha extinguido, así que eso también ha ayudado a mantener su naturaleza oculta —añade Mammon, fascinado mientras mira fijamente a Tueur.

—No solo eres digno del Reino de Plata, pajarito —le explica Lucifer—. Incluso podrías llegar a gobernar a esos bastardos emplumados algún día.

Mi mente está adormecida. Las palabras no me salen.

Me gustaría estar feliz de que esté aquí y aliviada de que Lucifer no lo mate, pero me temo que acabamos de descubrir un horrible secreto.

Michael no le habría ocultado esto a Tueur a menos que planeara usarlo en su contra, de alguna manera, y ese solo pensamiento es suficiente para romper mi corazón, una y otra vez.

Toda su vida, Tueur ha admirado a su padre. No quiero ni imaginar cómo se debe sentir ahora mismo, pero está bien, porque nuestro vínculo de alma gemela obliga a que nuestras emociones resuenen.

Poco a poco, el dolor palpita hacia fuera y me baña, al rojo vivo y amargo.

Michael ha estado mintiendo y perjudicando a Tueur de tantas maneras... Me temo que costará mucho trabajo llegar al fondo de todo. Lucifer quería que la verdad saliera a la luz, y yo quería lo mismo, pero ahora... que estamos arañando las mentiras y revelando lo que ha estado oculto durante tanto tiempo, bueno, no estoy segura... ni siquiera estoy segura de que sobrevivamos a toda la verdad.

DIECIOCHO TUEUR

Los minutos pasan mientras los príncipes intercambian teorías sobre cómo he conseguido eludir a todos durante tanto tiempo. Ninguna de ellas tiene sentido, ya que tengo recuerdos muy claros de mi vida desde que era un niño. Es cierto que nada fue grabado con claridad cristalina, pero es real. Es real, y me pasó a mí.

He sido un medio-ángel desde que tengo memoria, un niño con poderes y limitaciones y sin lugar en ninguno de los mundos. He estado viviendo en el Versteck por esto. No... no lo entiendo.

Ahora estoy sentado en una de las sillas del comedor. Ya nadie se molesta en sujetarme. ¿Por qué lo harían? Soy el invitado de Lucifer, y soy un rompecabezas misterioso que se muere por ser resuelto. Está tan entusiasmado, que es casi espeluznante.

El odio entre él y Michael es tan profundo que es obvio que está decidido a obtener toda la verdad sobre mí porque soy la mentira que demuestra que mi padre es un fraude.

Mientras tanto, Virga y yo intercambiamos miradas e intentamos acercarnos el uno al otro, pero Azazel no la deja moverse de su lado.

—Si vosotros dos tenéis ese efecto desagradable en los mundos, es mejor que os mantengamos separados, al menos por unos metros —aconseja de manera cordial.

Tal vez lo he interpretado mal todo este tiempo, porque parece bastante cariñoso conmigo, no solo con su hija. Joder, esto es confuso. Todos son confusos.

Virga me mira con tristeza y yo respiro hondo, sabiendo que al final tendré mi momento a solas con ella. Sin embargo, por el momento, hay que desenredar toda esta crisis de identidad, así que me abandono a las fuerzas que me rodean.

Si mi padre ha estado mintiendo durante tanto tiempo, tal vez sus enemigos, los demonios, me den la verdad.

—¿Cómo puedo romper el hechizo de dentro de mí? —pregunto.

—Te dolerá muchísimo —me advierte Mammon con el ceño fruncido—. Y necesito energía.

—¿Hola? —replica Lucifer, ligeramente ofendido.

Nunca pregunté cuál era su poder especial. Hizo que todos los demás nos dijeran el suyo. Pero si recuerdo bien las leyendas, Lucifer y Michael eran fuerzas opuestas, siempre. Lucifer era la oscuridad, y Michael era la luz. Tal vez tenga algo que ver con eso, ya que todo el mundo demoníaco lo llama Príncipe de las Tinieblas. Tal vez ese sea su gran poder. Lo llaman el Mundo Oscuro por una razón, ¿no?

—Necesitaría que todos pusiéramos nuestra energía en ello —explica Mammon—. También la chica.

—Pero ella es... —Leviathan intenta hablar, pero Virga se adelanta.

—Ayudaré.

Le lanza una mirada dura y me pregunto a qué se debe, pero están pasando tantas cosas a la vez dentro y fuera de mi cuerpo que me cuesta seguir la pista de todo. Solo me alivia ver que está bien y que realmente prospera en este lugar. La corona ciertamente le sienta bien. Estoy deseando escuchar la historia de cómo llegó a poseerla.

—Hacedlo —les digo—. Necesito saber la verdad.

—Te he dicho que te dolería mucho —insiste Mammon.

—¿Me matará?

—No. —Lo piensa. —No lo creo. Michael no pondría esa condición en el hechizo. Ha estado limitando tu naturaleza por una razón, lo que me dice que te necesita vivo.

—O que lo prefiere vivo —se burla Lucifer—. No confiaría en nada que llevara su firma.

—Hacedlo —respondo—. Solo hacedlo.

—Tueur, ¿estás seguro de esto? —pregunta Virga. Nada me gustaría más que perderme en sus brazos, pero soy una víctima de las mentiras y los secretos, y necesito que esto termine antes de poder volver a mirar al futuro.

—No tengo futuro si no revelo el pasado —le afirmo—. Mírate a ti misma. Mira cómo has florecido desde que eres consciente de quién eres. En qué hermosa criatura te has convertido... Yo también necesito eso. Necesito mi verdad porque parece que he estado viviendo una mentira.

—Una vez hecho, no hay vuelta atrás —advierte Mammon.

—A la mierda. A la mierda todo —respondo.

Lucifer se ríe y hace volar la gran mesa de comedor y las sillas, que se estrellan contra la pared con un movimiento de muñeca. Todo está hecho añicos: platos de porcelana blanca, copas de oro y plata, botellas y jarras de cristal, frutas y verduras asadas, jugosas carnes raras y ciruelas azucaradas, pasteles de polvo y crujientes gambas, tartas y pudines y sopas... todo es un desastre pegajoso en el suelo, pero el centro del comedor está despejado.

—Tienes cojones —me dice Lucifer—. Cuanto más te miro, más me pregunto cuánto de tu padre has heredado realmente.

Levanto las manos en un movimiento de rendición.

—Soy vuestro para que hagáis lo que queráis.

—No te burles —responde, y luego da un par de pasos hacia atrás—. Muy bien, Mammon, ¿cómo hacemos esto? —Ha vuelto a su modo serio. Va en serio.

—Necesitaré su sangre —responde Mammon.

—No digas más —Belphegor saca un pequeño y delgado cuchillo de entre los pliegues de su vestido de cuero rojo, y mi pulso se acelera cuando se acerca. —Supongo que queréis que viva.

—¡No drenes al pobre diablo! —Lucifer advierte.

Intento detener lo que viene, pero Virga jadea mientras las cuchillas se precipitan por el lado de mi cuello. Siento el agudo ardor y la vena palpitante, pero no puedo moverme.

—Veneno paralizante —Belphegor lame mi sangre de su hoja—. Se te pasará en un minuto.

Mi sangre se vierte libremente en una copa de plata que Beelzebub acerca a la herida abierta. Ni siquiera lo oí ni lo vi venir. Por otra parte, he sido envenenado. Literalmente envenenado. ¡Maldita sea, esto se ha vuelto una locura de repente!

La cabeza se me aligera y estoy a punto de sudar frío cuando Beelzebub me quita la copa y me da una palmada de algo frío y húmedo en la herida.

—Mantente eso presionado un tiempo —me indica, así que lo cubro con mi mano.

Sea lo que sea, está vivo y pegajoso y se retuerce contra mi tacto, pero hago lo que me dice y mantengo esto apretado hasta... hasta que me siento mejor y más alerta, mientras se seca. Al poco tiempo, me doy cuenta de que está muerto, así que lo retiro de mi herida y lo veo como lo que era. Una venda enrojecida... Le dirijo a Beelzebub una mirada confusa.

—Solo un poco de magia curativa —explica el príncipe demonio mientras le entrega la copa a Mammon—. Relájate, estás bien.

—Gracias —respondo.

Mammon mira la copa con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sigue? —Lucifer pregunta.

—Poneos todos alrededor del chico y ponedle las manos encima. Necesito contacto físico —responde Mammon. Pronto estoy rodeado por Virga y los príncipes demoníacos. Mi amada apoya la palma de su mano en mi mejilla, y yo me inclino hacia ella por un momento. Azazel, Leviathan, Asmodeus, Beelzebub, Belphegor y Lucifer tocan mi armadura, y cada una de sus manos envía discretas sacudidas de energía oscura. Mi naturaleza angélica está obviamente reaccionando a su poder demoníaco, del cual tienen suficiente para causar tales efectos—Eso es —añade Mammon, acercándose con la copa.

Nunca había estado tan cerca de los demonios, tan inmerso en el corazón de este reino. Hasta hace unas noches, no creí que llegaría al alcance de Lucifer. Es increíble, los lugares a los que uno llega cuando menos lo espera.

Mammon me dibuja varios símbolos en la placa del pecho y en la frente. No reconozco ninguno de ellos, pero dijo que la magia utilizada para el trabajo de hechizo dentro de mí era de hace mucho tiempo, así que dudo que sepa algo al respecto, de todos modos. No importa. Mammon sabe lo que hace.

—Pase lo que pase, sientas lo que sientas, no luches contra ello —me explica—. Te va a doler mucho, pero vas a tener que soportarlo. Si te opones a las fuerzas que vienen hacia ti, será peor.

Asiento lentamente y me preparo.

Sus labios se mueven al pronunciar el hechizo de ruptura, y le dedico a Virga una última mirada, esperando que pueda sentir mi amor derramándose en la palma de su mano. Su piel es tan suave y cálida.

Mammon presiona sus dedos índice y corazón contra mi frente, y algo parecido a un cuchillo atraviesa mi cabeza y me abre el cerebro. Grito de agonía mientras todos me sujetan. Mis ojos se ponen en blanco y la oscuridad me engulle.

Me estoy cayendo.

—¡Sujetadlo! —Mammon grita, pero su voz hace eco.

—¡Joder, esto duele! —Asmodeus sisea en algún lugar de mi mente.

Están aquí. Están todos aquí abajo conmigo —los siento— dondequiera que esté «aquí». Hay un rato de silencio y me siento como si estuviera en algún lugar del principio de los tiempos, antes de la existencia misma. Una brillante explosión blanca me ciega temporalmente, y el dolor se extiende por mi alma como mil atizadores al rojo vivo.

—¡Argh! —gruño.

No luches contra ello, dijo Mammon. ¿Cómo no lucho contra estas olas pulsantes de dolor primordial, cuando siento que me están pelando, capa por capa?

No te resistas.

Déjate llevar. Así que, lo dejo ir.

De repente, todo se deforma al sentir el cálido aliento de Virga contra mi piel.

—Estoy contigo, cariño.

Ella está conmigo.

Puedo hacer cualquier cosa si ella está conmigo.

El dolor me desgarrar por completo, pero ya no grito. Destroza mis sentidos, pero cuanto más me duele, más suelto me siento hasta que me desintegro en miles de millones de pequeñas estrellas que se arremolinan y pululan. La oscuridad es mi hogar, y cada pequeña estrella es una vida vivida.

Entro en escena, expandiéndome como un sol que crece.

Estoy en la orilla de una playa. De la nada, un mundo se ha materializado a mi alrededor. Virga camina a mi lado, con nuestras manos unidas y los dedos entrelazados. Vamos vestidos de forma diferente. No reconozco el color ni el estilo: cortes sencillos y minimalistas, capas de seda color pastel que se superponen y botas de piel de becerro que nos llegan a las rodillas.

Ella... Virga parece diferente. La siento. Sé que es ella. Pero ella no parece...

—No lo entiendo —le digo.

—Siempre hemos sido así —me responde—. En un momento nos unimos. Y luego nos desmoronamos. Una inhalación. Una exhalación, y en poco tiempo, te pierdo. No quiero perderte más.

Ella me está diciendo algo, y yo deseo decirle algo más, pero lo que sale de mi boca es totalmente diferente.

—Mi amor, necesito decirte la verdad sobre mí. He guardado este secreto durante demasiado tiempo, y si mi padre te encuentra, debes entender a qué te enfrentas.

—Sea lo que sea que quiera él, estoy segura de que puedo con ello.

—Te quiere muerta —desvelo, y el dolor de mi corazón es real.

Su cabello cae en generosos rizos, fluyendo sobre sus hombros. Sus ojos verdes me recuerdan a los Bosques Interminables. ¿Cómo es Virga? ¿Por qué mi alma la reconoce antes que yo? No importa. Un poderoso viento la arrastra, y yo rujo de agonía cuando la parte en dos y la arrastra al mar.

Oh, Dios...

Estoy de rodillas. No puedo... No, ¿qué ha hecho?

—¿Qué has hecho?! —grito.

—Lo que tú no pudiste hacer —afirma Michael, revoloteando justo sobre la arena, a escasos metros de mí. Lo reconozco al instante. No ha cambiado. Siempre él mismo—. Te dije que te alejaras de ella.

—¿Cómo has podido?

Me lanza una mirada hosca.

—Me temo que ha llegado el momento de dar marcha atrás, hijo mío.

—Yo no... ¡Michael!

Es demasiado tarde. Su espada de fuego me atraviesa y me abre la garganta.

La sangre empapa la arena dorada.

OSCURIDAD. Estoy cayendo de nuevo.

Vuelvo a estar en el centro de la chispeante murmuración.

De alguna manera, mi mente se aferra a otra partícula, a otro trozo de mí mismo. Se hace más grande. Estoy en un comedor. Tengo un hogar aquí, dondequiera que esté en este momento. Solo veo un puerto a través de la ventana, con largas embarcaciones y corsarios con velos blancos que

se mecen con el viento del atardecer.

Virga está conmigo. Ella preparó la cena.

No estoy realmente aquí. Tampoco ella. Esto es... Mierda, todos estos son recuerdos de vidas pasadas.

Este parece especialmente suave y tranquilo mientras nos sentamos a comer. Bebemos un vino espumoso y nos damos de comer uvas moradas. Llevamos así el tiempo suficiente como para que ambos hayamos olvidado la amenaza angelical que se cierne sobre nuestra cabeza. Pronto, Michael emerge de un rincón oscuro de la habitación, recordándonos cruelmente que no hay que esconderse de él, nunca.

La sangre salpica el comedor mientras otra vida se desmorona.

—Tenemos que retroceder en el tiempo —dice él.

OSCURIDAD. Ya me estoy acostumbrando a esta sensación.

Me lleva un tiempo, pero consigo pasar por todas las chispas. Tal vez el tiempo fluye de manera diferente aquí en este... lo que sea que es esto. Para cuando mis ojos se abren, y vuelvo a estar en el gran comedor de Lucifer, he visto cada parte de mí. Cada vida que he vivido, cada amor que he compartido con ella, con Virga... y cada muerte que Michael ha forzado sobre mí.

—¡Necesitamos retroceder en el tiempo! —grito.

Un pulso invisible hace retroceder a todo el mundo, y yo vuelvo a estar solo, sentado en mi silla con mi propia sangre untada en mi frente sudorosa.

Un millón de sentimientos me atraviesan, más profundos que cualquier cuchillo, doliendo más que cualquier golpe que haya recibido hasta el momento. La traición de Michael es la que más duele. No tengo ni idea de quién soy realmente. He muerto tantas veces que no estoy seguro de poder recordarlas... Parece que no he visto todo, como pensaba.

Algunas cosas se han quedado en la oscuridad...

Mammon exhala bruscamente, con una sonrisa en la cara.

—Te acuerdas.

—En su mayoría —me las arreglo—. Michael ha estado mintiendo todo este tiempo.

Todo el castillo tiembla, las grietas se extienden por las paredes de piedra negra y los hilos de polvo caen del techo. Virga se pone en pie mientras la rabia que hay en mi interior amenaza con desbordarse. Estoy enfadado. Estoy muy enfadado. He sido tonto. Tan tonto. Todo este tiempo ha estado manejando mis hilos como si fuera una maldita marioneta.

Virga pone mis manos entre las suyas.

—Tienes que calmarte.

—El imbécil...

—¡Tueur! ¡Escúchame! —me grita, y yo me quedo helado, mirándola fijamente.

El silencio que sigue es como el que uno podría encontrar dentro de una tumba.

—Tu naturaleza de arcángel está saliendo, ahora, y tus emociones tienen un claro impacto en ella —comenta Virga, mientras lo único que puedo hacer es seguir el movimiento de sus dulces labios.

—Mi naturaleza...

—¡Toda esa magia de arcángel reprimido podría destrozarme mi castillo! —advierte Lucifer, totalmente aturdido por lo que acaba de suceder. Solo ahora me doy cuenta de mi entorno y de lo que... lo que realmente ha pasado. Respiro profundamente.

Sigo el ritmo de Virga.

Dentro, luego fuera. Dentro, luego fuera.

Finalmente, me alejo del borde de la desesperación y dejo que sus brazos me rodeen, su cabeza se apoya en mi hombro por un momento mientras permito que mis alas se abran. Levanta la vista, con los ojos redondos por la conmoción y la luz bailando en su rostro. Sin embargo, me siento mejor.

—Guau —susurra Virga.

Parece que no es la única asombrada. Los príncipes me miran con gran asombro.

Miro a mi alrededor y enseguida detecto la diferencia que tiene a todos mirando. Mis alas. Mis alas son... enormes. Tres veces su tamaño original, su envergadura puede reunir suficiente fuerza para lanzar vientos de fuerza mayor a lo largo de la costa, sin esfuerzo. Las plumas son grandes e infinitamente más blancas, con puntas doradas y destellos de diamante que recorren cada tallo. Tienen un aspecto increíble.

—Aquí está —concluye Mammon—. El arcángel Tueur.

—Tienes que tomártelo con calma —me indica Lucifer—. Hemos roto la cerradura, pero es tu energía. Mantén la calma. Necesitarás autocontrol a partir de ahora, pequeña ala.

—Nunca imaginé que usarías términos cariñosos con nadie —murmura Beelzebub, bastante divertido mientras se mueve a mi alrededor y analiza todo lo que ahora es diferente en mí. Me siento diferente. Mejor. Más fuerte.

Peor.

—Es especial —se ríe Lucifer, y luego me mira—. Me pregunto por qué nunca nos hemos cruzado antes.

—Lo hicimos —respondo, con los recuerdos de guerras pasadas ahora frescos en mi mente—. Siempre luché al lado de Michael. Las guerras de Ellantra, el conflicto de Rossin... yo estuve allí.

—Sin embargo, tú, esta versión de ti es el primer caso oficial de Michael engendrando un Nephil —comenta Lucifer.

—En el pasado fui obediente. Le creí. Me mató lo suficientemente pronto como para no causar una ondulación memorable en el tejido del espacio y el tiempo —explico, repasando todo lo que recuerdo—. Las circunstancias ayudaron, junto con el hecho de que me hizo vivir en otros reinos durante un par de siglos. Más allá del Plano Terrenal, quiero decir, y más lejos del Mundo Oscuro y del Reino de Plata. Me mantuvo oculto durante mucho tiempo.

—¿Qué ha cambiado ahora?

—No estoy seguro. Quizá Michael pueda responder a eso —suspiro, deseando tener todas las respuestas.

—Probablemente pensó que la mejor manera de ocultar a Tueur del resto de nosotros es ponerlo delante de nuestras narices —responde Azazel—. Algo similar ocurrió con Virga en los Bosques Interminables. De todos modos, ¿quién le prestaría atención a un bastardo Nephil?

—Pero entonces nos unimos —concluye Virga, lanzándome una mirada de asombro, con las manos apoyadas en las rodillas—. Y tuvo que intervenir... ¿no?

Sacudo la cabeza lentamente.

—Algo no encaja.

—¿El qué? —pregunta ella.

—Tú —digo—. Te he conocido antes. Te he amado antes. Va a parecer una locura, pero siento que estamos unidos desde hace mucho más tiempo. Las almas gemelas nacen al mismo tiempo, pero si yo soy jodidamente antiguo, ¿dónde te deja eso?

Mammon frunce el ceño, pensando en esto durante un momento. Atraviesa el pasillo y se apodera de la cabeza de Virga, presionando con sus dedos en las sienes. Ella grita y yo estoy a

punto de apartarlo de ella, pero él lo suelta y empieza a reírse históricamente.

—¡Ese hijo de puta! —exclama— ¡Ese pedazo de mierda mentirosa y santurrón de Michael!

—Explícate —responde Lucifer secamente.

—Es una magia complicada la que ha utilizado el cabrón —detalla Mammon—. Pero Tueur tiene razón. Él y Virga nacieron al mismo tiempo, hace algunos siglos, tal vez miles de años, incluso. Pero sea lo que sea lo que Michael intenta hacer, exige la separación de las almas gemelas. En vidas anteriores, ha matado a ambos.

—Lo vi. Lo vi matándote —le explico a Virga. Se me quiebra la voz.

—Porque él la mató. También te mató a ti. Ese es todo el efecto del hechizo. Una maldición de ciclo de vida. Naces, vives, mueres. Una y otra vez, hasta que Michael lo deshaga —afirma Mammon, y luego señala con un dedo a Virga—. No suprimió tu naturaleza con nada, no como lo hizo con Tueur, pero te tiene en la misma maldición. Lo he visto, hace un momento. Está escrita dentro de ti, grabada en tus costillas.

—¿Sus costillas? —Balbuco.

—En las tuyas también —dice—. No puedo romper la magia de tu ciclo de vida. Si mueres, tendrás que empezar de nuevo. Si alguno de vosotros muere.

—Joder —murmura Virga, con la mirada perdida mientras intenta procesar este diluvio de desagradables verdades—. Lleva tanto tiempo metiéndose con nosotros... ¿No sería lógico que tal vez mintiera acerca de que nosotros causáramos el caos en los mundos a través de nuestra unión? Quiero decir, si ese fuera el caso, no nos habría matado tantas veces. ¿Verdad?

Azazel la ayuda a levantarse y la abraza con fuerza. Ella se relaja en su abrazo. Necesita ese consuelo.

La necesito.

—El problema con las almas gemelas es que ni siquiera las maldiciones del ciclo vital pueden mantenerlas separadas durante mucho tiempo —continúa Mammon—. Al final, ambos encontráis el camino hasta el otro. Siempre. El universo os quiere a los dos juntos porque ahí es donde debéis estar. Michael trabaja en contra del universo. Cada vez, os separa y obliga a reiniciar el ciclo vital.

—¿Qué has roto dentro de mí, entonces? —Pregunto.

—Tu verdadera naturaleza —responde sonriendo—. ¿No es evidente? ¿No sientes esa maravillosa gracia fluyendo a través de ti como la luz del sol líquida? Dios, echo de menos esa sensación...

La siento. Como siento la rabia que sigue burbujeando bajo la superficie. Todas las mentiras. Los asesinatos. El engaño y los secretos. Me falta algo, aquí. Todo está conectado, pero no tengo todas las piezas del rompecabezas, y por eso estoy ante un cuadro con demasiados huecos.

—¿Es Michael mi padre? —me pregunto en voz alta.

Lucifer se encoge de hombros.

—Tal vez. Tus dos padres tienen sangre de arcángeles, eso es obvio ahora. Pero me sigue sorprendiendo cómo se ha salido con la suya durante tanto tiempo. ¿Por qué? ¿Cuál es su objetivo? ¿Por qué tú? —Golpea una pared, dejando un agujero considerable en la piedra negra. Odia estar fuera de juego de esta manera.

—Siempre ha sido un fanático del control —murmura Azazel a Virga y a mí—. No saber es peor que cualquier otra cosa para él. Y la información ha sido un arma para nosotros, últimamente.

—Bueno, si sirve de algo, sé exactamente cómo se siente —respondo, lanzando una larga mirada a Lucifer—. No saber ni entender por qué Michael hizo esto. Pero vamos a averiguarlo.

—Puedes apostar tu culo de arcángel a que lo averiguaremos —responde el Príncipe de las Tinieblas, y luego sale corriendo del comedor, dejándonos al resto.

Puede llevarme una eternidad aceptar lo que ha sucedido.

Me han quitado la venda de los ojos, y veo todo tan claramente, que duele profundamente. Virga y yo... Siempre hemos estado juntos, siempre nos hemos sentido atraídos el uno por el otro, solo para que Michael bajara y nos matara, cada vez. He vivido durante veinte años pensando que es mi padre, mi ídolo, mi protector. No es ninguna de esas cosas.

Es un maldito monstruo, y me destroza admitirlo.

DIECINUEVE VIRGA

Después de lo que parece una eternidad, a Tueur y a mí se nos permite retirarnos a una de las muchas habitaciones de Lucifer. Los príncipes han accedido a pasar la noche aquí también, mientras los soldados luciferinos escoltan cordialmente a todos los demás.

Mi ceremonia de coronación se esfumó tan rápido como empezó, pero no importaba. Nada de eso importaba, y la llegada de Tueur lo demostró. Sí, la gente del Mundo Oscuro consiguió sus tradiciones, y nosotros... eh, conseguimos la verdad.

Supongo que estoy a punto de comerme mis propios pensamientos ahora, ya que las tradiciones claramente importaban en el gran esquema de las cosas. La puerta se ha cerrado tras de mí y se ha dicho a los diablillos que mantengan las distancias. Le dije a mi padre que lo vería por la mañana e ignoré un par de comentarios lascivos de Asmodeus antes de venir aquí.

Tueur está junto a la ventana. La vista está... en blanco. Solo el cielo nocturno y una capa de nubes negras. Ni una sola estrella a la vista. Ni un solo resplandor. Nada. Tan vacío como el alma rota de uno, supongo. La mirada de mi amante me hiere profundamente.

—Tenemos tanto que ponernos al día —le digo, sonriendo suavemente. Sin embargo, apenas puedo moverme.

Tal vez esté nerviosa. O ansiosa. O insegura de cuánto debo contarle. Ya nos ha puesto al corriente de las llaves y de la misión que Gabriel le encomendó, lo que es un motivo más para creer que el universo está de nuestra parte y no de la de Michael. Incluso aquellos que solían apoyarlo ya no pueden confiar ni seguirlo, y después de eones de existencia e innumerables guerras contra los demonios, bueno, eso ciertamente dice mucho.

—Ven aquí —dice, extendiendo la mano.

Me acerco a él, aunque no recuerdo con precisión los movimientos. Hay tanto que tengo que decirle, tanto que tengo que darle...

Me pasa el brazo por la cintura y casi me aplasta contra su pecho. Sus labios encuentran los míos y nos besamos como si hubiéramos estado separados durante años. Se deshace. Todo se deshace en un instante. Los dos nos rendimos el uno al otro.

La brisa del atardecer entra por la ventana mientras lucho por quitarle a Tueur su armadura de combate, mientras él no hace más que arrancarme la tela del cuerpo, dejándome caliente y desnuda ante él. Primero me coge los pechos, mirándolos con cariño mientras me pellizca los pezones, haciéndome gemir en su agarre. Finalmente, las placas de acero se desprenden y me quedo con su ropa interior de lino, pero no puedo hacer mucho mientras Tueur desliza una mano

entre mis piernas y mete sus dedos entre los resbaladizos pliegues.

Me siento atraída por él. Su dedo se desliza dentro de mí, y yo sigo contra su palma, con mi clítoris presionado contra él. Nos miramos a los ojos durante un largo y dulce minuto. Él parpadea lentamente, el amor rezuma por sus poros y me envuelve en pura calidez.

—Te he echado de menos —dice Tueur—. He echado de menos esto.

—Yo también, cariño —respondo, mi mano encuentra su palpitante erección.

Apretando suavemente, siento su pene palpitando de deseo. Sus dedos me hacen trabajar, mis pezones se endurecen y mis rodillas flaquean mientras me acerca a un extremo.

Todavía estamos junto a la ventana, y puede que haya otros mirando, pero no me importa. Nada importa en este momento, excepto nuestra completa liberación. Hay mucho deseo entre nosotros, eso está claro.

Ahora tiene tres dedos dentro de mí, mis caderas se balancean hacia adelante y hacia atrás en un ritmo creciente.

—Fóllame, Tueur. Fóllame como si fuera nuestra última noche en el mundo —susurro.

Sus ojos blancos me atraviesan el alma mientras me da la vuelta y me hace agarrarme al marco de piedra de la ventana. El viento fresco me inunda, provocando escalofríos por todas partes mientras Tueur me abre las piernas y me folla por detrás. Ni siquiera estoy segura de cuándo se quitó el resto de la ropa, pero sentirlo dentro de mí de nuevo es lo más cerca que estaré del cielo.

Me muerde la nuca mientras se empuja cada vez más fuerte.

Miro por la ventana y me rindo a la oscuridad mientras su mano se desliza hacia la parte delantera y frota con saña mi hinchado clítoris hasta que rompo en sollozos orgásmicos y me corro con fuerza mientras él me folla más y más profundamente.

Esta es la cima.

Esta soy yo cayendo, ahora, mientras él me golpea hasta el olvido, carne golpeando carne, sudor goteando por nuestros cuerpos acalorados contra los susurros de la noche.

Gruñe suavemente mientras desciendo de las nubes, justo a tiempo para recibir sus salvajes empujones y su caliente semilla. La concepción ya se ha producido, pienso, mientras me besa el hombro y el lateral del cuello. Debería decírselo pronto. Pero no ahora. Ahora necesito sentir más de él.

Me lleva de vuelta a la cama. No hemos terminado por esta noche.

Su boca captura la mía, y nos besamos con pura hambre y creciente deseo. Tenemos que ponernos al día. Lo primero que deseo es volver a meterlo entero en mi boca, así que lo empujo de espaldas, yendo directamente a por el sabor de la perfección.

—Te quiero —susurra, mientras envuelvo mis labios alrededor de la punta gorda de su polla. Sabe que yo también le quiero.

Y lo amo, con mis labios y mi lengua y con cada centímetro de mi cuerpo.

PARA CUANDO TERMINAMOS, la noche está a punto de convertirse en un rabioso amanecer rosa. Todos mis músculos están dulcemente doloridos, pero mi vagina, sin duda, se ha llevado la mayor parte de la paliza. Me encanta. No voy a poder sentarme bien durante un tiempo, y ya estoy deseando más. Así funciona esto entre nosotros... los cuerpos cantan juntos, las almas siempre unidas. Nuestros corazones laten como uno solo mientras descansamos en los brazos del

otro, disfrutando del resplandor.

—Voy a encontrar a Doumah —dice después de un rato—. Voy a ver qué significan las siete llaves. Hay algo que conecta todo aquí.

—La suya es la última llave que necesitas, ¿verdad?

—Ajá.

Ya le he dado la espalda.

—Solo tenemos que averiguar dónde está el lago que vi en la memoria de Lucifer. Hay una enorme montaña cerca. Pinos y arroyos fluyendo.

—Me resulta algo familiar —señala Tueur—. Estuve leyendo sobre todos los arcángeles antes de partir hacia este lugar, para mi sorpresa. La cosa es que cuantas más llaves tenga, más fácil será encontrar el lago. Si Doumah está allí, claro. Pero creo que yo también he estado allí.

—¿Tú crees? —Hago una pausa y me trago un nudo en la garganta— En tus otras vidas, querrás decir.

Me mira de reojo.

—Todavía no puedo creerlo. Llevamos tanto tiempo juntos. Ojalá pudiera hacerte recordar...

—Sí.

—El daño que Michael ha hecho... Nunca lo curaremos. Pero que me parta un rayo si dejo que nos haga esto otra vez —afirma, abrazándose con fuerza—. Necesito que entiendas y recuerdes esto, Virga. Pase lo que pase a partir de ahora, que sepas que no pararé hasta que estemos juntos y fuera de su alcance para siempre.

—Voy a ir contigo mañana —respondo—. Encontraremos juntos a Doumah.

Frunce el ceño.

—Será peligroso. Si Michael se entera de lo que estamos haciendo, de alguna manera...

Y ahí está. La razón por la que voy a retrasar lo del bebé. Me atará a la cama y pondrá cien hechizos para mantenerme aquí, mientras que no puedo vivir conmigo misma si lo veo ir contra Michael por su cuenta.

¿Cuántas vidas hemos perdido así? No. Estoy poniendo todo lo que tengo en esta lucha, de lo contrario el idiota ganará. Nos destrozará.

Tueur y yo somos almas gemelas.

—Vinimos juntos a este mundo —digo con firmeza—. Lucharemos juntos, y en el peor de los casos, dejaremos este mundo juntos.

—Virga...

—Te quiero más que a nada en este mundo. Nada importa si no estamos juntos, y lo sabes —insisto—. Yo morí, y tú viniste a mí... Ya hemos permitido que Michael mienta y nos separe, incluso en esta vida. Tiene que parar. Y no puedes ir sola... No esta vez.

Se ablanda por un momento y deja caer un beso en mi sien.

—No hay un día que no agradezca al destino por habernos unido. Ahora tiene más sentido.

—Estamos hechos el uno para el otro.

—El universo no comete errores —suspira—. Me ha estado fastidiando desde que Michael nos dijo por primera vez que teníamos que estar separados. No hizo... clic.

Asiento lentamente.

—Su autoridad superó nuestras dudas.

—A la mierda su autoridad —declara con firmeza.

Eso es. La determinación enciende un fuego dentro de mí. Me levanto y me pongo a horcajadas sobre él. Ya está duro, grande y perfecto, mientras me estiro a su alrededor y me meto todo su pene.

La noche no ha terminado todavía, y realmente no estoy segura de si repetiremos esto de nuevo ni cuándo. No es la autoridad de Michael la que podría matarnos.
Es su espada de fuego.

VEINTE VIRGA

El estruendo que hiela la sangre se extiende por el castillo.

Es un terremoto, o...

Acabo en el suelo. La mitad de la habitación se derrumba, todo el lateral del edificio se abre de repente y queda expuesto a los elementos de una furiosa tormenta.

Hay viento, lluvia, relámpagos y violencia desde todos los malditos ángulos mientras Tueur me arrastra lejos del repentino borde, con los pies colgando momentáneamente sobre el abismo.

Mi grito despierta todos mis sentidos.

Estamos corriendo, ahora estamos corriendo por los pasillos.

—¿Qué cojones está pasando? —grazno, sin aliento y aterrorizada.

Tueur tiene mi mano. Nunca la soltará.

—Ángeles.

Eso es todo. Todo lo demás pronto se hace evidente mientras tratamos de alejarnos lo más posible de los daños. Corremos desnudos entre diablillos histéricos y *banshees* gritonas, súcubos e íncubos aterrorizados que vagan por los pasillos mientras ellos también huyen del peligro.

Detrás de nosotros, las explosiones atraviesan las paredes y los cientos de habitaciones, destrozando todo a su paso.

Detrás de nosotros, los ángeles con armaduras de oro y acero se abren paso, volando como flechas mientras matan a todos los demonios en su camino.

—Oh, no —consigo decir.

—¡No mires atrás! —me indica Tueur.

Nos deslizamos por unos escalones, ahora. Una escalera en espiral que es fría y oscura y estrecha, una metáfora perfecta de la locura a la que hemos descendido parece.

Es una guerra total, y ambos sabemos que Michael está liderando este ataque.

Llegamos a la cocina del servicio, donde todo ha sido desintegrado por el fuego, la sangre y la violencia. Ollas, sartenes y despensas astilladas en pedazos. Cocineros y sirvientas destrozados y quemados hasta quedar irreconocibles. Huelo a carne y sangre carbonizada, lo que me deja un sabor horrible en la boca mientras seguimos corriendo.

—Nos ha encontrado —exclama Tueur.

Nos detenemos bajo una escalera, dejando los sonidos de la matanza en la distancia, al menos por un momento. Estamos cubiertos de polvo y sangre de demonio, aunque nosotros solo tenemos unos pocos rasguños.

—Por favor, dime que tienes las llaves —susurro, conteniendo las lágrimas.

Me muestra la caja de huesos. Las seis llaves están en ella.

—Tenemos que encontrar una manera de salir de aquí.

—No conozco el castillo. Anoche fue mi primera vez aquí... Está bien, Virga —dice, obligándose a sonreír en un intento de tranquilizarme—. Michael no va a matar a ninguno de nosotros hoy, te lo prometo.

Lo dice en serio.

—Solo tenemos que meter una de esas llaves en alguna puerta —afirmo—. Mi padre, Lucifer y los demás... estoy segura de que lo entenderán.

Estamos a punto de atravesar el arco del nivel del suelo a nuestra izquierda para poder usar una puerta, pero todo el segmento salta en pedazos al instante.

Las piedras y los trozos de madera salen disparados en todas direcciones.

Tueur extiende sus alas de arcángel y nos cubre a ambos para proteger nuestros cuerpos de los escombros. Al fin y al cabo, cada uno podría ser un proyectil que nos atravesara. Toda la tierra tiembla bajo nosotros. Los gritos de los demonios hacen que mi corazón lata más rápido al imaginar la carnicería que se está produciendo.

—¡Virga! —la voz de Azazel nos hace volver a correr bajo la escalera y mirar hacia el sótano. Mi padre está ahí abajo, y es donde nosotros también tendríamos que estar.

Sin dudar, bajo corriendo las escaleras con Tueur aún pegado a mi mano. Acabamos en un laberinto de catacumbas de obsidiana débilmente iluminadas por antorchas montadas en la pared. Desnudos ante mi padre, que levanta una ceja al vernos.

—Vosotros dos tenéis la peor de las suertes —se burla, y luego señala por encima del hombro—. Id por ahí. La puerta del final. Usadla.

—¿Y tú? —pregunto, pasando por alto rápidamente el detalle de la desnudez. Hay asuntos literalmente más grandes y mortales que manejar primero— ¡No puedes quedarte aquí!

—Si crees que voy a huir, no has estado escuchando —responde Azazel.

En lo alto, las explosiones siguen comprometiendo y dismantelando el castillo, torre por torre. Las catacumbas tiemblan y echan polvo por las continuas deflagraciones. Pronto, estos túneles se desmoronarán también. Realmente no podemos estar aquí un minuto más, ya puedo ver grietas en las paredes. Pero mi padre... ¡No puedo soportar la idea de perderlo en este lugar!

—Por favor —le pido, moviendo la cabeza de forma suplicante—. ¡POR FAVOR! ¡Ven con nosotros!

—Los príncipes y yo somos vuestra mejor oportunidad para salir de aquí y vivir para luchar otro día —declara Azazel—. Voy a retener a Michael y a sus malditos alados todo el tiempo que pueda. Voy a actuar como un buen padre, Virga, y no hay nada que puedas hacer para detenerme.

—No...

—Llévatela de aquí —le pide Azazel a Tueur, que al instante me aparta del alcance de mi padre.

—¡NOOO! —grito, pero ya estoy corriendo por el túnel y alejándome de él. Veo que se queda atrás, su figura llena la mayor parte del espacio antes de que otra explosión haga crujir las piedras y caigan del techo entre nosotros.

Se ha ido, ahora, y sé que me quiere.

Me siento querida.

Tueur introduce una llave en la puerta al final del túnel justo cuando una última explosión golpea lo suficientemente cerca como para que todo caiga sobre nuestras cabezas. Pasamos antes

de ser aplastados. Oigo el mundo caer y estrellarse detrás de nosotros mientras caemos y rodamos por la hierba.

La luz del sol besa mi cara.

Una mujer jadea y se tapa la boca.

Oh, mierda... Estamos desnudos. En medio de mi ciudad natal.

VEINTIUNO VIRGA

No sé cómo ni cuándo nos hemos movido, pero Tueur y yo nos encontramos dentro de la casa de alguien. La mujer nos hizo entrar desde las escaleras de su casa. Es su puerta por la que entramos, justo cuando ella volvía del mercado. Al menos tuvo la presencia de ánimo de cerrarla antes de que toda la catacumba se desparramara por el Bosque Interminable.

Han pasado unos minutos.

Ya no tiemblo. Mi respiración es uniforme. Y estoy envuelta en una suave manta rosa. También Tueur. No parece estar cómodo, pero está bien. Los dos estamos bien.

Miro a mi alrededor para comprender nuestro refugio temporal: es una pintoresca sala de estar con un bonito asiento doble y dos sillones, una chimenea de mármol y retratos familiares pintados y montados en marcos dorados. Esta es una de las familias nobles, seguro, pero... ¿cuál?

—Siento mucho la forma en la que aparecimos —le digo a la mujer mientras nos trae una jarra de agua y dos vasos, que coloca sobre la mesita de madera—. Es donde el hechizo nos llevó.

—Sí, no me gusta la magia. No ha traído más que problemas a nuestra manada, en mi opinión— afirma, enderezando la espalda mientras ofrece una sonrisa plana. El pelo oscuro peinado en una sola trenza sobre un hombro, el encaje que cubre sus hombros y las joyas turquesas que adornan su cuello me dan una mejor indicación de dónde estoy. La Casa de la Cola Blanca. Esta es Rachel Whitetail.

—No me reconoces, ¿eh? —le respondo.

¿Cómo iba a hacerlo? Estoy desnuda, sucia y tan jodidamente perdida. Tueur me mira con curiosidad, pero su atención vuelve a centrarse en Rachel cuando esta aspira un suspiro.

—Oh, querida... Señora... —Cae de rodillas en una profunda reverencia, y le hago un gesto para que se ponga de pie.

—Por favor, no lo hagas. Está bien —digo.

—Perdóname, yo no...

—No podrías haberlo sabido —me río—. Por favor, no te preocupes.

—Hemos estado esperando su regreso, señora.

No hace mucho, Rachel había presentado documentos con los Redmaynes para añadir más condiciones por las que un lobo podía ser forzado a la esclavitud. Es un poco irónico verla ahora inclinarse en la dirección opuesta. Todo ladrido, nada de mordida, lo que la hace inútil en muchos sentidos, excepto hoy. Hoy es su día de suerte. Su única oportunidad de que no la echen

de los Bosques Interminables cuando yo vuelva. Si es que vuelvo.

Me estremezco.

—A decir verdad, he tenido algunos asuntos de demonios que resolver. Dime, ¿cómo está la manada? ¿cómo está la gente?

—En desorden, señora. Sin usted, no hay mucho que hacer para que la manada avance.

—Sí, dadas las tragedias que hemos soportado, era de esperar —respondo—. Desgraciadamente, aún no estoy preparada para tomar el relevo.

—¿Qué?

—Me temo que hay más problemas en el horizonte. Pero todo lo que estoy trabajando es para la manada, eso puedo prometerlo.

—Por supuesto, señora. Que sepas que te echamos de menos.

—¿Hay alguien que gobierne en mi lugar? —pregunto.

Rachel duda un momento.

—Kalla ha asumido algunos de los deberes, señora, pero solo hasta que usted regrese. No ha dado ninguna orden, ni ha convocado al consejo para discutir el liderazgo. En cambio, ha delegado algunas de sus tareas en varios miembros del consejo.

—Bien —respondo, sonriendo con alivio—. Al menos aquí hay una apariencia de paz. Rachel, ¿me harías un favor? Dos favores, en realidad...

—Por supuesto.

—Bueno, lo primero sería darle a Kalla un mensaje de mi parte. Dígale que volveré en quince días. —Sueno bastante decidida a sobrevivir a esto. Tueur me observa en silencio, y daría la piel de mi espalda por leer su mente en este momento.

—Lo haré, señora. Por supuesto —asiente Rachel—. ¿Y el segundo favor?

—Mi pareja y yo tenemos que volver a salir —continúo.

Me mira fijamente.

—Bien...

—Estoy pensando que algo de ropa nos podría venir bien.

—¡OH! —Rachel asiente enérgicamente y sale corriendo de la habitación. Un par de minutos más tarde vuelve con dos conjuntos de ropa recién planchada para Tueur y para mí, cada uno de los cuales huele a lavanda y azahar. —Espero que le queden bien, señora. Mi hija es más o menos de su talla —añade, y luego mira a Tueur—. Y puede que le quede bien el atuendo de mi marido. Era tan alto como tú...

Si no recuerdo mal, el marido de Rachel murió hace unos años durante un accidente de caza. Mi padre lobo, John Greystone, siempre sospechó que Elliott Redmayne había tenido algo que ver, pero nunca hubo pruebas. Solo rumores y miradas robadas a sus matones. Ellos hicieron la mayor parte del trabajo sucio, de todos modos.

—Eres muy amable, Rachel —le agradezco—. Serás recompensada rápidamente a mi regreso.

—No es necesario, señora. Me alegro de haber podido ayudar.

Sale de la habitación para que tengamos algo de intimidad. Finalmente, Tueur vuelve a hablar mientras se pone su nueva ropa.

—Eres increíble —comenta, ligeramente divertido.

—Me has salvado el culo —respondo, poniéndome unos pantalones de lino y una camisa a juego. Los zapatos son media talla más grandes, pero quedan bien con un par de calcetines. En realidad, no importa a estas alturas, mientras no andemos desnudos por el plano terrestre—. Casi lo pierdo.

—Es normal —dice, abotonando un chaleco oscuro sobre su blusa de algodón, que ha metido dentro de un pantalón negro—. Solo conoces al tipo desde hace... ¿cuántos días? —Asiento con la cabeza una vez. —Pero sigue siendo tu padre. Ha estado vigilando tu espalda. Yo también lo perdería.

—Excepto que tu padre es el maldito villano —refunfuño, arrepintiéndome inmediatamente de haberlo dicho—. Lo siento, cariño. No quería...

—No pasa nada. Es la verdad —responde.

—No podemos quedarnos aquí. Si lo hacemos, Michael acabará encontrándonos hasta los Bosques Interminables.

Me estremece pensar lo que hará para encontrarnos. Solo puedo esperar que no haga daño a gente inocente en el proceso, pero teniendo en cuenta las ganas que ha tenido de matarnos a Tueur y a mí una y otra vez, no voy a contener la respiración. Con suerte, habrá una manada a la que pueda volver si sobrevivimos a esto.

—Lo sé —afirma Tueur mientras yo bebo dos vasos de agua—. Toma...

Saca su caja de huesos y abre la tapa. Me acerco.

—¿Hay algo? —pregunto.

Normalmente, debería haber una reacción de las llaves, ahora que estamos en la dimensión humana. Tueur dijo que el lago está en algún lugar de este reino. Toda la caja de huesos zumba y traquetea. Tueur jadea y la cierra bruscamente, pálido de repente.

—¿Qué pasa?

—Yo... no puedo... —intenta hablar, pero sus alas brotan y llenan toda la habitación, arrancando cuadros de las paredes y jarrones de la repisa. Las cosas se derrumban, y la casa empieza a sombrarse, el tejido del espacio ondulando a nuestro alrededor como un lago agitado por las piedras—. Lo siento...

—Aguanta —me apresuro a coger su cara y a besarla.

Es lo único que se me ocurre hacer, aunque sea para distraerlo de esta... pérdida momentánea de control.

Ambos estamos arrodillados en el suelo, y Tueur respira con dificultad, cada exhalación irregular nos recuerda la cantidad de poder que se ha liberado en su interior. No está acostumbrado.

—Creo que vas a luchar con esto durante un tiempo —le digo a Tueur—. Pero vas a tener que entrar en él al final...

—Sí...

Me escucha hablar, cerrando los ojos durante un buen minuto. Imagino que Rachel está escuchando a escondidas desde los pasillos y rezando a todos los dioses para que no derribemos su casa.

—Escúchame, superaremos esto —le intento tranquilizar—. Este poder de dentro de ti, eres tú. Es lo que eres. No puedes dejar que te abrume así...

—Lo sé.

—Trabajaremos juntos. Simplemente no... no luches contra ello. No creo que funcione embotellarlo de nuevo, ahora que Mammon ha sacado el corcho.

Tueur se ríe secamente.

—Sí, una mierda dura, lo sé. —Calmado y compuesto de nuevo, nos levanta a los dos y mira alrededor de la habitación mientras retira sus alas con un escalofrío. —Pagaré para arreglar todo esto.

—No te preocupes por eso. Rachel solía apoyar la esclavitud en los Bosques Interminables

—respondo—. Tendrá que achacar esto a los costes por los daños sufridos.

—¿Qué?

—¿Por qué crees que nos sirvió agua y nos trajo ropa? —le pregunto, y Tueur me lanza una mirada confusa. A veces olvido lo ingenuo que es en ciertos aspectos, a pesar de su considerable experiencia vital. —Ya no tiene sirvientes esclavos. Lo primero que hice al hacerme cargo de la manada fue volver a prohibir la esclavitud.

—Te quiero con locura —responde Tueur, poniendo mi mano entre las suyas.

—Yo también.

Salimos juntos de la casa de Rachel, los dos jodidos por el destino y Michael y las sociedades a las que tanto nos hemos esforzado por pertenecer. Tueur está un poco raro por su poder de arcángel. Apuesto a que se siente como si se hubiera tragado el sol. Al menos así es como lo percibo a través de nuestro vínculo del alma.

Es como si los dos estuviéramos cabalgando un rayo por el cielo, sin saber cuándo y cómo terminará esto. La magia de la supresión ha estado en él durante tanto tiempo, que es la primera vez que es él mismo en... ¡ni siquiera sé cuántos siglos!

Está asustado. Lo entiendo, yo también. Pero estamos juntos, y tenemos seis de las siete llaves. Michael no nos está ganando la partida. No esta vez. Espero...

VEINTIDÓS VIRGA

El Bosque Interminable parece un conjunto de arbustos del que asoma una cordillera. Estamos lo suficientemente lejos como para que mi tierra natal se sitúe en el horizonte sur, mientras Tueur y yo nos adentramos en el norte. La nieve lo cubre todo de blanco, incluso los viejos pinos que enmarcan el gigantesco lago en forma de lágrima que se extiende por delante.

—Doumah tendría que haber tenido nieve a su alcance para convocar una ventisca —reflexiona Tueur mientras nos dirigimos a lo que parece ser nuestro destino final—. Un manipulador de los elementos necesita tener dichos elementos a mano para amplificarlos.

—¿Cómo van las llaves? —pregunto.

Nos cogemos de la mano, con las mejillas enrojecidas por el descenso de las temperaturas. Volamos desde el borde de los Bosques Interminables, pero acordamos tomarnos las cosas con calma y ser cautelosos al acercarnos al lago. Michael sabía que debía atacar el castillo de Lucifer sin dudar. Su intención era matarnos a los dos y, si llega a alguno de los príncipes, si de alguna manera consigue información sobre nuestras intenciones, vendrá absolutamente a acabar con nosotros.

—Escúchalas tú mismo —responde Tueur y me da la caja de huesos.

Se agitan frenéticamente en su interior, señal inequívoca de que estamos a punto de encontrar la séptima llave y completar este antiguo rompecabezas. Es como si cobraran vida, ansiosas por reunirse. Qué cosa tan extraña puede ser la magia... Todavía me desconcierta a veces.

—Este es definitivamente el lago, entonces —respondo.

Ahora estamos en el lado sur. Una enorme montaña cubierta de escarcha blanca e hileras de pinos verde oscuro se eleva en el extremo norte, justo en la punta del lago, la cima ligeramente puntiaguda de la lágrima. Una gruesa capa de hielo azul cubre el agua fría, lo suficientemente gruesa como para permitir que los carros y tal vez incluso un ejército se muevan a través de ella sin una sola grieta.

No me importaría venir aquí a pasar el invierno. Construiría una cabaña al pie de la montaña, justo donde la cresta pedregosa se adentra en el bosque de pinos plateados. El lago besaría mi porche todas las mañanas, y crearía un embarcadero para tener una barca.

La pesca sería maravillosa aquí durante el verano, con cielos despejados y una capa de nieve permanente en la cima de la montaña. Es un deseo. Pero primero tengo que sobrevivir hoy. Yo y mi pequeño, eso es. El miedo me asfixia, a veces. El temor a perderlo todo. Pero he encontrado consuelo agarrando la mano de Tueur, sintiéndolo cerca de mí.

—Sabes que Michael metía mucha mierda, ¿verdad? Sobre que los portales se abren al azar por culpa nuestra —le digo—. Llevamos horas juntos y mira a tu alrededor. ¿Ya se han caído los mundos?

—No me sorprendería que haya orquestado todo para que parezca un fenómeno aleatorio.

—Concedido, eso requeriría un brazo mágico infernal.

—O los libros de hechizos adecuados del Reino de Plata —responde—. He visto ese lugar. Los ángeles tienen las herramientas para hacer o romper mundos enteros, lo que se suma a mi pregunta original. ¿Por qué demonios nos está haciendo esto Michael? ¿Por qué está tan empeñado en mantenernos separados?

Asiento con la cabeza hacia el lago.

—Quizá Doumah sepa la respuesta.

—Tal vez es solo su llave la que está aquí —plantea—. Ella podría haberla dejado atrás, sabiendo que Lucifer podría encontrar su camino de regreso aquí, tal vez a través de nosotros.

—Eso es un largo presagio, aunque...

—Vamos —me coge de nuevo la mano Tueur, mientras yo me agarro a la caja de huesos y salimos a la superficie helada del lago.

Los zorros plateados levantan la cabeza desde el borde occidental, con su pelaje apelmazado por la nieve y sus lenguas rosadas colgando mientras el vapor sale de sus delgadas mandíbulas. Están cazando.

Más atrás, en lo más profundo del bosque, veo que los ciervos nos observan, inmóviles, mientras esperan a ver si somos una amenaza o no. Este lugar es completamente virgen, no ha sido tocado por el hombre. Me pregunto por qué. Hay un reino a menos de cien millas al suroeste de aquí. Seguramente, habrían llegado hasta aquí en busca de recursos en algún momento.

A unos cincuenta metros, el hielo empieza a temblar. Es un terremoto.

—No te muevas —dice Tueur, mirando con cautela a su alrededor. Nos sacará volando si es necesario. Pero eso no es lo que nos tiene a los dos inmóviles mientras el mundo tiembla bajo nosotros.

—Oh... Guau.

La fina capa de nieve en polvo extendida por el hielo comienza a dispersarse con el viento creciente, ayudada por los peculiares temblores del lago. Se revela un patrón, tallado en el hielo con una cuchilla afilada, cada línea profunda y más antigua que el tiempo, tal vez.

Tueur y yo nos damos la vuelta varias veces hasta entender el diseño: es una estrella de siete puntas en el vientre de la lágrima. A cada punta se le añaden círculos que contienen una réplica de una de las siete llaves.

Recorremos toda la estructura para asegurarnos de que lo vemos bien.

—Es un mecanismo —concluye Tueur, señalando las runas talladas a lo largo de las líneas de la estrella—. Un dispositivo mágico. Todo este lago es básicamente una caja, y hay algo dentro de ella. O debajo del hielo, creo.

Un gruñido nos hace girarnos a los dos para ver una manada de lobos reunida en el borde sur. Deben haber estado siguiéndonos durante un tiempo. No son míos. No son de la manada. No reconozco sus olores y sus pelajes son tan blancos como la nieve que nos rodea. Uno de ellos toma la delantera.

—¿Debemos preocuparnos por ellos? —pregunta Tueur.

—Hay algo que me ha estado molestando desde que llegamos aquí, y este dispositivo mágico de aquí se suma a ello. Si Doumah dejó esto, ¿no crees que es fácil de descubrir? Uno podría literalmente caminar sobre él, como acabamos de hacer.

Tueur asiente.

—Buen punto...

—Mira... —Asiento con la cabeza a los lobos.

Su líder intenta entrar en el hielo, pero se desvanece en una nube de polvo de nieve. Su aullido frenético se oye desde el otro lado de la montaña. Su manada responde. Levantan la cabeza y aúllan con rabia, y luego se dispersan por el bosque. Ahora está claro que el dispositivo mágico está equipado con mecanismos de protección. Por eso nadie ha intentado asentarse aquí ni cortar ni siquiera un árbol. No pueden.

En cuanto pisan el hielo, son transportados lejos y por encima de la montaña.

Miro a Tueur.

—Ningún otro animal ha tocado el lago. Hay muchos a nuestro alrededor. Hay magia protectora en funcionamiento. Entonces, ¿por qué se nos permite estar aquí?

—Porque estamos destinados a estar aquí —confirma, cogiendo la caja de huesos.

Dentro, las llaves se vuelven locas. La abre y las llaves salen volando como pájaros frenéticos, primero hacia arriba antes de dividirse y sumergirse en seis amplios arcos. Cada una de ellas sale disparada a través del hielo, atravesando el círculo que coincide con su propio diseño, mientras Tueur y yo observamos sin aliento y esperamos que ocurra algo. Pasan los minutos, pero el silencio permanece. Las llaves se han sumergido, probablemente dibujadas por la séptima.

—Siento que esta es una conclusión decepcionante para nuestra búsqueda —murmuro.

Se ríe y me besa suavemente.

—Me alegro de que hagamos esto juntos.

—Has cambiado —le digo—. Creo que lo digo en el buen sentido...

—Solo estoy tratando de hacer frente a las explosiones que ocurren dentro de mí —me explica—. Cada vez es más difícil controlarlo, para ser sincero...

—Tueur...

—Sonrío porque no sé cuánto tiempo me queda en esta vida. Michael ha montado un buen número en nosotros. En mí. Si logramos encontrar a Doumah, tal vez esto termine de otra manera.

Le rodeo con mis brazos. Tiembla como una hoja, y sé que no es por el frío. De repente, la perspectiva de perder a Tueur me provoca una punzada de dolor en el pecho y en el estómago, obligándome a enfrentarme a un final que ya hemos sufrido muchas veces. Yo no recuerdo nada de eso, pero él... nos ha visto morir muchas veces. Es su dolor el que siento desangrar mi corazón.

—No quiero perderte —le digo, con los ojos llenos de lágrimas—. Estamos tan cerca, cariño...

—Sí, pero... no estoy seguro de lo que pasa dentro de mí, Virga. Solo sé que mi instinto me dice que vamos a morir aquí. El poder que estoy aprovechando, es cada vez más insoportable. Si pudiera abrirme y dejarlo salir... lo haría.

Abrazándolo, cubro su cara con cálidos besos. Todo se ha detenido, ahora.

—Te quiero, Tueur, y no voy a dejarte morir esta vez.

—Pase lo que pase, que sepas que lo he intentado —comenta. Le beso de nuevo, más profundamente aún. Respira por la nariz y estrecha nuestro abrazo. Siento el sol que irradia desde su interior, el inmenso poder que está desesperado por surgir y estallar y consumir todo a su paso. Estamos en las últimas, si no fuera por el brillo de mi vientre. La respiración de Tueur se estabiliza y me mira con auténtica sorpresa—. ¿Qué... qué estás haciendo?

—No lo sé. ¿Qué estoy haciendo?

Hay una luz que crece entre nosotros, moviéndose de mi cuerpo al suyo. Un dulce dolor en mi núcleo me dice que definitivamente estoy haciendo algo.

—El poder, se está equilibrando —dice Tueur, francamente sorprendido.

—Creo que... Ah.

Entonces me doy cuenta. Nuestro bebé. Debe haber algo que nuestro bebé está haciendo, una reacción a su naturaleza de arcángel, tal vez. Me encantaría especular sobre esto con Lucifer y mi padre, pero ahora mismo, solo tenemos que pasar el resto de este día. Acaricio el rostro de mi amante con ambas manos y lo beso dulcemente, poniendo todo mi amor en ello.

—Virga, ¿qué está pasando?

—Supongo que ha llegado el momento de decírtelo —respondo, conteniendo una sonrisa.

La tensión ha desaparecido de su rostro y la luz ha vuelto a sus ojos. Parece que nuestro bebé es una poderosa fuerza curativa, y no podría estar más orgullosa de cómo hemos llegado a esto. Tueur espera que se lo diga... pero algo sale disparado del séptimo círculo de la estrella puntiaguda. ¡La séptima llave!

Se me corta la respiración.

—¡Hala!

—¿Qué?

Señalo por encima de su hombro.

—¡La llave de Doumah!

Desciende y se posa a nuestros pies, brillando de color blanco mientras el hielo se derrite bajo ella. Poco a poco, el calor se extiende hasta que nos empuja hacia atrás. Un crujido estremecedor nos hace girarnos. Todos los círculos se están derritiendo. La gruesa capa de hielo se está deshaciendo. Se rompe en enormes trozos que flotan sobre el agua antes de ser tragados y consumidos por el borboteante lago.

—¡Aguenta! —exclama Tueur y nos lleva de vuelta a la orilla del agua, donde los lobos estaban hace unos minutos. Siento la energía que sale de él, su sol interior ardiendo, lanzando ondas de poder reprimido mientras respira. Lo que sea que haya hecho nuestro bebé, parece estar ayudando a Tueur a manejar mejor sus fuerzas arcángeles.

Vuelve a colocar sus alas detrás de los omóplatos mientras ambos contemplamos el lago. Todo el hielo ha desaparecido y se ha hundido, fundido en el agua hirviendo. El vapor rueda y se eleva, dragones de color leche que rugen en los cielos despejados que pronto se cubren con remolinos de nubes de carbón. De repente, se desata una tormenta sobre nosotros, con relámpagos que atraviesan y se adentran en el centro del lago.

El mundo entero retumba y se estremece cuando Tueur me abraza.

Estamos indefensos, viendo cómo el lago se abre con una ráfaga de agua mientras un ser de pura luz emerge de debajo con alas que se extienden a lo largo y ancho y...

—Oh... —oigo murmurar a Tueur, incapaz de apartar la mirada.

Se cierne sobre el lago espumoso, su pelo tiene la textura de la seda negra, casi líquida como la tinta cuando se derrama sobre sus hombros. Sus ojos son diamantes blancos. Sus labios son rubíes pulidos que cualquier sol desearía besar. Su piel es de nácar. Su vestido dorado empapa su glorioso cuerpo mientras sostiene una espada larga, y qué espada tan increíble, hecha de diamantes negros comprimidos que brillan en azul bajo el cielo despejado.

Todos los elementos se reunieron y retumbaron durante unos minutos, pero ahora que está libre...

El equilibrio del mundo está volviendo.

Sus enormes alas revolotean, haciendo que se levanten los vientos del norte. Los reflejos dorados y plateados bailan en cada pluma. Ella es belleza, poder y perfección. Ella es...
—Doumah.

VEINTITRÉS TUEUR

Las ilustraciones que he visto no le hacen justicia.

Mi corazón zumba mientras avanza hacia nosotros. Mi aliento se atasca en la garganta cuando sus pies descalzos tocan la nieve.

Mantengo a Virga cerca, preocupado de que pueda estar en peligro, cualquier ángel podría ser utilizado contra ella en este momento. Pero Doumah no parece agresiva. En cambio, sonrío suavemente y casi me derribo por dentro. No entiendo mis propias reacciones ante este ser celestial.

Por qué se me acelera el pulso...

Ya es bastante malo que el poder de dentro de mí siga ondulando de forma contundente.

Ya es bastante malo que cargue con los recuerdos de toda una vida, un peso repentino sobre mis hombros del que puedo que nunca me libre. Ya es bastante malo.

—Tueur —dice Doumah.

—Sabes mi nombre.

Su voz es como la miel dorada, el amor en sus ojos calma mis sentidos. Virga jadea al darse cuenta de lo que pasa antes que yo. Por supuesto, Doumah me ama profundamente. Ella es...

—Soy tu madre. Yo elegí tu nombre —explica—. No te acuerdas de mí.

La tristeza proyecta sombras sobre su mirada, los hombros caen lentamente. Virga me da un codazo y asiente hacia ella. Es una indirecta. Se supone que debo aceptarla, pero están pasando demasiadas cosas a la vez. Mi... Mi cabeza es un puto desastre. ¿Esta es mi madre?!

—Por si sirve de algo, Tueur acaba de enterarse de que es un arcángel —comenta Virga con voz temblorosa y una sonrisa tímida.

Doumah la observa con atención.

—Eres su alma gemela.

—Resulta que lo soy, sí.

—Os he buscado a los dos, durante mucho tiempo —continúa Doumah, luchando contra sus propias lágrimas mientras sacude la cabeza—. Cuando nacisteis, Michael os apartó de mí. Temí que os matara, pero hizo algo mucho peor...

—La maldición del ciclo vital —respondo.

—Siento mucho que hayáis pasado por esto. Los dos... lo siento mucho.

—¿Qué estabas haciendo ahí abajo? —pregunto, señalando el lago burbujeante.

Doumah suspira profundamente.

—Tienes que entender algo. Ninguno de nosotros pensó que vosotros tardaríais tanto en llegar. Michael se adelantó a vosotros, en todo momento. Todo empezó con nuestro creador.

—El Creador de Llaves —digo.

—Sí. Tuvo un desencuentro con Michael. Al principio, quizás fue en el principio del tiempo mismo, he perdido la cuenta de los atardeceres que han pasado desde entonces —explica Doumah. En mi mente, intento imaginar cómo debió ser el mundo. Intento imaginar al creador y a Michael discutiendo. Conociendo a mi padre, sé que al final se puso violento. Después de las veces que le he visto matarme a sangre fría... el muy cabrón—. El Creador de Llaves quería compartir el conocimiento del Reino de Plata a través de las dimensiones. No creía que fuera correcto que un mundo tuviera más poder y comprensión que los demás. Pero eso era exactamente lo que Michael quería hacer. El Reino de Plata necesitaba una ventaja, insistió. Al final, la discusión se convirtió en algo mucho peor. Las tensiones estaban aumentando entre los ángeles, también. A Lucifer no le gustaba a dónde Michael estaba dispuesto a llevar las cosas. Un día, nuestro padre me llevó aparte y me mostró nueve llaves. Dijo que tendría que encontrar la manera de unir las. Le pregunté a qué se refería, pero insistió en que no era mi momento para saberlo o entenderlo. Las cosas estaban destinadas a suceder, dijo. Había que cruzar umbrales y romper corazones.

—¿Nueve llaves? —pregunto.

Ella asiente una vez.

—Le dio una a cada uno de los arcángeles de la Orden de la Luna. Incluida yo.

—Ya son siete —añado, frunciendo ligeramente el ceño—. Algo no cuadra.

—Nunca supimos lo que hizo con las otras dos hasta siglos después, cuando tú y Virga nacisteis. La onda expansiva que recorrió el mundo. Entendí entonces... lo entendí todo. Cuando te traje a este mundo, Tueur, vi a través de los ojos del Creador de Llaves. Vi su memoria de lo que pasó. Por desgracia, cuando intenté hacer algo al respecto, ya era demasiado tarde. Michael se dio cuenta.

—Estoy muy confundida ahora mismo —murmura Virga.

—Ya somos dos —respondo.

Doumah exhala profundamente, dando un par de pasos hacia nosotros.

—Michael preparó un poderoso hechizo que destruyó la forma física del Creador de Llaves. Su alma se dispersó entonces por el universo. Yo no estaba allí, pero lo vi cuando tú naciste. Yo... La cosa es que el alma del Creador de Llaves es inmortal. Todo lo que hizo Michael fue retrasar lo inevitable. Tarde o temprano, el Creador de Llaves volvería a nacer, y una vez que su alma volviera a encontrar una forma física, se restablecería el equilibrio de todos los reinos conocidos y desconocidos.

—Dios mío —murmura Virga, con los ojos como platos. Tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo.

—Una vez que las nueve llaves se reunieran de nuevo, el hechizo del Creador de Llaves estaría completo, y su nacimiento estaría casi garantizado —prosigue Doumah, sonriéndonos—. Vosotros sois las otras dos llaves. No sé cómo lo hizo el Creador, pero tú, Virga, eres la octava llave, y tú, Tueur, eres la novena. Llevas su poder dentro de ti. Siempre habéis sido las últimas piezas del gran rompecabezas. La respuesta a mis oraciones. A nuestras oraciones, porque todos los ángeles han anhelado el regreso de nuestro creador.

—Excepto Michael —concluyo.

—Sí. Michael no podía destruir al creador, por supuesto, pero sí podía sacarlo de la escena, aun así. Era el mayor y el más experimentado, y llevaba consigo el conocimiento de

civilizaciones desaparecidas hace mucho tiempo. Esperó una oportunidad, y cuando se presentó, la aprovechó. A decir verdad, creo que el Creador de Llaves le permitió hacerlo. Dijo que las cosas debían ocurrir, pero creo que *quería* que ocurrieran. Tal vez deseaba ver lo bajo que caería Michael... Estoy indignado...

Virga y yo intercambiamos miradas preocupadas. Finalmente, la búsqueda de Michael para mantenernos separados tiene más sentido que nunca. Durante siglos, ha estado trabajando contra el regreso del Creador de Llaves. La comprensión me golpea justo en el plexo solar, cortándome el aire por un momento.

—¿Qué edad tenemos exactamente? —pregunto— ¿Cuándo nacimos?

—Hace seiscientos años, hasta el día de hoy —responde Doumah, sus ojos brillan por un momento. Debe haber sintonizado con el tejido del tiempo para ponerse al día. Para volver a anclarse en la línea de tiempo—. Fue una sorpresa increíble. Os sentí a los dos, a pesar de haber nacido a tantos kilómetros de distancia. Por desgracia, Michael ya se había enterado del plan del Creador de Llaves. Me había estado espiando. Sabía que había estado trabajando para traer de vuelta a nuestro creador...

—Todo el tiempo, los ángeles que terminaron en el Mundo Oscuro pensaron que los habías traicionado. Michael te pintó como un agente de dos caras —digo.

—Mintió a todo el mundo porque no podía admitir que nunca fue apto para el liderazgo. Mintió, engañó, robó y mató. Permitted que la guerra con Lucifer se convirtiera en esa horrible división. Raziel... Él mató a Raziel —Doumah comienza a sollozar, sin poder aguantar más—. Mi querido Raziel...

Ahora comprendo mucho más, aunque el plan cósmico que dejó el Creador de Llaves todavía me desconcierta. Supongo que hay cosas que nunca podré comprender del todo. El tiempo en sí mismo es una noción tan fracturada para mí. Me he perdido muchas cosas durante mucho tiempo. Virga, también. Ambos formamos parte de esta locura, desde el principio.

—Entonces, nuestra conexión de almas gemelas —digo, mirando a Doumah en busca de más respuestas—. ¿Es por las llaves, entonces? ¿Es parte del efecto de hechizo del Creador de Llaves?

Ella sacude la cabeza.

—No lo creo. Hay cosas que ni siquiera nuestro padre podría haber predicho. El universo sigue estando lleno de maravillas. En mi humilde opinión, el vínculo de tu alma fue un regalo del universo para el Creador de Llaves. Una forma de estímulo. Después de todo, vuestro vínculo facilita que os unáis, sin importar dónde estéis. Con las otras llaves disfrazadas de regalos y con el poder de cruzar mundos, la intención del creador era despistar a Michael. Por supuesto, Michael no era tonto. Imaginó que el Creador de Llaves habría tenido garantías. Solo que le llevó mucho tiempo encajar las piezas...

—¿Qué hay del Creador de Llaves, entonces? —pregunta Virga— Me parece que todas las llaves están juntas de nuevo.

Doumah nos observa un momento, con un brillo divertido en sus ojos de diamante.

—No lo sabes —me dice—. Deberías haberlo intuido, supongo, pero dado lo mucho que te han ocultado, hijo mío, no tienes ninguna culpa...

—No lo entiendo.

—Tu querida Virga está embarazada —suelta Doumah.

Mis rodillas casi ceden cuando miro a Virga. Su expresión lo confirma, y me siento abrumado por la alegría, la conmoción, el mareo y todo lo demás, porque con todo lo que ha sucedido... esto es literalmente lo último que me esperaba ahora mismo. Sin embargo, un

sentimiento de orgullo me invade. El amor crece y florece en mi pecho al contemplar a esta maravillosa mujer, que pronto será la madre de mi hijo y... guau.

—Estás embarazada.

—No quise decírtelo antes —reconoce Virga—. Me preocupaba que no me dejaras venir.

—Estás embarazada.

—Sí, te atrapé la primera vez —ríe nerviosamente, y yo no podría estar más feliz. Estúpidamente más feliz. La cojo en mis brazos y la colmo de besos, con lágrimas en los ojos mientras la fuerza que hay en mi interior encuentra un nuevo ritmo con el que palpar, más suave, esta vez. Más suave, incluso. Es extraño, pero estoy agradecido.

—Hace que todo sea mucho peor —le digo—. Michael estará...

UNA RÁFAGA BLANCA NOS ENVUELVE.

Virga grita.

Oh, no...

Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar...

Una sombra se extiende a nuestro alrededor. El calor me roza las mejillas. Las cenizas permanecen en el aire, ahora, mientras abro lentamente los ojos.

El humo negro se eleva desde donde solían crecer los pinos plateados. El lago hierve de forma oscura porque toda la nieve se ha derretido y secado de repente. Solo las alas de Doumah que se extienden a nuestro alrededor se mantienen puras y blancas e intactas: la barrera que impidió que la explosión nos matara.

—Mierda —logra decir Virga, jadeando mientras evita por poco un ataque de pánico al darse cuenta de lo cerca que hemos estado de volver a caer en el bucle.

Sin embargo, lo siento.

Lo siento de pie cerca.

Siento que su mirada me perfora el alma, así que levanto la vista cuando Doumah retira las alas y la suavidad de sus rasgos desaparece. Michael está aquí, con la espada en llamas en la mano y numerosos cortes en el pecho. Pronto me doy cuenta de que ha luchado mucho. Parte de su armadura ha sido arrancada. Su gorra de seda está casi negra y destrozada. Lleva un profundo corte en la mejilla y una sonrisa amarga en los labios.

Ha venido a terminar el trabajo.

Para matar a su hijo...

VEINTICUATRO VIRGA

Si hay alguien que realmente me aterroriza en este mundo, es Michael. Acuno mi vientre como un reflejo, como una forma de añadir una capa protectora para mantener a mi bebé fuera de su alcance. Este cabrón, este maldito creído no ha hecho más que dar problemas en todos los reinos conocidos. Y nos ha estado acosando a Tueur y a mí durante seis malditos siglos. Durante seiscientos años nos ha estado matando y destrozando.

Esta vez, Doumah se mantiene firme a nuestro lado. Parece diferente.

Parece que ya no estamos realmente solos y perdidos.

—Esto termina aquí, Michael —le dice Doumah—. Ya has hecho suficiente daño.

—Me temo que no eres tú quien decide lo que pasa después —responde con frialdad, y luego mira a Tueur—. Supongo que hasta ahora te han metido en el ajo. —Una sombra recorre su rostro. —Tú eres diferente.

Tueur se burla.

—La magia de supresión está desactivada. Vuelvo a ser yo mismo.

—Mala idea. No tienes ni idea de cómo controlar ese gigantesco poder que llevas dentro — responde Michael—. ¿Tienes idea de lo raro que es un niño arcángel? Todos lo hemos intentado, más de una vez, de todas las maneras. No fue hasta que llegaste tú que realmente sucedió, y eso es porque dos arcángeles que se unen significan duplicar el poder en su descendencia. Ninguna carne, ni siquiera la celestial del Reino de Plata, puede soportar tanta presión.

Recuerdo que la fertilidad siempre fue un problema entre los ángeles, su tasa de natalidad disminuyó a lo largo de los siglos. Cada guerra les hacía sufrir enormemente, y lo mismo ocurría con los demonios. Cada conflicto en el que Michael arrastró a los reinos resultó en daños irreversibles y demasiadas bajas.

—Sin embargo, aquí estoy —contesta desafiante Tueur.

—Si sirve de algo, siento que haya acabado así —dice Michael.

—¿Dónde están los príncipes? —pregunto— Azazel, Leviathan... Lucifer.

Me lanza una mirada aguda. Hay odio en sus ojos blancos. Supongo que siempre he sido un obstáculo para este tipo, siempre la mujer a la que Tueur iba corriendo, tarde o temprano.

—Pronto dejarán de molestarnos —suelta, y vuelve a mirar a Doumah—. Eres una perra persistente. Te metí en el lago para que te quedaras allí.

—Volver las siete llaves contra mí fue un acto inteligente, lo reconozco —replica Doumah—. Pero la magia es antigua y fue creada por el Creador de Llaves. Responde a sus deseos, en

última instancia, y solo a sus deseos, sin importar cómo se secuestren las piezas.

—¿Cómo te empujó al lago, entonces? —murmura Tueur, sin dejar de mirar a Michael.

—Oh, solo puse su propia llave contra ella —responde Michael con una risa seca—. Todo el tiempo que conté con ella como amiga y aliada, Doumah me estaba traicionando, confabulando con el Mundo Oscuro, conspirando para dejarme en ridículo...

—Tuve el liderazgo del Reino de Plata durante mucho tiempo —explica Doumah—. A Michael le molestaba que, incluso sin el Creador de Llaves, la sucesión me llevara a mí a la cima y no a él. Durante años me mantuvo cerca, intentando dirigir su gobierno en la sombra mientras fingía quererme... vaya, eso le explotó en la cara...

Tueur sacude la cabeza lentamente.

—Vuestras disputas han sumido todo en el caos.

—No, era Michael. Siempre Michael —insiste Doumah—. Todo lo demás que siguió a la desaparición del Creador de Llaves fue culpa suya.

—Culpable de los cargos, supongo —responde Michael, y luego levanta su espada hacia ella—. Pero tú tampoco eras una santa, ¿eh, Doumah? Tratando de juntar las llaves. Pf, pf, pf...

—¡No puedo, no puedo entender cómo vosotros dos fuisteis pareja alguna vez! —me quejo mientras los vientos invernales se levantan y el aire se espesa a nuestro alrededor, la presión arcangélica se eleva y sisea.

Muy pronto, llega a su punto de ebullición, y Tueur se encuentra entre dos de los faros más poderosos del Reino de Plata. Su propio poder está destinado a salirse de control. Necesitará años para dominar todo. Para vivir con su verdadero yo... pero es mucho pedir. Michael me echa otra mirada, aunque esta rezuma desprecio. Espera, desprecio y algo más. Algo parecido a... vergüenza.

—Michael y yo nunca estuvimos juntos —declara Doumah, con los labios torcidos por el asco—. Nunca me entregaría a este monstruo... No después de lo que le hizo al Creador de Llaves. No después de lo que le hizo a Raziel y a todos los demás ángeles que se pusieron del lado de Lucifer.

Es el turno de Tueur de estar confundido de nuevo.

—No lo entiendo. Michael es mi padre... Dijiste que eras mi madre...

—Él te crio, sí —admite Doumah—. Pero no es tu padre.

Michael carga contra nosotros con todas sus fuerzas, las llamas de su espada estallan mientras ruge y lanza un ataque catastrófico. Casi por simple reflejo, Tueur se levanta junto a Doumah y ambos extienden sus alas como escudos impenetrables. Michael arremete contra ellos con toda la rabia que lleva encima.

La tierra tiembla bajo mis pies. Los cielos truenan por encima.

Todo el reino se estremece con cada golpe mientras las chispas vuelan y los fuegos rugen a nuestro alrededor. Michael es implacable y odioso y está lleno de una ira devastadora... Me temo que Doumah y Tueur no podrán contenerlo durante mucho tiempo.

Ve su mirada de odio. Oh, cielos, es mi cabeza la que busca primero, y temo que mi bebé ángel no sobreviva a él. A él no. No a la bestia que me ha estado matando durante tanto tiempo.

¿Esto es todo?

Tueur gruñe de dolor cuando la espada de Michael finalmente arde lo suficiente como para cortar su ala. La sangre y el polvo dorado salen disparados cuando la punta de sus alas se desprende en un corte limpio. Me oigo gritar de horror, pero mis oídos se taponan de repente y se llenan de un horrible zumbido.

Doumah carga contra el imbécil, pero este hace girar la espada flamígera y luego le da una

patada en el estómago con su bota de acero. Han caído. Mis protectores. Oh, no...

Nada se interpone entre Michael y yo.

El dolor de mi vientre se apaga y se disuelve. Me siento tan sola, de repente.

Tueur intenta levantarse, pero sigue aturdido y terriblemente herido. Doumah apenas puede respirar, desplomada sobre un lado mientras lucha por mantenerse anclada en el momento. Es como si el tiempo mismo se hubiera ralentizado, de alguna manera. Es como si el universo se tomara un segundo para ver cómo se desarrolla todo, mientras mi corazón se rompe mil veces. Esto terminará aquí.

El ciclo de vida comenzará de nuevo.

Nuestro bebé se irá...

—Es hora de retroceder en el tiempo —dice Michael, levantando su espada flamígera hacia mí. Debería correr, pero estoy paralizada, el miedo paraliza mis sentidos por completo. Debería gritar, pero la voz se me atasca en la garganta. Miro a Tueur y veo la mirada rota en sus ojos, la desesperación...

La hoja baja, roja y ámbar y furiosa.

Pero no me corta. Tengo los ojos cerrados con fuerza, pero la luz sigue brillando y se hincha, obligándome a abrirlos de nuevo. El poder que emana de mí es demasiado incluso para el arcángel. Yo, en cambio, apenas puedo sentir nada, pero la ola de luz blanca sale de mí como un maremoto que baña todo y a todos.

Confiere a Doumah un brillo nacarado. Cura el ala cortada de Tueur, la punta vuelve a crecer en segundos. Y lanza a Michael hacia atrás como si no fuera más que un muñeco de trapo sin vida. Su espada en llamas se consume, el acero blanco cae al suelo y se vuelve repentinamente inútil, ya que el arcángel se encuentra a muchos metros de distancia y lucha por levantarse de nuevo.

—¿Qué cojones acaba de pasar? —pregunto, apenas encontrando mi aliento.

Doumah tose y se levanta con una mirada de asombro.

—Es demasiado tarde —logra decir, encontrando poco a poco su voz mientras mira a Michael—. ¿Sentiste eso, imbécil? Es demasiado tarde. ¡Llegas demasiado tarde!

—¡Noo! —Michael no puede creerlo.

Tueur vuelve a acercarse a mí, me coge en brazos y me estrecha, con los labios apretados cariñosamente contra mis sienes. De repente, estamos rodeados. Ángeles y demonios descienden sobre el lago en forma de lágrima, pero no luchan entre sí. Los primeros están liderados por Gabriel y Raphael, los segundos por Lucifer y... mi padre, y yo lloro y río y suspiro de alivio al comprender... comprendo que nuestra pesadilla por fin ha llegado a su fin.

—Está bien —me susurra Tueur al oído.

—¿Estás viendo esto? —murmuro, con lágrimas cayendo por mis mejillas calientes.

Doumah nos mira.

—Michael ha mentido a todo el mundo sobre ti, y yo estaba maldita bajo este lago, incapaz de apartarle de vuestro alcance...

Lucifer va directo hacia Michael, su espada de acero negro brilla maravillosamente como una noche estrellada comprimida en una sola hoja. Apuñala a Michael en el costado, arrancando un grito de dolor de su pecho. Esto es todo. Mi bebé le dio una patada en el culo a Michael, y Lucifer acaba de sellar el trato.

Antes de que el imbécil pueda siquiera ceder, a mi padre se le unen Leviathan, Raphael y Gabriel mientras atan a Michael con cadenas de oro y acero, cada eslabón cubierto con antiguas runas que brillan en rojo una vez que está completamente inmovilizado.

En cuestión de minutos, el orden del mundo mismo ha... cambiado.

Ha cambiado irremediamente.

—Todos vosotros pagaréis —sisea Michael, repentinamente lamentable, miserable e impotente—. Pagaréis por esto. Me aseguraré de que paguéis...

—Cierra la boca de una vez —Gabriel le da una patada en la boca, la sangre brota de un labio partido mientras Michael cae a un lado, gimiendo y murmurando. Se me revuelve el estómago al ver lo bajo que ha caído en el lapso de unos pocos minutos. Gabriel se inclina ante nosotros—. Nos disculpamos por haber tardado tanto...

—No entiendo —exclama Tueur—. ¿Sabíais dónde estábamos?

Lucifer sacude la cabeza.

—Seguimos a Michael. Casi me mata en el Mundo Oscuro, pero creo que sintió algo...

—Mi regreso —responde Doumah.

—Y se marchó a toda prisa —respira Lucifer, sus ojos negros brillan deliciosamente al contemplarla por primera vez desde que se vieron por última vez en la cima de la montaña más allá del lago... oh, cielos, ahora... Ahora, lo veo—. Pensé que te había perdido para siempre...

—El universo fue paciente —responde ella, llorando—. Lo siento mucho... Nunca llegué a decírtelo...

—¡Oh! —suelto.

Todos los ojos están puestos en mí, mientras mi mirada se mueve entre Tueur, Lucifer y Doumah. Sí, definitivamente tiene sentido. Fue el sedoso pelo negro y los ojos blancos como un diamante de su madre lo que heredó, y los hermosos rasgos de Lucifer. Nunca de Michael. Definitivamente no de Michael. Vaya, lo veo tan claramente cuando están juntos. Es difícil no reírse.

—¿Cariño? —Azazel levanta las cejas hacia mí.

—Lucifer, te presento a tu hijo, Tueur —suspira Doumah, sin saber de qué otra manera decir esto.

El silencio que sigue es absolutamente estupendo. Realmente increíble y liberador, mientras nos miramos con maravillosa incredulidad hasta que la verdad se hunde, y el Príncipe de las Tinieblas deja salir un pesado aliento de su pecho.

—¿Qué?

Tueur se queda sin palabras.

Doumah, por su parte, está temblando, totalmente agotada y aliviada mientras se acerca a nosotros. Ninguno de los dos reacciona cuando nos rodea con sus brazos. Ninguno de los dos rechaza el calor y el amor que brota directamente de su corazón hacia el nuestro. Cuando termina, los tres estamos llorando y respirando de nuevo, y nos giramos poco a poco hacia Lucifer.

—¿Qué? —repite.

No está en su naturaleza mostrar tales emociones, pero veo que el amor que siente por Doumah es verdadero. Veo que el asombro hacia Tueur es francamente palpable. Nadie vio esto venir, pero ninguno puede negarlo. Han pasado demasiadas cosas. Se han ocultado demasiadas cosas. Debemos tomarnos nuestro tiempo con este cúmulo de locura que parece ser nuestra vida.

Lo más importante es que... estamos vivos.

—Michael perdió —concluyo, mirando al arcángel caído.

—El Creador de Llaves volverá —anuncia Doumah, poniendo suavemente una mano en mi vientre—. Ya ha hecho acto de presencia...

Solo pasa un segundo antes de que lo asimile.

La verdad real.

No estoy embarazada de un simple niño arcángel...

Llevo al Creador de Llaves en mi vientre.

VEINTICINCO TUEUR

Es mucho para asimilar.

Todo ha dejado de ser lo que era. Aquí estamos, al borde de un lago con forma de lágrima, una horda de ángeles y demonios extrañamente reunidos por la misma mentira que nos ha mantenido separados durante tanto tiempo.

Michael ha sido derrotado y se han revelado verdades sorprendentes. Un hechizo de años de duración ha visto por fin la luz del día, y la promesa de mejores días por delante titila por fin en el horizonte con el fundido del sol.

Me tiemblan las manos, pero no puedo separarme del dulce calor de Virga. Aferrarme a ella es prácticamente la única forma que tengo de mantener el control y la cordura. El poder brilla en mi interior, mis músculos se crispan, mi piel hace cosquillas por todas partes y mi respiración es entrecortada, pero mi amada está viva y bien y... embarazada.

Han cambiado muchas cosas. Me llevará un tiempo asimilarlo todo.

—Naciste del amor —me explica Doumah, con Lucifer a su lado—. Tueur, naciste del amor, del verdadero amor. A menudo he pensado que por eso fuiste concebido. Durante eones antes de ti, los arcángeles habían intentado tener hijos, sin éxito. Los ángeles han nacido, sí, aunque ni de lejos con tanta frecuencia como los humanos, pero los arcángeles... Temíamos haber sido maldecidos, mientras que el Creador de Llaves insistía en que estaba en nuestro poder concebir.

—Esto es raro —logro decir.

—Sí, sé lo que quieres decir —comenta Lucifer.

—Eres el hijo de la realeza —se ríe Gabriel—. Del Príncipe de las Tinieblas, de la Reina de Plata...

—¿La Reina de Plata? —pregunto.

Doumah sonríe.

—Así me llamaban cuando estaba al mando.

—Y Michael lo sabía. Todo este tiempo lo ha ocultado —responde Virga, robando miradas al imbécil, que ahora no es más que una mera sombra de lo que fue. No creo que tenga ganas de odiarlo, pero la cantidad de ira con la que estoy lidiando, bueno... Es suficiente para romper la última pizca de simpatía que me quedaba por él—. Él sabía que Tueur era el hijo de Lucifer y Doumah.

—Sí —suspira mi madre, bajando la mirada un momento.

—Por eso no tuvo reparos en matarte —me aclara Virga—. Me lo pregunté. Quiero decir,

¿cómo de malvado tendría que ser un arcángel para herir a su propio hijo así, una y otra vez?

—Como no era su hijo, el factor de culpabilidad era mínimo —respondo.

—A la mierda, ya no importa —interviene Azazel mientras se acerca a nosotros. Abraza a su hija con fuerza, y me siento agradecido por haber encontrado un refugio seguro entre los demonios cuando los míos me rechazaban y maltrataban—. Me alegro de que estés bien, querida... Bueno, tú y el bebé.

—Sobre él —interrumpe Doumah, llegando finalmente a la mayor revelación de todas—. No es un arcángel, per se...

—Llevo al Creador de Llaves, ¿no? —responde Virga.

Se esfuerza por mantener la calma y la compostura, pero puedo sentir su miedo como si fuera el mío. Sé que está aterrorizada por lo que esto significará para nosotros. De lo que nos hará. Concebir en el ojo de la tormenta es una cosa, pero llevar la mayor fuerza dentro del vientre de uno... maldita sea, no sé ni cómo pensar sobre esto.

—Sí —afirma Doumah—. Sin embargo, no estaréis solos. Lo prometo.

—Nunca volveréis a estar solos —añade Lucifer, con sus delgadas cejas fruncidas, el atardecer proyectando tonos rosados y anaranjados a través de su pelo blanco como el diamante—. Michael nos ha mantenido a todos en la oscuridad durante demasiado tiempo. Incluso todas nuestras disputas tienen una melodía diferente, ahora que conocemos estas verdades...

—Mmm, repasando el pasado —murmura Leviathan desde un lado mientras él y Raphael intercambian miradas—. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos sin querer matarnos, eh?

—No estoy seguro, pero sigues siendo feo —responde Raphael, solo medio en broma.

Asmodeus se acerca entre ellos, con los brazos extendidos alrededor de sus hombros.

—Yo digo que le demos una patada a este jodido Michael en un pozo sin fondo y esperemos a que el Creador de Llaves vuelva a despellejarlo vivo.

—¿Veremos ese proceso? —pregunta Raphael.

Gabriel sonríe fríamente.

—No te tenía por un sádico.

—Creo que Michael saca lo peor de todos —interviene Doumah—. Lo llevaremos de vuelta al Reino de Plata, por el momento. Cuando el Creador de Llaves regrese, decidirá lo que se debe hacer con nuestro arcángel traidor...

Es más fácil decirlo, supongo.

Pero mi amada lleva el Creador de Llaves, y el pavor que me produce saber esto es demasiado para soportarlo.

—¿Qué le pasará a Virga al llevar al creador a término?

—No lo sabemos —responde Doumah—. Pero estaremos ahí, en cada paso del camino.

Virga me rodea la cintura con sus brazos y ronronea como un gatito.

—Está bien, cariño —me susurra con amor—. Mientras te tenga a ti, estaré bien.

—Destruiré este mundo por dentro para mantenerte a salvo —le aseguro.

Quiero decir cada maldita palabra. Se ha acabado lo de ser un peón en el gran esquema de las cosas. Se ha acabado lo de ser una llave, un tonto, un niño sin sentido ni dirección. No, soy Tueur, hijo de Lucifer y Doumah. Soy un arcángel y un guerrero, y haré todo lo que esté en mi insano y turbulento poder para asegurarme de que mi alma gemela sobreviva para que podamos explorar una eternidad juntos.

VEINTISÉIS VIRGA

Los meses de después de lo del lago se sienten como un dulce aturdimiento.

Reinos enteros están trabajando para adaptarse a una realidad nueva y diferente. Una realidad mejor, en realidad. La fractura entre el Reino de Plata y el Mundo Oscuro es demasiado grande para que se cure, por supuesto. Los demonios nunca volverán a ser ángeles. Pero la paz ha sido negociada con éxito entre ellos.

Doumah vuelve a ser la Reina de Plata, y Lucifer y sus príncipes siguen gobernando el Mundo Oscuro. Los arcángeles restantes han reformado la Orden de la Luna para servir al reino humano, y los demonios han creado su versión de la Orden del Sol. Es un contraste interesante, pero ambos grupos sirven a los intereses del Plano Terrenal.

Después de todo, el Creador de Llaves quería compartir el conocimiento a través de los reinos, y así... Doumah y Lucifer se han puesto finalmente a cumplir ese objetivo. Algún día, los historiadores del Reino de Plata y del Mundo Oscuro recordarán estos momentos y los registrarán como los pilares sobre los que el propio universo evolucionó hacia una etapa superior de la existencia.

Mientras tanto, por mi seguridad, he tenido que vivir con Tueur en nuestro castillo blanco del Versteck. He puesto a Kalla y a mi madre loba a cargo de gobernar los Bosques Interminables mientras doy a luz a mi bebé. Necesito a Melisse y a los duendecillos a mi lado, por no hablar de Doumah y de cualquier otro ser celestial disponible para lo que vendrá después, ya que no tenemos ni idea de lo que será, precisamente.

Tueur está nervioso y aterrorizado. Por una buena razón, también, pero Lucifer ha estado viniendo, acompañado por Azazel y Raphael para ayudar a mi amado a alcanzar todo su potencial como arcángel. Es increíblemente poderoso, tal y como ellos sospechaban. Esto llena a Lucifer de un comprensible orgullo, pero también de preocupación. Tueur siempre tendrá que ser cuidadoso. Debe dominar el autocontrol antes que nada si quiere proteger a los que le rodean de sí mismo. Si hubiera sido criado por Doumah y Lucifer, habría aprendido estos aspectos fundamentales desde una edad temprana. De este modo, desgraciadamente, una sombra se cernirá siempre sobre su hombro.

Pero tengo fe en él. Tengo toda la fe del mundo.

—Tenemos que ir con cuidado —me dice cuando le sorprendo a solas en la biblioteca. Con una mano acariciando su pene, sabe exactamente lo que quiero.

Dejé a Melisse con los duendecillos en los jardines, donde hemos estado cultivando una

variedad de plantas que pueden usarse como analgésicos para el parto. Ahora se me nota la barriga, pero me gusta. Me gusta cómo los vestidos de seda lo cubren antes de llegar al suelo. Mis pechos se hinchan y me duelen. A menudo, encuentro que los besos de Tueur ayudan a aliviar algunas de las molestias.

—Entonces iremos con cuidado —respondo, de manera seductora. Él siente mi excitación como yo siento la suya, nuestro vínculo del alma crece constantemente y se afina hasta que somos uno—. Pero no puedo dejar pasar un día sin que estés dentro de mí.

—No querría hacerte daño a ti ni al bebé —responde, realmente preocupado.

Nos besamos, lentamente, mientras nuestras lenguas chocan y se enredan. Saboreo su deseo y su amor, y la suavidad de sus labios me hace sentir escalofríos.

—Nunca me harías daño. Además, tienes que admitir que el sexo durante el embarazo es jodidamente increíble...

—Sí, lo es —sonríe y se muerde el labio inferior mientras yo deslizo mi mano por sus pantalones y aprieto suavemente su ya palpitante erección. Está absolutamente preparado para mí, y mucho más.

En poco tiempo, mi vestido está en el suelo y Tueur está de rodillas. Sus manos me acarician el culo, los dedos se clavan en la suave carne mientras lame mis húmedos pliegues y chupa un clitoris cada vez más sensible. Cada segundo que pasa me convierte en un barril de energía que está a punto de estallar. Me lanzo sin esfuerzo a un tembloroso orgasmo mientras mi amante me hace girar. Me agarro a la mesa de lectura mientras me inclino ligeramente.

Tueur se desliza dentro de mí. Lleno, grueso y maravillosamente grande, empieza a moverse, con cautela al principio mientras intento recuperar el aliento. Cada momento con él es una especie de orgasmo. Cada vez es más difícil distinguirlos, ya que me corro con más fuerza y mi vagina vuelve a ondularse con placer alrededor de él. Me empuja más profundamente, y yo acojo cada centímetro con un dulce dolor que exige más y más y más...

Hacemos el amor con dulzura durante todo el tiempo que nos aguantan las piernas antes de que me lleve de vuelta al dormitorio. Me reclama, una y otra vez, mientras yo me tumbo de espaldas, sonrío y lo asimilo todo. Cada golpe, cada movimiento de sus caderas, cada respiración entrecortada, hasta que su semilla se derrama y alcanza un clímax estremecedor en mis brazos. Hacemos el amor todos los días, cada vez que podemos, porque así es como nuestras almas se alimentan mutuamente. Yo le quito el filo a su arcángel, y él sacia mi naturaleza de súcubo precisamente como me gusta.

Hay un equilibrio entre nosotros.

Un equilibrio sobre el que descansa todo lo demás.

—En realidad, no me importará estar una eternidad así —comenta después de un rato.

—¿Qué pasa con la maldición del ciclo vital? —pregunto, sintiéndome bastante mal si acabo aguándole la fiesta— Mammon no pudo romperla. Tampoco podría Doumah. Podríamos seguir muriendo...

—¿No te dije que voy a abrir el mundo si eso es lo que hace falta para protegerte? —pregunta Tueur, dibujando un círculo con su dedo alrededor de mi pezón. Muy pronto, está rígido y rosado, y ansía más.

—Creía que era una metáfora —me río.

Se pone de lado y se lleva el pezón a la boca, besando, lamiendo y chupando hasta que gimo sin poder evitarlo en la agonía de un deseo infinito.

—Odio las metáforas —responde.

Pero me ama hasta el fin del universo y de vuelta.

Solo espero que tengamos nuestro trozo de cielo, finalmente.
Yo también quiero una eternidad así.

EPÍLOGO: TUEUR

La luz del sol entra en la habitación en suaves tonos blancos y dorados al filtrarse a través de las ondulantes cortinas de velo. Las paredes están cubiertas de nácar. El suelo es de mármol impoluto. La cama está hecha de un marco de cuarzo sin pulir, con capas de algodón blanco que acunan a mi amada Virga mientras respira profundamente, inhalando y exhalando, a pocos minutos de dar a luz a... nuestro hijo.

Tengo el corazón atascado en la garganta. Llevo la mayor parte del día a su lado, cogiendo su mano y secando el sudor de su frente. Su madre loba, Mary, nos ha hecho compañía, cambiándole los paños y trayendo más agua hirviendo de la cocina, mientras Melisse y los duendecillos revolotean pacientemente a nuestro alrededor, esperando la llegada del bebé. Doumah, mi increíble madre, ha bajado de su trono del Reino de Plata para ayudarnos.

Con sus mangas de hilo de oro arremangadas, tiene las manos en las rodillas de Virga, haciéndole señas para que empuje.

En el exterior, Azazel, Lucifer y los demás príncipes y arcángeles demoníacos esperan ansiosamente la conclusión de esta desconcertante saga nuestra.

¿Cómo saldrá el bebé?

¿Será el Creador de Llaves, directamente?

¿Habrá un bebé de verdad?

Estoy cagado de miedo, pero quiero a Virga más que a lo desconocido que se nos viene encima. Tantas preguntas, pero ninguna respuesta. Solo la brillante esperanza de que Virga sobrevivirá a esto.

—¡EMPUJA! —Doumah grita, y Virga grita en respuesta mientras se produce otra contracción. Siento su dolor como si fuera el mío, mi propia alma se desmorona mientras sostengo su mano con fuerza y rezo al universo para que me guíe.

Yo solo...

—¡Empuja, Virga, empuja! ¡Eso es!

Solo quiero que viva. Por una vez, necesito que viva. Necesito que vivamos para que podamos experimentar la verdadera felicidad sin la amenaza de Michael o una maldición o cualquier otra cosa que lo fastidie todo.

—¡Una vez más, Virga! —exclama Doumah, sonriendo al ver venir al bebé.

Mi aliento me abandona.

—¡Joder! —grita Virga. Mary le quita suavemente el sudor.

Estoy congelado en el tiempo.

El grito de Virga desgarró el universo mismo.

Ya viene.

Puedo sentirlo.

El tiempo se ralentiza. No soy yo quien está paralizado. Es todo lo demás.

La luz llena la habitación. El propio sol emerge del vientre de mi amada. El mundo se detiene. Mi corazón estalla de amor y de miedo cuando el extraordinario resplandor se extiende primero por todas partes antes de volver a contraerse en un resplandor solitario. Lo siento. Lo veo. Es...

—El Creador de Llaves —una voz resuena en mi cabeza. Es él. Sé que es él.

Santo cielo, ha vuelto. El creador de arcángeles y ángeles. El constructor de mundos y de la propia magia, más viejo que el tiempo y, sin embargo, apenas joven. Virga no se mueve, su cara se contorsiona por el dolor ya que acaba de dar un último empujón.

Doumah sonríe ampliamente con las manos dispuestas a recibir una nueva e increíble vida en este mundo. Las lágrimas de alegría de Mary centellean en sus mejillas. Sin embargo, nada se mueve.

Ni siquiera yo.

—Siento todo lo que habéis pasado —me dice el creador—. Siento vuestro sufrimiento, vuestra confusión y vuestra ira infinita. Había que hacerlo. Había que romper el patrón. El mundo tenía que estar sin mí para que pudierais aprender a estar solos...

Pero dejaste a todos muy confundidos, pienso.

—Tenía fe en vosotros—responde—. Eso no significa que no os amara. Os quiero a cada uno por igual y con todo lo que tengo.

Sin embargo, permitiste que Michael te llevara.

—Solo para demostrarle que ha fracasado. Cada día que trabajó para destruirte a ti y a Virga fue la prueba de que fracasó. Cada vez que nacías, tenía que volver a empezar.

¿Por qué dejaste que esto sucediera?

—Porque quería que ocurriera. No deseo controlar el mundo, ni sus acontecimientos. No quiero esa responsabilidad, y tú tampoco deberías, Tueur. El libre albedrío es algo inconstante, pero no tiene precio —responde—. Y por todo lo que has soportado, solo tendrás dicha y paz mientras ambos viváis.

¿Cuánto tiempo será?

—Todo el tiempo que queráis.

Mientras lo quiera...

El tiempo vuelve a fluir y oigo los llantos de nuestro bebé.

—Tendrá un alma propia. Tendrá poderes y la fuerza para cambiar el mundo de nuevo, si es necesario —añade el creador mientras la luz se desvanece. En ese preciso momento, Doumah lanza un grito de alegría mientras Virga solloza, y mi hijo... MI HIJO viene al mundo.

La Reina de Plata lo sostiene para que todos lo vean.

Abrazo a Virga y beso su cara caliente y sudorosa. Por fin ha nacido. Todo irá bien.

—Todo irá bien —le digo a mi amada.

Minutos más tarde, Virga está bajo las sábanas y sostiene a nuestra preciosa criatura envuelta en sábanas limpias, con los ojos cerrados y la cara roja y arrugada por un viaje muy incómodo hacia la vida. Estamos juntos, esta familia extraña y extrañamente feliz, y el alivio nos invade mientras Doumah, Melisse y los duendes concluyen sus exámenes. A los pies de la cama, María y Kalla representan a los lobos de los Bosques Interminables; Lucifer, Azazel y los demás príncipes archidemonios representan el Mundo Oscuro; y Gabriel y Raphael se unen a mi madre para representar el Reino de Plata.

—Es perfecto —dice Doumah.

Virga brilla maravillosamente, su piel de demonio resplandece como una perla. Es pura alegría. Es pura alegría, amor incondicional y agotamiento.

—Lo logramos —murmura, apenas capaz de apartar la mirada de él. Nuestro hijo. Una cosita preciosa que algún día se convertirá en un ser maravilloso.

—Lo lograste, cariño —le agradezco—. Esto es todo tuyo. Yo apenas hice nada.

—Vuestro hijo es un luchador celestial y un asesino oscuro —declara Lucifer con orgullo, luciendo una fría sonrisa. Se esfuerza por distanciarse, pero últimamente ha crecido mucho en su papel de padre—. Es bienvenido en todos los reinos, desde hoy y para todos los días en el futuro. El Mundo Oscuro da la bienvenida a su pequeño príncipe.

—¿Has pensado en un nombre para él? —pregunta Azazel.

Virga asiente una vez.

—John.

—Oh, cariño... —Mary rompe a llorar y Kalla la rodea con un brazo.

—Me alegro de tenerte como padre —le dice Virga a Azazel—, pero debo honrar a mi padre lobo. Él estuvo ahí desde el momento en que me encontré. Quiero que mi hijo lleve el nombre de un hombre bueno y honorable...

—Es un buen nombre —afirmo, pasando un dedo por la pequeña y regordeta mejilla de John.

—Y este hombre bueno y honorable será siempre bienvenido en el Reino de Plata —responde Doumah, y luego me mira—. Al igual que vosotros. Tú perteneces a nosotros, Tueur... Tú y Virga y John podéis venir a vivir con nosotros, si lo deseáis. El Reino de Plata será mejor con vosotros en él.

Virga y yo intercambiamos breves miradas.

—En realidad queremos quedarnos aquí, entre los mundos —le digo a mi madre—. Aquí fue siempre donde fuimos más felices. Estamos a salvo aquí, con Melisse a nuestro lado, con Kirin y Mirin y sus maravillosas hermanas...

Los duendecillos reaccionan y brillan con colores intensos mientras recorren la habitación, y finalmente se posan sobre los hombros de Melisse. El ángel sonríe y se inclina cortésmente.

—Será un honor compartir esta vida contigo, Tueur. Solo puedo agradecerte que me hayas acogido de nuevo en el redil.

—Tú no cargas con los pecados de Michael —le recuerdo—. Al final, él jodió las mentes de todos.

Kalla se aclara la garganta.

—Tendrás que perdonarme, pero, aunque no estoy más que feliz de presenciar esta maravillosa conclusión de tus problemas —mira a Virga—, ¿qué será de tu manada? Te has ganado el puesto de Alfa, y nadie, absolutamente nadie quiere desafiarte por él.

Virga se lo piensa un rato, luego mira brevemente a nuestro hijo, su mirada se suaviza al tomar una decisión crucial. Es otra cosa que ella y yo ya habíamos discutido, antes del nacimiento de John. Estoy a favor de ello, pero al mismo tiempo ya puedo sentir que un recuerdo de momentos anteriores se escapa sigilosamente. El Creador de Llaves. Está... creo que nos está haciendo olvidar que estábamos esperando su llegada. Acabo de caer en la cuenta, ya que a nadie se le ha ocurrido preguntarle todavía.

—Creo que deberías ocupar mi lugar —le propone Virga a Kalla—. Has aprendido de los errores de tus hermanos. No compartes las miserables creencias de tu padre. Y has trabajado mucho con mi madre para liderar la manada.

—Pero Virga...

—Está bien. Te nombraré mi regente —responde sonriendo—. No es necesario desafiarlo. No hay que cambiar las leyes. De lo que estoy cansada es de las tradiciones viejas y poco flexibles. Ya está bien de esas tonterías. Somos jóvenes y esperanzados y mejores que nuestros antepasados. Demostremos lo que somos, Kalla. Eres la única en quien confío para tomar el mando.

Sin embargo, Mary está preocupada.

—Otros podrían pensar en desafiarla.

—Me desafiarán, y recordarán lo que le hice a Alfons —responde Virga con frialdad, y luego le da a Kalla un asentimiento de disculpa—. Sé que me has perdonado, pero entiende que llevo su muerte en mi conciencia para siempre.

—Está bien, Virga... Las circunstancias empujaron a todos a posiciones imposibles —concede Kalla, y luego se arrodilla ante la cama—. Será un honor representarla como regente de los Bosques Interminables, señora.

—Levántate, por favor —se ríe mientras John se arrima a sus brazos.

—No hace falta decir que la época que dejamos atrás nunca volverá —interviene Doumah, mirando alrededor de la sala—. Esta diversidad es lo que nos hace más fuertes. No más puertas cerradas. No más secretos. No más aislamiento... Construyamos el futuro que el Creador de Llaves pretendía.

Gabriel aspira un poco de aire.

—Algo ha pasado aquí —interrumpe, mirando a su alrededor con curiosidad—. No puedo ser el único que vio esa luz antes...

—Sí, había una luz —frunce el ceño Raphael.

—Nos falta algo —añade Lucifer, igualmente desconcertado. Es bastante entrañable ver a unas criaturas tan poderosas reducidas a unos líos tan torpes y adorables. Supongo que es parte de la vida, de la vida real, ser vulnerable y blando. Siempre estamos tan centrados en proyectar fuerza que nos olvidamos de sentir amor.

Doumah parpadea un par de veces, repentinamente confundido.

—Estamos perdiendo el tiempo.

—El Creador —respondo, sonriendo—. Ha vuelto.

—Oh —jadea mi madre, con los ojos vidriosos por las lágrimas.

—Todo irá bien —les digo, dedicándole a Virga una cálida sonrisa—. Nuestro hijo es nuestro hijo. Está bien, y con alma propia... —Me dirijo a toda la sala, las palabras del Creador aún resuenan en el fondo de mi cabeza—. Él no quería un regreso elegante y llamativo. Solo necesitaba la forma física de John para volver al plano material.

—¿Cómo sabes todo esto? —pregunta Doumah.

—Me habló antes de irse. Creo que quería que nos olvidáramos de que le estábamos esperando.

—Eso suena muy al Creador de Llaves —sonríe Lucifer.

Azazel, sin embargo, no está muy contento.

—Podría haberse parado a saludar, al menos.

—Mira a tu alrededor —insta Doumah—. ¿No sientes que ha vuelto?

De hecho, a medida que pasan los minutos y la brisa sopla suavemente por la habitación, mientras Virga acuna a nuestro precioso hijo y besa su tersa frente, y mientras todas las criaturas de este reino exudan alegría y esperanza por los días mejores que se avecinan, me inclino a estar de acuerdo con mi madre.

El creador ha vuelto. Podemos sentirlo en el viento. Podemos sentirlo en todas partes.

Sé que tenemos su bendición. Virga, John y yo.

Los beso a ambos, agradecido por saber que en nuestro futuro solo surgirá la felicidad. Solo las decisiones que tomemos y las repercusiones que se deriven. Solo el uno al otro, con nuestros corazones llenos y nuestras mentes tranquilas.

—Tenemos una vida infinita por delante —le digo a Virga, mientras el resto de la sala se adapta a la idea de que el Creador de Llaves ha vuelto y está siempre entre nosotros, lo veamos o no—. Y espero con ansias cada segundo de ella.

—Te amaré durante mucho tiempo, entonces —responde ella.

Y sé que lo aprovecharemos al máximo. Solo Virga. John. Yo. Nuestra extensa familia celestial y demoníaca.

El universo ha recuperado por fin su equilibrio.

EL FIN

MANTEN EL CONTACTO



¡Mantente en contacto para enterarte de todas las historias increíbles que tenemos preparadas!

**Facebook: [únete a nuestro grupo de lectura AQUÍ](#)
Newsletter: [Apúntate a nuestra newsletter AQUÍ](#)**